

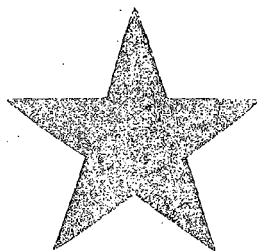


COMUNICACIONES  
CUBANAS

# SUMAC-ALLPA







Anotado por el Jefe de Obras

# Sumag Allpa

## la dedico:

a mi antecesor RAFAEL M. MATA, compañero de Montalvo en las luchas libertarias; hombre que manejaba el pico de la pluma y las alas de la lira, y quién me legara oriente para el verso y horizonte a mis 2 puños;

al Maestro NICOLAS JIMENEZ, que se llevó incendiados los Andes Ecuatorianos hacia la Eternidad;

al escritor FERNANDO CHAVES, en cuya «PLATA Y BRONCE» fulge el cenit más robusto de nuestras indias otavales;

a mi amigo ERNESTO ALBAN—MESTANZA, sinceridad y corazón en mano fraternal;

al compañero ROMULO MOSCOSO ORDOÑEZ, que pidió perdón a los indios leyendo mi novela;

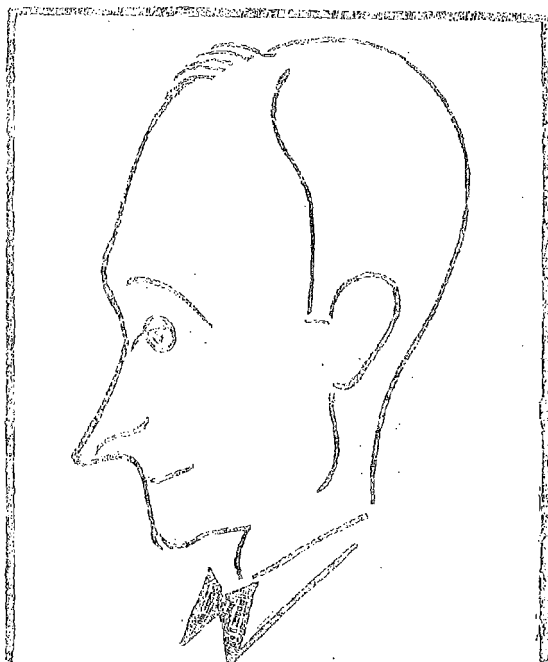
a AMBROSIO y ANGEL MARIA QUITO, a MAITA CAJETA, a SHANAY . . . runas que flamearon rebeldía en mis ojos infantiles y que me enseñaron a admirarles y a quererles; y

a MIS HIJOS, a que hagan, también, que admire en ellos la Humanidad nueva, y a que mejoren y superen todo lo que yo no pueda conseguir.

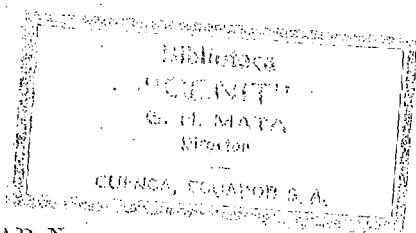
G. humberto MATA

1  
9  
4  
0  
  
C  
U  
E  
N  
C  
A  
  
E  
C  
U  
A  
D  
O  
R  
  
S.

Am.



de esta novela se han tirado 350 ejemplares, numerados,  
sellados y firmados por su autor.



EJEMPLAR Nro.....

860-21(266)1100

11485

111  
111

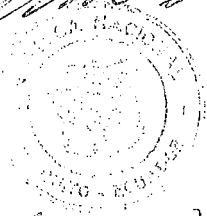
Para

Biblioteca Nacional  
del Ecuador,

como un  
seal homenaje a mi Direc-  
tor Don Enrique León.

*[Handwritten signature]*

9172 MAR 1943



003901-J.  
*[Handwritten signature]* Julio 10 1940

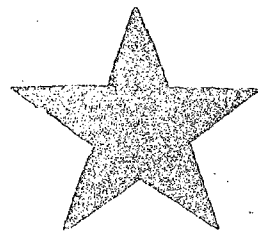
Portada en linoleum por Ricardo LEÓN.—Caricatura del autor por Ezequiel PALADINES A.—Ex-libris de Luis TORO MORENO.—Las Xilografías son de Antonino ALVARADO.

edita esta novela «SUMAG ALLPA»



Es propiedad de  
BIBLIOTECA CENIT,  
Cuenca, Ecuador. S. Am.

*Copyright by  
BIBLIOTECA CENIT  
in 1940.*



---

*Toda publicación que se hiciera sobre esta obra rogamos remitirla  
a BIBLIOTECA CENIT.—Director, G. h. MATA.  
Cuenca, Ecuador. S. Am.  
Apartado Nro. 277.*

---

# En homenaje a Juan Marin

## PROLOGO

---

Voz auténtica. Voz recia y viril la de este poeta que desde las empinadas y boscosas laderas del Ande ecuatoriano, ceba a rodar hacia los llanos de América—como una marejada lírica—sus estrofas robustas, avasalladoras y ardientes.

Visión poética compleja es la suya, pues a los elementos pictóricos y musicales del andinismo nativista y folklórico, vienen a sumarse en su verso formidables integraciones de rebeldía, de apóstrofe y de compasión humana.

Un fervor clamoroso por la justicia social, por la defensa del indio explotado y por la liberación del negro que aun yace en estado de esclavitud, nutre anchamente toda su obra.

Mas no se crea que con ello su poesía vira hacia el fácil cartelismo o hacia la propaganda affichista, meramente superficial y decorativa.

No. G. Humberto Mata ama lealmente al indio. Está hondamente penetrado por su tierra, por su montaña, por su cielo. Lo vernacular entra él para transformarse en cosa genérica y vastísima por milagro de su creación artística.

Ved con qué cordialidad habla a la india en esta estrofa maravillosa de «JUANAN-JELA»:

«Tía Juananjela, cuántas noches el Ande devanó su cresta de chivo rijojo  
arriescando sus labios al olerte la cintura,  
sin saber de quién eres ni de dónde venías, fácil,  
tan mojada de frescura de naranjas en tus pechos  
maneados por capishcas serranos».

Ni aún cuando apostrofa al indio incitándolo a la acción, pierde esa manera cargada de ternura y de intimidad que da un sello particular a su poesía.

«INDIO: es hora de que irrigues con sangre el vientre de tu guambra asolada  
ya que de nuestro injerto relampagueará un vengador de tus cuatro siglos vejados.  
Entonces, Inti desembuchará lo que escondió a que no te quitaran los señores,  
y el pescuezo de los Andes estará colgado con tu poncho  
para bailar sanjuanitos con tus hijas».

Ama también al negro sudoroso y envilecido, para quien reivindica glorias parejas con el indio:

«Bartolomé de Las Casas fué el amankay de plata  
que no se fundiría en el crisol de razas.  
Bendijo al Negro, al Indio y, también al hispano...»

Y deposita en el negro una fé bravía, como en esta estrofa final de su poema «EBANO: CAPITAL HUMANO»:



## II.

«Macheteros de Esmeraldas, negrerío ecuatoriano,  
con cuerpo de tabaco y de cacao tibio;  
Negros cosecheros del algodón y de la zafra,  
negros del caucho, de la cañoca, del cununo y de la rumba,  
estáis en plena víspera de gobernar el mundo».

G. Humberto Mata, semejante en esto a los peruanos Alejandro Peralta, José Varallanos, Gamaliel Churrua, Guillermo Merendo, Luis Fabio Xammar, etc., ha glorificado el paisaje andino en una poesía trencionista, enajada de imágenes y tachonada de metáforas detonantes que ascienden en la diáfana del aire enrarecido de la altura.

Y ha cantado al indio de alma pura, enigmático en su sencillez, triste en sus derrotas de alcohol y miseria.

Tal se nos ha mostrado el poeta en sus volúmenes poéticos: «GALOPÉ DE VOLCANES» y «2 CORAZONES ATRAVESADOS DE DISTANCIA», romántico este último, con un romanticismo sano, libre, viril y contajioso.

Ved cómo brillan las imágenes en esta estrofa tomada al azar: volteando páginas de uno de estos libros:

### «CAMPO:

El sol se había cortado los brazos en el río  
donde niños de espuma jugaban esconderse.  
Un hacha blasfemó galopando por el bosque  
una tonada en hombros de un gañán;  
luego azuzaron el despeñarse de un edificio de cortezas  
los silencios entrelazados de las hierbas».

Pero estos dos tomos suyos—de 1932 y 1934 respectivamente—fueron como el preludio de la gran masa sinfónica, de la magna orquestación en que habría de cristalizar su obra cuando la rebeldía y el sentimiento de solidaridad humanos, entraron en su pecho colmándolo de acentos wagnerianos.

Poeta extra—vertido, vuelto fundamentalmente hacia el paisaje avasallador; desplazó su acento desde lo colorido y musical hacia lo objetivo y patéticamente humano.

Es lo que anota Benjamín Carrión cuando escribe en su «Ubicación Poética del Ecuador Contemporáneo»: «Hoy se expresa el dolor indígena principalmente en forma objetiva, de contemplación externa de realidades esenciales: el hambre, la desnudez, el robo de la tierra. El robo del trabajo. La brutalización del campesino indígena. El abuso que se comete con el hombre de los campos por la trinidad feroz de este feudalismo implacable: el cura, el gendarme, el gamonal».

Pero el verso de Mata, a pesar de su libertad tumultuosa y «orgullosamente disonante, en ultranca rebeldía contra las normas formales de la poética de academia», ese verso amplísimo que parece galopar y crisparse súbitamente,—semejante a ratos al de nuestros dos Pablos: Neruda y De Rokha, tan disímiles entre ellos sin embargo—no bastaba al poeta ecuatoriano para expresar su mensaje.

Su última obra en verso: «CHORRO CAÑAMAZO», que sólo conocemos por mención, fué destruída por las autoridades de su país.

Marchó entonces hacia la prosa.

Y he aquí que llega inesperadamente a nuestras manos el háro caliente y estremecido de estos originales: su novela «SUMAG ATLPA». (1)

(1).—Originalmente su autor la denominó INTIHUATANA, adquiriendo mención destacadísima en el Concurso de la Novela Nacional promovido por el Grupo América, en Quito, y en el año de 1935.

Título que significa «TIERRA HERMOSA»; pero mancillada por la codicia del gamonal, el sadismo del mayordomo, la lascivia del cura y la fría crueldad del gendarme.

Documento es este que desborda el ya grande y dramático interés regional. Su ronco grito—el del indio desposeído, el de la india torturada—adquiere ciudadanía en todo el continente broncaado, en toda la tierra morena que se extiende de Pacífico a Atlántico y desde el Río Bravo hasta el Cabo de Hornos.

Múltiples voces libres y libertadoras—están clamando por un mínimum de justicia y por la dignificación del poblador originario de estas tierras en cuya alma silenciosa alicaña todavía—dormida mas no muerta—una cultura milenaria, harto superior a la del «bárbaro» que lo conquistó a sangre y fuego, y con la cruz y el aguardiente.

Entre todas esas voces, sin embargo, no había resonado todavía un acento tan cargado de dramatismo y de vida como el de estas páginas.

El autor resido desde largos años en Cuenca y conoce con anchura y verticalidad las costumbres del campo azuayo y el alma de sus gentes. Ya vimos antes cómo tiene también el paisaje metido en sus retinas.

De esta triple veta viva resulta una ecuación de armonía dentro de lo inarmónico, de totalización en medio de lo inarticulado, de esperanza y amor elevándose sobre lo desgarrado y abominable.

G. Humberto Mata, el poeta que hizo galopar sus volcanes niveos y rosados sobre nuestros cielos indiferentes, el que ha de estruencos nuestras conciencias con los poemas de su «MERIDIANO—LEAL» (cantos a España), hace desfilar frente a la América, alegre y confiada, las legiones de indios en marcha hacia una hora roja, los cadáveres puestos de pie de todos los hombres asesinados, de las mujeres mareadas a fuego, de los niños muertos de hambre, de los indios viejos lanzados de sus tierras:

¡NUÑU ALLPA! ¡NUÑU ALLPA!!!...

Y nos muestra en el Dr. Cañada, un tipo de hombre que ya comienza a nacer en América, generoso, justiciero, humano y libre de prejuicios.

Con SUMAG ALLPA, Mata se coloca, de un golpe de alas, en la primera fila de los novelistas del continente y refuta así con elocuencia la curiosa teoría exhibida por ciertos pseudo—críticos, de qué, quien fué poeta primero, no puede ser jamás buen novelista.

Y ahora, habremos de justificar nuestra aparición en el umbral de estas páginas, justificación tanto más imperativa cuanto innecesaria era nuestra presencia. En efecto, G. Humberto Mata tiene un nombre sobradamente conocido en las letras de su patria y en las de los países de habla hispana, para que hubiera menester de un pregonero que fuera por el camino adelante haciendo sonar el cuerno inútil de la fama.

Pero, no es eso.

Este Prólogo, fruto es de una estrecha amistad, cultivada al través de la distancia y generosamente nutrida por el noble espíritu del novelista de SUMAG ALLPA. Tal amistad es motivo de nuestra ubicación en sitio tan privilegiado, y hacemos constar que no hemos sido impulsados por ella para valorar a Mata, sino por el mérito que emana del poeta y novelista.

Y ahora, desde la cola de su barco—hasta el tope cargado con prodigioso material artístico y conmovedor elemento humano—nosotros le gritamos al lector, con toda la fuerza de nuestro tórax distendido:

«TIERRA! TIERRA HERMOSA!!!... SUMAG ALLPA!!!...»

Juan MARIN

## C O N P E R M I S O . . .

---

Por si alguna vez los histori6grafos literarios ecuatorianos decidiesen considerar el nombre de G. H. Mata, descubro estos datos que es de imperativa necesidad el divulgarlos, toda vez que con la publicaci6n de «SUMAG ALLPA» ha cobrado inusitada realidad eso de Jos6 de la Cuadra, que dice que ciertos escritores, por conseguir notoriedad, continuamente retoman «temas de 6xito»; pudiendo suponerse por esto que libros indigenistas, posteriores en su aparici6n a otros indianistas (1), han seguido secas huellas y carecen de originalidad y de iniciativa. A este respecto intento ubicar en su justo sitio y cabal ordenaci6n la obra novelística de Mata. Y lo hago con voz tonante, porque alguna vez es de rigor hablar con lealtad y con altitud enorgullecida de acento que se esparce, como si en mitad de un desierto estuviese uno dando voces solo para si... Conste que no me lleva a emitir lo que quiero un compromiso con qui6n me diera el ser en la novela «SAI», sino porque, repito, es apremiante enunciar una verdad que puede ser plausible para aquellos que gocen de coraz6n f6rtil e intenten filiar un ciclo indigenista.

Creo que, sin yerros, puedo asegurar enf6ticamente que Mata es el primero en Ecuador qui6n realiza labor indigenista en las letras. Si mi retentiva no me es fr6gil, sostengo que el autor de «2 corazones atravesados de distancia» comenz6 su labor indigenista en el a6o de 1927, es decir casi simult6neamente cuando la corriente 6sta se iniciaba en el Per6. Desde el a6o indicado Mata viene ampliando su vigor indogen6tico sin declinaciones y sin concesiones, cada vez m6s prevalecido en la autoridad de su sangre espiritual de ruma americano, cada d6a m6s al lado de los indios a quienes no ha abandonado, como tantos que en la toefarina indianida se dispararon a colorear paginitas de 6lbum y a esparramarse en prosa donde se gem6a plaideramente por «la raza vencida!»—imb6ciles! Estas trickomonas l6ricas imaginaban que era de moda artosanar literaturilla indianista, as6 como la sociedad burguesa crey6 una 6poca que era «tr6s chic» gastarse uno que otro esp6ritu p6lido y haber embobido el sistema nervioso de morfina o del arrabalero alcohol. Felizmente la Vida selecciona a los hombres que me-

(1).—Enti6ndase bien este distingo propuesto por AIDA COMETTA MANZONI en su recio libro: «EL INDIO EN LA POESIA DE AMERICA ESPA6OLA», que dice: La literatura INDIANISTA se preocupa del indio en forma superficial, sin penetrarse de su problema, sin estudiar su ideolog6a, sin confundirse con su idiosincracia. La literatura INDIGENISTA, en cambio, trata de llegar a la realidad del indio y ponerse en contacto con 6l. Habla de sus luchas, de su miseria, de su dolor, expone su situaci6n angustiosa; defiende sus derechos; clama por su redenci6n. (ambos subrayados son m6os.—P. G.)

recen el honor de disfrutarla y prestigiarla; por que de nó, qué fuera del Ecuador con aquella catástrofe de calígrafos feéricos, y con esos putrefactos madrigaleros de salón, y «poetos» de herbario de álbum? De ahí es que tocantos hicieron florituras indianizantes hoy permanecen con sus glándulas extirpadas. De todos los testafierros versolaris es Mata el que hasta hoy persiste en darnos sus poemas indigenistas, porque ello es substancial en él, orgánico, su misma sangre y respiración que nutren el latido de sus días. Y esto acaso pruebe cualidad de sinceridad y de honestidad incólumes. Eh, señores detractores del indigenista Mata; a quién ha dado razón el tiempo, a él o a Uds?...

Ahora. La novela que Mata acaba de publicar fué escrita en 1930 a 1933, en Yanuncay; esa cordial y caliente arteria de Cuenca que se sumerge hacia los campos del Sur Morlaco. «Sumag Allpa» es nada más que una rama del tronco unitario. Expliquémonos: la novela que Mata escribiera en «tres vacaciones en Yanuncay» constaba de 573 páginas y se denominaba «SOL AMARRADO»; estas 573 páginas las conoció el Poeta Alberto Guillén que, tomándole la calva a Mata, en su carta de 9 de Noviembre de 1934, emita estas frases: «*veo tanto, tan desbordante talento en su carta que hasta quisiera rogarle me deje prologar su «Intihualana o Sol Amarrado» que es un formidable alegato contra la injusticia hecha contra el indio.*» Cuando Mata le hiciera el gusto, es entonces que el Misti Poeta Guillén escribe su «ETICA Y ESTETICA DE LA PIEDRA», maravilloso poema indianista de apasionado canto llano en el que se respiran auroras y musculatura múltanime, se oyen pasos de pogyos andinos cuyos desbordes estremecen los ápices de los cañaverales en el cuarto creciente de su savia. No obstante su amistad, Mata declinó el prólogo de Guillén arriesgando a que explotase el egotismo del peruano, pero permaneciendo bien consigo mismo, ya que divergían los 2 en la concepción y apreciación substantiva del indio: como hombre—hombre, Mata; y como hombre—decoración, Guillén. Además del indianista arequipeño conocieron el primitivo «Sol Amarrado», cierto escritor de Guayaquil y 1 o 2 morlacos. El 7 de noviembre de 1934, G. h. Mata publica en la Página Literaria de «El Telégrafo» el capítulo N<sup>o</sup> 11 que va encabezado con este párrafo de la dirección de aquella hoja: «*Transcribimos un capítulo de la novela «Sol Amarrado», del escritor de la Serranía cuencana G. Humberto Mata, en el que campea la misma fuerza y verismo del autor de «Galope de Volcanes.*» (2)

Escuchen, señores historiógrafos: en este mismo mes de noviembre aparece «HUASIPUNGO», y es G. Humberto Mata quién, en la Página Literaria de «El Telégrafo» de 21 del citado noviembre de 1934, destaca las excelencias de la obra de Icaza, amonestando la inopía mental de los escritores ecuatorianos que callaban frente a esa novela india de valía. Ratifico: Mata era el primer escritor, acaso americano, que ponderaba, enaltecía, descubría y se esforzaba en obligar a que reparasen en la novela de Icaza que aún no había salido del limbo terruñal, del que le extrajo—como siempre!—una afectuosa voz extranjera: FEAF. Al sentimiento admonitivo de Mata comenza-

(2).—De este capítulo una parte está empleada en la novela «SAL», y otra en la novela que Mata prepara sobre la uzarosa y humillada vida del Magisterio Morlaco.

ron a moverse las críticas para «Huasipungo», con lo cual se demuestra que fue saludable el zamarreo fraternal del autor de «Galope de Volcanes». Esto puede testificar el mismo Jorge Icaza que escribiera a Mata una carta donde entusiásticamente reconocía lo que asevero hoy, sin escrúpulos de réclame. Y confío en que no será menguada la memoria de Icaza. . . En la bibliografía a que aludo, Mata denunciaba que el grito dramático de Icaza: «NUCANCHIC HUASIPUNGO», se parecía «AL DE MI ANJICHU, QUE DICE:—«HUIÑACHIC ALLPA!» «ÑUNU ALLPA». Esta parte fué suprimida arbitrariamente del artículo de G. h. Mata, sin duda por Feafa a quién fuera remitido; Ferrándiz Alborz talvez tachó eso por hacer un señalado servicio al autor de «Sol Amarrado», al que se enrostraba entonces ser «patrón de indios», como ciertos señores laichus inventaron taimadamente. Feafa, pretendiendo amparar a Mata, ejecutaba honrada, virtuosa y beatíficamente un crimen horrendo, ya que hoy el grito de íntima tragedia del Anjichu resultará como plagio del de los indios teatrales de «Huasipungo». No es así? Esto es lo que necesito aclarar y convencer.

Presumo que Mata es un hombre honrado y abominador de la impostura; también le concedo vitaminada imaginación, así como posesión de la natural experiencia de recursos que ontraña su oficio de escritor. Acontece pues, en consecuencia, tomando en cuenta aquello de «plagio», que toda la obra novelística que Mata vaya publicando será juzgada—dentro de los cánones de la Cuadra—como de influencia, cuando no de ladrona de ideas. Así, Mata, víctima de su pobreza monetaria, tendrá que resignarse a ser el eterno segundón de la novela, debiendo corresponderle inmediatamente junto a FERNANDO CHAVES, la vanguardia iniciadora de la Novela INDIGENISTA de valía en Ecuador. Aquí quiero ratificar que estas frases, aunque asomen con ribetes de jactancia o de presunción, no son más que el brote de un hombre sincero que reconoce una verdad que parecerá extraña y ruin porque sale de casa propia; pero es menester mostrar las bondades de un edificio poniendo de guía a quién las conoce, a que meta por los ojos a los visitantes; además, no sopro ningún incienso en mis frases, ni tiendo a embardurnar de vanidad amarilla a Mata, peor a realizar en él una suerte de prótesis misericordiosa. Nada de esto. Mi propósito es un obsecuente espíritu de justicia y un elemental respeto a la verdad más neta, que tengo que sustentarla yo, porque, como Mata no es cofrade de sindicatos ni de conchabos rabadonantes de charlatanes boticarios de la literatura, no se amerita su obra que repudia el caloreillo truhán de la taberna para la imposición de su valer. . .

Considerando pues a «Sol Amarrado» la segunda novela ecuatoriana—aunque no se la haya publicado—veamos ahora la desmembración de este tronco progenitor de las demás novelas de Mata, este discípulo de Gleaser. . . (3)

Ante la imposibilidad insalvable de odifar íntegramente el cúmulo de su volumen de 573 páginas,—las que según bronía de un escritor de la Cos-

(3).—Pero hombre, Girón. . . Alto ahí! U.d. acaso se refiera a la escena de Juan Peña, págs. 66-67. Una noche del año 1936 leí eso a Demetrio Aguilera Malta en mi desván del Hotel Patria. Aguilera manifestó que dicha escena se parecía a una de Gleaser, en «Los que teníamos 12 años». No conozco ese libro del alemán, le dije yo, y ratifico: pura coincidencia! Así, porque he procedido con sinceridad y honradez dejo la dicha escena; si supiera que es plagiada la suprimiría sin más; sin acordarme de ella: así como hoy hago con el Juan, traidor de su Raza y de quién ni siquiera se acuerdan en la casa de León Hazera.—Mata.

## VII

ta, lanzada, en Yanuncay, «Sol Amarrado» acaso pudiera ser nuestro Quijote ecuatoriano». . . (¿), Mata lo despedazó sin piedad, aterrado por la ingente cantidad de hojas mecanografiadas, resolviendo trabajar del original «Sol Amarrado» 6 novelas distintas que se edificarían con aquellos materiales. Desperdigando una labor que estaba orgánicamente estructurada en un sólo cuerpo, acaso G. Humberto Mata haya ganado en número y perdido en calidad y substancias homogéneas. Pero la culpa de todo este latrocinio la tiene la estrechez económica, repito, de G. h. Mata quién vive al día, únicamente de lo que gana en su empleo de proletario fiscal, que lo alimenta y lo mantiene en una pobreza digna que sabe usar el agua potable y el jabón que le prestan apariencia de «burgués» (¡ajo!) ante el aullido tendero y cotizable de algunos pastores de la barriga—huíga michegs,—buscas situaciones revoltosos—que no revolucionarios eh!—quienes imaginan que se sirve más eficientemente a la Lucha Social estando pijooso y mugriento, que aseándose convenientemente, como corresponde al concepto hombre. Decía... que de «Sol Amarrado» brotaron 6 novelas y quiero demostrar ello con sólo un ejemplo: en «El Telégrafo», Página Literaria de 25 de abril de 1934, columnas 7 y 8, se publicaba el capítulo 30 de «Sol Amarrado»; dicho capítulo está ordenado en «Sumag Allpa» con el número 13. Ahora, he aquí los títulos del haz de rayos del originario Sol... «Sal», «Sanagüin», «Sumag Allpa», que están terminadas y que esta última se publica hoy con ligerísimos cambios actualizadores; «Panamá Hats' Subsuelo», muy adelantada; la novela sobre el Profesorado de Instrucción Primaria del Azuay, donde las maestras—con título adquirido por estudios, o con diploma logrado por sus «mercedimientos» de donosura—son víctimas del desenfreno sexual de curuchupas «Directores de Estudios» que, no contentos con emplear armarios para gozar dentro de ellos a su carne de placer (sic!), van a visitar escuelas rurales y rompen el pudor de aquellas explotadas, y hasta de sus hermanas, en plena plaza del poblado... (sic!); la sexta novela describe el vivir de las cholas morlacas. A estas dos últimas Mata no acierta a darles adecuado título.

De yapa, este pequeño episodio de «Sol Amarrado» que en el año de 1935 fué arreglado, recortado y dado vuelta por su autor que lo remitiera, con el título de «INTIHUATANA» y con solo 320 páginas, al concurso promovido por el «Grupo América de Quito en el indicado año. Me place dejar solemne y formal constancia de que Mata no se «palanqueó» el primer premio, por más que éste consistiera en la capitosa y codiciable suma de mil sueres! Esto lo pueden testimoniar Benjamín Carrión, Gonzalo Escudero y Pío Jaramillo Alvarado, si es que su memoria se conserva entera. En un gesto de sinceridad honesta, el autor de «Intihuatana» confiaba únicamente en su obra y no en la cáudida amistad o simpatía. Al efectivizar esto, Mata continuaba siendo decente consigo mismo y, a la vez, facilitaba no abortarse el fallo del jurado «cuando todo el trabajo ya está hecho...» (sic!) Por esto, G. h. Mata cambió el «Intihuatana» por «Sumag Allpa», para que siquiera el nombre de su novela convaleciese de la lés prosopopéyica de nuestros «concursos» ecuatorianos e indoamericanos... .

No tengo nada más que confesar, señores historiógrafos. Podéis pasar a las chacras de «Sumag Allpa» que germinan sobre tierra morlaca, sencilla, rezagada del cariño de todos, pero que acaso vale más que ninguna otra;

## VIII

pasad, e impregnáos con el sabor primario de cosa simple que quizás haya en los linderos de la Llaeta del Anjichu Piñalo y del Pacho Muyudumbay; pasad, no a admirar ningún injerto de arte, que pudiese desvirtuar el correr fácil de los hechos tomados de la vida y relatados con las mismas esencias de su animación connatural e implícita, sino, pasad, a constatar que los indios no son «*raza vencida!*»

PABLO GIRON



## CAPITULO I

Sol desfallecido a ras del campo iluminado largamente. Las sombras proyectan su chillón al crepúsculo de Sumag Allpa.

En la casa principal estaba el cuarto de herramientas.

—Ya, mitayos! 8 barretas, 12 lampones.... Nadie ha cogido más?

—No amo mayordomo.... Mana....

—Vayan a dejar las barretas en ese rincón y los lampones en este.

Los indios obedecían maquinalmente, cayendo de sus ojos esa tristeza pesada a los finales de un día de labor demasiado trabajoso.

El mayordomo Abraham, chazo repulsivo, ido al campo ante los fracasos de sus ilusiones ciudadanas, trataba a los indios con todo el virus nocivo de su carácter. Creía que adquiriría una mejor posición social mientras más mal los manejase....

—Ya mos guardado lodo, amo....

—Todo? Bueno.... pero, qué es esto? Mitayo un cuerno, piensas que no te estaba viendo lo que querías robarte esta linda beta?

—No, amo.... no! Yo ea solo hicé tarde al venir.... Caica, amito, caica beta.

—Anda dejarás en esa estaca, so salvaje!

Al trasponer el indio el cuarto de herramientas, el amo Abrán balanceó su cuerpo y, en un swing boxístico, firó al runa de cabeza sobre un rollo de alambre de púa. Los demás mitayos hicieron un movimiento curioso para ver rodar el enperpo. Ni un músculo se frunció en protesta, vaciándose las pupilas en turbideces, sin forma de rebelión, ni color de hombría. Unicamente el Anjichu hundió sus manos bajo el poncho, atropelladamente. Y cogiendo una pulga se la llevó a la boca para supliciarla delictosamente entre sus colmillos afilados.

—A que aprendas a robar al amo Leoncito, mitayo sucio! Sal afuera! Uds. esperen ahí.

Nadie prodigó una palabra de consuelo. Todos, sus ojos fijos en el mayordomo, tenían que, por condolerse del herido, cayera sobre ellos el fuate mayordomo. El Anjichu, hendiendo con su pecho los coágulos ondulosos de los ponchos cobardes, fué donde el indio que chorreaba sangre. Pasándolo el brazo por las axilas....

—Vamos, taita Roberto, a que lavcs cabeza en cequia.... Perro....!



La blasfemia, rodó tumbos de furia, contra el toro padrote que venía bramando su fuerza desmoronadora de las luces del ocaso. Los restos de Sol se asían a los cuecos, derramándose por los corrales de la hacienda, por entre los runas mansurrosos. Oía el campo a noche viniendo apuntalada de estrellas y de menta.

—Calla, Anjichu, calla... no sea que oigan runas chismosos!

—Aquí tengo trapo, taita Roberto. Espere poner tapando rajas.

Un vientecillo de aguardiente enanchó las narices de la mesnada. Se les hacía agüita la boca ante la imagen de la copa sacramental, bailando su ojo líquido desde las manos del capataz.

—A ver... enseña la cabeza, Roberto. Indio bruto este...

—No, amito... mas bien presta copa...

—Muestra la cabezota de burro, te digo!

El indio suspiró... agachando la cabeza al mayordomo que le vaciaba el aguardiente en las lesiones.

—Astaray... amito, fuerte está.

—Ya hiciste rogar media copa, bestia! Te iba a dar copa llena a que te tomes, pero, por bestia, no te doy más que mitad.

—Bueno... amito, pero da pes.

El Roberto trasegaba, despacio, la porción exigua. En la mano izquierda el sombrero de lana ovejuna: volteado para que no le viera el mayordomo, acaso ingirió sus lágrimas bautizando el licor, a que aumentase...

—Shamuy, taita Roberto. Mitad copa mía he de dar.

—Y vos no tomas, Angel?

—Hacer mal... Yo se borrachar con poco...

—Mitayos de porquería!

Luego de repartir la bebida, el Abrám, tomando pretexto de que un hijo suyo le estorbaba el paso, le propinó un formidable pellizco; pero el niño, montado en caballo de cañabrava, caracoleaba su carrizo por entre los indios y les pisaba los pies, riendo de su proeza. Era hijo de semigamonal... claro.

Se disponía a marcharse la peonada, cuando...

—Quién les ha dicho que se larguen? Acaso soy perro para que no digan hasta mañana? Regresen! Oigan: mañana llegan los amos. A pasar en el campo vacaciones. Si es que han robado algo, caro les ha de costar. Y el amo León los cobrará, quitándoles los borregos y hasta las chaeras. Y si no asoma el puerco chileno... verán lo que es bueno y no llorar. Pobres de ustedes, me da una pena... Así es que devuelvan pronto.

El Roberto se quitó el sombrero, palpó sus heridas y reliró sus dedos manchados por el puño del Abrám. Los demás indios, al ver la actitud del herido giraron círculos turbios en sus orbitas encendidas con vibreres de espanto y maldición.

—Hay que hacer arcos en el camino. Poner lo mejor de la hacienda para que el amo vea que si trabajamos nosotros, que si sudamos, aunque esto sea sólo para bien de él... Jaja! que vida. Ven Uds., indios ignorantes? nosotros sudamos, hasta morirnos, no paramos día ni noche y el amo es el que engulle la plata, sentadito. Carajo!

—Así mismo es, amo Abrám.

—Quién dijo eso? No deben Uds., los indios, pensar así. Sólo yo, porque tengo mi cerebro cultivado y leídoté. Pero Uds. perros sarnosos... no!

—Así será pes...

—Oigan. Hacen bien los arcos, sin robarse las frutas, ni destruir las huertas. Si se portan bien habrá fiesta y hasta toros para comer. A vos, Anjichu, te hago cabeza de los runas. Harán arcos de agradecer, no.

—Lindos para hacer, amo mayordomito.

—Cosa de que agradezcan a Ud.

—A mi también maude, amo Abrámico.

—Vos, mamarracho? No.

—Liuduritas he de hacer, a que vaya la niña Techita. Di pes, Angel, que deje.

—No ha de querer.

—Sí quieres vos, Angel, que vaya. Para eso es tu hermano chico. Ya váyanse, no irán a emborracharse. Oyeron?

—Bueno... arf... amo.

En la mente de los más ballaba la cantina de la seño Julusha, ansiando llegar pronto para anestesiarse, un poco más en inconsciencia, su cerebro aletargado por el trabajo rudo. Se endeudarían en sus cosechas futuras, y acaso negociarían con sus pegujales mendigantes... No oyeron lo que Abrám, luego de despedir a los runas, dijo: «Indios canallas, queriendo pensar como uno, jaja!» Era sábado ese día, además... y los indios ya hacían ganas de targo para el domingo de descanso.

Desparramaban hacia sus hogares, sin despedirse con el burgués «hasta mañana». Acaso por desprecio al laichu o para no darse cuenta de lo que les aguardaría al asomar nuevamente el Sol su cara de quesillo fresco en la cima del monte comarquero.

Esa noche las estrellas aguataron reilonas lo que un bulto llevaba, cautelosamente, en sus brazos, un marranito chileno... No sea que el amo de Sumag Allpa, por un miserable chanchito, le quitase los borregos y las cabeceras...

Amo León cumplía con los indios, en rigor, lo que prometía...

## CAPITULO II

Sumag Alpa--Tierra Hermosa--era la mejor y más bien administrada hacienda del lugar. En el patio, en cuyo centro se alzaba un cocotero gigante circundado de vallas de madera, se levantaban 4 casas. La principal era un bello edificio de altos, con pilares verdes y puertas de vidrio. Tenía todas las comodidades requeridas en los campos. Fronteriza a la casa de los amos, estaba la capilla en la que cabían todos los peones; cuando no estaba en uso se la empleaba de granero, monturero o algún otro menester antirreligioso. Pero de todos modos, era lujo traer un cura a que celebre misas delante de los indios. Junto a la iglesia era la vivienda del mayordomo. Y en el ángulo del patio que estaba más próximo a las huertas, los graneros con sus cepos y calabozos ciegos para torturarles a los runas.

Ese mes quemaba al Sol las postrimerías de sus días. El campo perniabierto de verdor, ondulando los cuarteles de maíz en los valles yacientes al pié de los cerros vecinos que, como divinidades antiguas, cuidaban las sementeras y los secretos de las campiñas feraces de emociones. Balanceaba el río sus hamacas flotantes, arrugando su lomo tejiendo hilaza de vellón blanquicino para que se aduerman las distancias.

A naranja madura olían las 2 de la tarde cuando pusieron a volar algarabías las campanas del templo. El Nipororo y sus yeguas que no habían sido utilizadas, bailaban nerviosas al compás grave del pollino de Ño Agucho. Los pájaros huían al ruido de los cohetes que enardecían los gallineros, ensordeciendo el patio limpio; igual a las camisas de las huarmis acicaladas de sonrisas de sencillez y de verano. A lo lejos, por el camino que enfilaba a Sumag Alpa, el bombo daba tumbos seguido por las piruetas ágiles de los violines sanbartolos. Los ponchos hacían sangre de lado al lado del sendero, danzando bienvenidas. Columpiaban los vientos impregnados a poleo y a las chacras. Por medio de los arcos atestados de frutas, las ramas despedían frescura, flamas de pañuelos colorados que se hubieron anudado en las gargantas de las novias... Palos adornados con la ingenuidad de la indiaña, que exponía lo que la tierra reventaba en sus partos a que sus amos admirasen los rendimientos de su lacta. Los arcos eran emisarios del saludo de los del campo a la gente ciudadana, que venía a rusticar sus mejillas tonificándose el espíritu con el pulmón ancho del horizonte azulado. Y... cosa tierna de ver era el erfo de la oveja merina, suspendido en un poncho huanaeo,

sobre el arco mayor de la avenida.

Nubes de polvo delataron a los amos que llegaban.

—Niña Techa... ve pes el guagua de la Albinal!

—Quién le puso allí, Juanchito?

—Yo! para que veya su mercé...

—Si se cae... ni trabajando dos años le pagas a papá, pícaro.

—Acarieñaba con su fusta los hombros del longo, recordando que jugará con él de chicos... Pensaba que era una desgracia para el Juan el nacer indio... De niños se pasaban juntos todo el tiempo, casi con confianza crecida de hermanos, pero... ahora, que ella estaba casi señorita, el Juan no era más que un longo cualquiera...

—No se ha de caer nada. Bien trincado le pusé. Y ojó pes, más que seya he de trabajar aunque sean 5 años para su mercé, niña. Por la gracia de Mamita Virgen, bien comido soy!

—El Piñalo, tu taita, no te deja morir de hambre, no...

—Niña... de gana no dejaron a mí que vaya a donde paran autos, al pié del caballo suyo hubiera corrido todo el camino. Así como aura... niña!

El chaguar de la Techa pisó en falso, deteniéndose a raya. Zafándose los estribos, el cuerpo de la niña fué al pescuezo del caballo. El chico estuvo pronto a tomar la brida del animal, mientras que, con la otra mano, entallaba fuerte a la amazona. El Juan se saturaba en vaharadas de carne nerviosa, a pubertad, de la niña...

—Juan... si no era por vos... me caía!

—Así será pes... Dolió a niña lo que pusé cogiendo espalda?

—Que me voy acordar del susto!

—Helay... si no hago eso... caía miso niña...

Indianizaba más su lenguaje, para ocultar su abrazo furtivo. Atormontábase la distancia social de la Techa; y los dos, simultáneamente, proyectaron el pasado en sus ojos huidizos por edad crecida.

—Esperemos a papá, Juanchito.

—Mos de ir no mas, como cuando erámos guambras, niña Techita... cuando caynábamos todo día entero...

—No. Esperemos a papá.

Los indios viejos rodeaban a la familia de Dn. León. Misia Micaela derramaba su cuerpo obeso por el gancho, que lucía su soporte posterior para los desvenecijados riñones de su dueña. Únicamente sus ojos astutos se pasaban analizándolo todo, con sus ínfulas de mandona. Eloísa, Lucía y Blanca, miedosas por la montada, con sus rocines al paso, seguían las paces del rosario que su hermano, el cura Luis, entonaba en el trayecto. Las avemarías espantaban a los pájaros de las sementeras. León, a ocultas, reparando en esto, reía en su interior... Las nubes estaban bajitas. El viento se metía en los cabellos de las niñas, largándose monte arriba con el perfume de las damas blancas que llegaban a los campos. Las cabalgaduras echaban a rodar piedras, cuando pasaban muy cerca de la roca, a la derecha de la vía; y era ésta, en veces, tan angosta que los indios estriberos tenían que apretujarse a la peña, raspando todo su pecho contra los juicetes. Infinidad de doñas se apiñaban al paso de los niños: feas y donosas, altas y chicas. Los hijos menores de Dn. León montaban caballos diminutos.

Al desembocar en el patio de la hacienda, la bullanga de los indios asustó a los caballos de las niñas. Saltaban de contento las indias jóvenes, chillaban los guaguas, y los hombres indianos tiraban con fuerza sus ponchos a la espalda, haciéndose más notorios, como si botasen arcofises a sus lomos trasudados.

—Ya basta, mitayotes! No ven que se espantan los caballos? Cállense!

—Vivan nuestros amitos!

—Brutos... ya basta digo!

—Que vivaaaa los amos!

—Basta... bestias, no están viendo que la yegua de manita se espanta!

—Cójanle las riendas pronto!

—Véanles a los guaguas... se van a caer!

Al desmontar, el mayordomo asió una espuela al pellón de su montura, arastrándolo un tanto por el patio. Dirigiéndose al runa más próximo...

—Vé, hijito, has el favor de alzar ese pelloncito.

Se quedó lelo el indio, mientras el Abrám, acucioso y zalamero, fué a ayudar a ña Mica. La puso en el suelo como un montón de frazadas guala-ceñas en forma humana...

—Ayayay... las piernas! Abrám, dí a la Eloisita que traiga ortiga y trago para curarme.

—Mejor yo mismo le curaré, patronita grande...

—Que está pes la bestia esta... atrevido! Lárgate!

—Disimule, patronita... no quise decir lo que su mercé entendió... Sin malicia dijé eso. Voy yo mismo a traer buscando una ortiguita buena.

A sus dos hijos últimos, León les había comprado unos rebenques. Con sus brazos, a todo pulso, en vuelo bárbaro, dejaban caer las fustas en las piernas de los mitayos que brincaban ante la risa de los amos.

—Que graciosos estos chicos... pegando desde guagiiitos, a los runas.

—Diviértanse, hijitos. Para eso les compré los látigos. Diviértanse...

Los dueños subieron al corredor de la casa que miraba la hirvisión de ponchos y polleras floreadas en el patio. El coco proyectaba su sombra encima de las cabezas sudorosas y gritonas de la indiana. Era un remolino de gritos y colores, brincando en la sollama de la hora encendida por los reflejos de los rostros ya comenzando a embriagarse porque el Sr. León Hazera, propietario de Sumag Allpa, con suma opulencia de magnate, había dispuesto que se les diese a sus mitayos todo el trago que solicitaran.

—Pero, papacito... tanto trago a los indios...

—No les conoces vos, Luisito. Hay que tenerles así: borrachos, haciéndoles máquinas movidas por el trago, a que den mayor trabajo sin sentir.

—Pero, se les embota sus cerebros, papá... y no pueden pensar...

—Pensar... jaja! Mejor así. Yo exploto el cuerpo de ellos, y vos, santi-to, explotas el alma, si es que la tienen. Vaya... ¡Hay que sacar partido de ellos para ser un buen hacendado. Y les gusta...

Los amarraban al imán del alcohol, prodigándoles la «fuerza» para tenerlos siempre prosternados a cumplir cualquier tarea, por más humillante que fuese.

—Viva el amito León!

—Viva nuestra patronita grande!

—Y las amitas chicas!

—No Aguchito... ya no conocís al Pedro?

—Que tal, jóven?

Y al amo niño se le encendían rojezes dentro de sus pupilas pintadas por los candiles procecos de tanta pollera movediza. Sus 23 años, golpeándose de rincón a rincón de su satiriasis, no amenguaban los instintos, tratando de descubrir cual hembra estaría más borracha para que así cediese, sin tener que recurrir a trompearla... Que más se querían las longas puercas que el amo niño las buscara...

Abrahám enseñaba sus colmillos orificados y con picadura de tabaco. Ofrecía a los patrones confortantes draques, en cuya agua, coloreada con ataco, perfumaba la brecha nivea de los azahares mozos.

—Está echando chispas esto draque, Abrám.

—Barajo... que quema esto!

—Y la niña Miquita?

—Por ahí anda, curándose sus piernas desportilladas. Que digo... Me ha mareado en seguida tu maldito trago...

—Acaso sea mejor la bullota que moten estos indios condenados.

—Quién sabe... Pero a mí también me duelen las piernas. Esto tiene el montar a los tiempos...

—Y eso que su mercé, patrón, montaba mejor que el niño Agucho...

Dn. León sonrió al escuchar la frase tendenciosa.

—Bueno, Abrám. Tráete unas sillas, a que se sienten las chicas. Esta Lucía... tan paliducha... Es necesario que tomes mucha leche, hija. Nada te cuesta a vos, oiste? Hay que correr por los llanos. El pasto es muy sabroso en las mañanas. Que me pregunten a mí! Oh, las bondades del campo! Por algo es mi hacienda, y Sumag Allpa se llama. Que lindo!

—Cierito, papá?—Y la niña Techa reía con gajos de tomates y chirimoyas en sus mejillas y en su boca chorreada con Sol y caramelos.

—Abrám, anda a que les den bastante trago. Que en el patio pongan 2 barriles del guarapo comprado y uno de aguardiente. Que tomen lo que quieran, para eso soy patrón y... portado! Pobres runas. No te olvides del toro.

—Bueno, patrón.—Y el mayordomo esfumose con su nariz colorada, más roja que el rocoto que estaba mama Shishi pelando en la cocina.

—Viva el amo Abrám!

—El toro del amo Abrám!

—Viva el traguito para los runas!

—Buenos patrones miso son!

Pavorrealesco, el mayordomo atravesaba el gentío haciendo conducir los 2 barriles panzudos del más bravo baldepeñas, el cual hacía burbujas de coraje a la pipa de aguardiente, movida por las avidcees de los runas desbocados.

—Pongan aquí no más, tío Rosendo.

—Esperen! Esperen un rato! Para todos ha de haber... Shuyay, mitayos tragones!

Entre la avalancha ansiosa, las voces se perdían. Cada indio sólo escuchaba un hervir sordo dentro de sus oídos, y la sangre se le esponjaba en las venas, pequeñas para contener el caudal de las arterias sonoras de

entusiasmo. El Abrám miro al patrón y, con el gesto de éste abandonó las barricas bajo las fauces sitibundas de la indiada, que sudaba chorros calientes de diversión suelta en ella misma. No tenían que decirles nada los amos. Desorbitaban sus instintos, desligados de toda pusilanimidad. Metían olletas, pilchis y baldes, surgidos, milagrosamente, de bajo los rebozos de las indias previsivas. Zambullían en el líquido, oliscoso de delicia enfermiza, sus fiebres angustiadas de comazón y de verdadera lujuria de aguardiente. Regaban el guarapo por las gargantas ávidas de acaparar mayor cantidad. Todos deseaban que sus jetas estuviesen en el lugar donde sepultaban sus dedos, abriéndose en el licor, forcejeando por ensanchar las bocas de los depósitos. Si se hubiera podido ver dentro de las pipas, se hubiera observado unas veteaduras de grasa nadando a la deriva del motín gozoso. Tanto hicieron, que las tablas volaron en astillas, rajando las manos de las doñas. Gran parte del alcohol se desperdiciaba. Y, en los charcos de la tierra humedecida, millares de manos raspaban el suelo, sumergiendo sus dedos para probar lo que su codicia los instaba. Las abuelas, hechas cargo de los niños, les untaban en los labios el aguardiente. Los erfos mezclaban ese sabor al olor de las lactancia. Pero las abuelas reían de que sus nietos se acostumbrasen desde guaguas, a la potencia de la sangre de los alambiques. Nadie hacía caso de las viejas. Acurrucadas contra la pared de la iglesia, miraban el torbellino, añorando tiempos mozos...

—Ahí viene el cuchí encebado!

—Cójnle!

—Atájnle!

—Tíronle una guasca!

El Roberto se bilocaba. Poniendo todos sus sentidos a la captura del marrano. Talvez se resarciría de la devolución... Todos codiciaban la presa, con egoísmo de avarientos. 5 manos para una pata, 10 a la cabeza, 50 a la barriga... hasta que por ahí asomó un cuchillo, tajando las garras y el cuerpo del cochino, subitamente hecho humo entre el gentío. Amo León, un poco chispo, arrojaba soles de plata a la peonada. Algunos ruinas los pescaban al vuelo. Otros, formaban montones, propinándose empellones e hipócritas trompadas. Comenzaba a hervir el trago en las cabezas gañanas. Se jalaban de los ponchos, pisoteando sin compasión a los que caían debajo.

—No tire más, papacito!

—Por qué pues? Acaso yo no sé hacer en el río pan, queso y rapadura, con los soles? Que aprovechen los mitayos...

—No ve que se tiran a matar?

—Bueno, bueno. Pero no es por avaricia. Que conste!

—El toro! El toro, ña Miquita!

—El toro queremos! Niña Techita, el toroooo!

—Ahí sale el toro, niña Techá!

—Y vos no vas por el toro, Juan?

—No. Mas lo que me pisan y me pegan ésos mitayos brutos.

—Pero vos también puedes darles duro, Juancho.

—No, niña... mano muy suavita tengo, para estarme golpiando con ru-

nas.

Al principio, el toro salió con beta. Luego lo soltaron y su furia em-

pezó enviando cornadas para los que estaban más cerca de sus astas encendidas de liniebla. Viendo su impotencia de no poder tomar aviada para la embestida, la bestia aminoró su furor, con susto, él, de las caras de los indios apopléticos de Sol, sudores, tierra y borrachera incontenible. Caídos por doquiera se dejaban pisar por sus compañeros, salpicándoles el rostro la espuma del meado y las pollas calientes de la bosta del animal. Sanguinarios, los indios lo sujetaron entre 20 que se colgaban de los cuernos, sintiendo el aliento tibio entre sus pechos que se enardecían más y más en su destrucción, en su venganza... De qué? Siempre que ve la sangre el indio, la tiembla en su comienzo, pero después se enfurece y ciega su razón. Subían al lomo del toro, mientras otros le torcían el rabo. Y el bovino, al tormento inmerecido, pateaba a las rodillas de los hombres y al vientre de las hembras, en cuyo cofre abombado se cuajaba un nuevo ser; longo-concierto que, antes del primer vago, ya estaba sellado por las garras feudales.

—Que estará pes el toro bruto, carajo...

—Hay que comer bien para tumbarnos a nosotros!

—Jajay!

—Patia no mas... patia, cojudo!

Los ponchos aventaban apedreando carcajadas de infierno a los ojos de la bestia. Dieron varias vueltas de un cabestro en las patas traseras de la víctima; a pulso, torciéndole su cornamenta y empujándole de lado, dieron en el suelo con la mole gorda del *Ulamao*. Ni siquiera acertaron a hundir la puntilla en el mismo bulto. Con su hocico remoliendo el vaho orgiástico a las nubes, se quejaba el animal, copiando en sus retinas achicadas el tumulto hirsuto de los peones. Armados de un machete, hecho un viento de filo, cortaron, por turnos, el pescuezo, la panza, el escroto. Se regocijaban, tomando los testículos en las manos y pesándolos; algunos se colocaban entre sus piernas, delante de los amos, y andaban, torvos y chuscos, hasta 3 varas, de esa laya. Con la punta del machete primero, luego a mano desnuda, extrajeron las vísceras, lanzándolas al aire a que cualquiera las recoja. Se descuadernaba el animal—viejo memorandum de labores agrarias—entre la grita tensa de la indianía que, junto a las entrañas movidas de vitalidad del toro retaceado, fregaba y refregaba su cabeza, mientras su amo los contemplaba, riendo, con ganas de otro draque... Estaban los runas colorados de exterminio, de sangre y ebrios con el coraje rojo del *Ulamao*. Las frentes daban vueltas, girando las horas en guaracas de escombros convulsivo. En un cuarto de hora no quedaba del toro sino su bosta, sus orines y la huella de la sangre que las mujeres derrocharon al colmar con exceso sus baldes de hojalata. Los niños recogían el licor sanguíneo y jugaban, alegremente.

—Que salvajes, papá...

—Verdaderamente, yo no sé cómo permite que se fomenta de ese modo el instinto sanguinario de esas bestias, papacito.

—No creas, curita... Ahora están así. Déjales no más. Mañana, como ovejas han de venir al trabajo. No conocen al runa Uds.

—Ya ve que son fieros los runas, niña Techita?

—Sí, Juan; sí. Anda ayúdala a tu mamá, la Shishi. Corre, longo!

—Qué pasa pes a niña?... De gana dice eso...

En el patio se apretaban los puños alcoholizados de braveza. Cundió



mayormente la algazara briosa, cuando ya se marchaban hacia sus chozas. Los árboles, movedizos por el paso de los indios, bambolecaban el Sol en sus ramajes. Fruncido, el río se trizaba a veces por las pedradas que le lanzaban los caris valientes. En las sembraderas de maíz las tórtolas se detenían un instante, saturadas del vahó ya fermentado en los ajos y palabrotas, que brotaban de las bocas con iras sordas y potras de pujanza. Temblaba el campo, con un halo de niebla malva, envolviendo el amasijo de gente emborrachada.

—El Landi me golpia, carajoooo!

—Toma, perro, a que aprendas a golpiar, a que aprendas a insultar!

El Landi, de un puñeto, volteó en el aire a su rival que fué a incrustarse una piedra en su ojo zurdo.

—Ayayai... ojito! me ha sacado no mas el perro...

El ojo del indio latía su viscosidad, bajo las lágrimas del bueno, en la mano de su mujer. Cuajábase el Sol en el ojo vaciado de su órbita. Las demás mujeres jalaban a sus caris acurpadós en las cunetas lodosas de los caminos, enjambreados de gritos roncós. Muchos guaguas estaban tirados en plena tierra, lejos de sus mamas, y sobre sus cuellos se asentaba la pata del borracho. Pasaban en maremagnum tambaleante. Abrían los brazos; derrengaban sus piernas y no podían sostener el equilibrio bélico que todos intentaban brotase de sus laringes trastornadas.

—Jajayyyy... carajú! Jajayyy!

El crepúsculo se iba en girones de poncho viejo. Allá corrían las ovejas, y los caballos paraban las puntas de sus orejas.

—Levanta... levanta! No llores más! Para, como hombre, carajo!

—Ya llegamos al tarabita!

—Subirán con juicio!

El andamio mayor, desde el cual descendía un cable flojo, hasta la mitad del río, estaba a 9 metros de altura. De su escalera pendían arracimados los runas. Todos trataban de ser los primeros en la ascensión al tablado para ganar sitio en el cajón, de un metro cuadrado, y deslizarse hasta la media banda del río. Mugía, toro padrote, el caudal hinchado por las recientes lluvias. A cada lado las orillas, blanquecinas en sus rocas mansas; en la mitad del río las piedras asomaban, secas, mostrando esferas de calavera... El Sol se fijaba un instante en la corriente, yéndose partido, en miles de filamentos irisados, rumbo a la distancia estreñecida. Las siluetas de la muchedumbre beoda espejeaba en el agua movable y trágica. Por más que el Anjichu les rogaba serenarse, los indios, movidos con la impetuosidad del trago y con la inconsciencia heroica del riesgo, se apiñaron, 16, en el sitio de la tarabita. Las mujeres, sentadas, con los erfos magullados sus espaldas por las rótulas de los caris que, de piés, asidos al triángulo de cables y de cables, de acero, sostenedores del aparato, salpicaban de carcajadas broncas el abismo. Refulgía la policromía de la indiada, crespas de torpeza.

—No largue tarabita, taita Bomba! No largue!

El Bomba Zúñiga estaba ebrio a morir. A él, para que quedase guardiando la tarabita, le enviaron dos botellas a que las disfrutase con los suyos. Pero él, almita de Dios, se hubo bebido todo...

—Ve pes el guaguarrón este... Venir a joder a mí... Anda mandarás en

cuyero, piojoso! Tarabitero viejo soy. Monten no más todos.

—No largue tarabita, taitito... Bomba!

El Anjichu se agarraba de los cabos y, pateándose en los palos del andamiaje, trataba de contener la fuga del cajón.

—Irás a porra, no!

Juntos rodaron, el Angel y el Zúñiga, en el andamio. Centelló el aparato. Estornudos de colores cayeron a la sima de las ondas. Todos pusieron sus instintos egoistas en conservar sus vidas, ardidadas y desaforadas, en las garras engarfiadas. Enanchaban sus bocazas hediondas a tragazo, a que el aire de la deslizada por el cable sesgado, se les entrase a refrescar sus estómagos sancochados. Fué un relámpago de frisis. Y todos ellos sucios, encima del viento suspendido en los torsos salientes de los hombres, gritando al espacio y al ocase vidrioso de luces.

Sobre las piedras de la mitad del río, donde se alzaba otro andamio, los hombres saltaron sobre las magulladuras de sus mujeres y carnes doloridas de sus hijos.

—Yo ca miedo... pish! ni a amos tengo miedo, cuanti más a tarabita!

—Upalli, callusapa!

—Y a muerte no tendrás pes miedo?

—Mos de morir no más, si viene muerte pes. En cama, en trabajo, borrachos o limpios, mos de morir mismo.

—Burros, bestias, animalotes... mi guaguita creo que se ha caído al río!

Y la india desjarretó su chuma y su pena. Voz de madre que se trizaba cantando con garfía de llanto, retratando físicamente a su criatura que le tragó el río avieso de tumbos. Ya desde la banda del medio, pasaban a la otra orilla...

Niño Agucho, extenuado de asaltar tras el cerco la donceller de las longas chispas, con el bello babeante, rendidos sus riñones, y la cabeza huida, contempló, bobaliconamente, una niña de 3 meses que giraba... giraba... cuando la luna empujaba sus pañales de bayeta tejida con trama de anhelos y suspiros punzados por la eterna pena concierto de sus padres.

El Anjichu, encaramado al tinglado de la tarabita ya desierta, amarraba, en la cintura y en los sobacos del Bomba Zúñiga, una beta para descolgarlo hasta la playa. Amarillaban las retamas, bajo la luna enfriando tanto calor.

### CAPITULO III

Domingo. Doña Miquita se había levantado a las 6 de la mañana. Tapada con su pañolón de ajedrez café, renqueaba, de mal cuajo, su gordana. El aire, limpio ya de la bebezona de la víspera, estaba tenso de exultaciones benéficas, como si hubiesen lavado el cielo con la luz del alba nueva. Campos verdes titilaban su dinamia en el horizonte abierto de plenitud. Casi líquido, el paisaje se colaba en las retinas de la señora, desprestigiando sus matices....

—Buenos días dé Dios, niña Mica.

—Ocioso este... milagro que te has levantado.

—Para saludar yo primero a la niña Miquita y a la ña Techita.

—Pobre mi Teresita... con la bulla de los longos, está con dolor de cabeza.

Lenguaraces, las campanas llamaban a la misa de Sumag Allpa. Oficiaría el hijo sacerdote de León Hazera! Las domésticas de la casa, soñolientas, limpiaban lagañas con las yemas de los dedos y se los pasaban luego por las polcas de zaraza. El patrón grande, perfectamente abrigado bajo su poncho de Otavalo, arrollaba al cuello una bufanda de lana, bostezando con una tufarada aguardentosa en la mañana perfumada a las vacas dispuestas al ordeño. Lucía y Blanca seguían a Misia, Mica que asestaba coscorrones al Gustavo y al Antuco, a que se despabilasen de una vez. Eloísa daba el brazo a Agucho, y tenía prosas de quién conquista un «masón» para la iglesia.

—Niña Techita... helaquí estas naranjas....

—Ven a que te hiques a mi lado. Gracias, Juanchito...

Del suelo enladrillado del templo despegábase olor de interiores de bayeta, de envoltorios de niños tiernos, y, sobre aquel vaho de pollera campesina, ese acre sabor que despiden los pies cuerosos de los indios que se hunden en las cochas y en los polvos. Entreveramiento de hombres, chicos y mujeres, amontonando maíces de colores en el troje del Señor... En un recángulo, cercado con pasamanos del resto de la única nave, los patronos disponían de reclinatorios y de bancas acolchadas que brillaban al Sol su forro de hule. Doña Mica miró a la sacristía, luego cerró sus ojos transfigurados en éxtasis maternos.

Cura Luis era guapo; más que nada emparedado en el oro y la plata de su lujosa librea de la Casa de Dios. A espaldas del cura apareció el Abrám, embotellado en sotana colorada y roqueto de encaje. Iba con cara

de quién no rompe un huevo, no obstante eso, asestó un vigoroso puntapió a un perro que se enredó en su pollera... Iniciado el oficio divino, la indiada se paraba, se persignaba, ejecutaba todo lo que le hubieron enseñado, simulando estar tascando proces. Muy a lo hondo, de sus frentes, sus pensamientos estaban en la choza que, ahora recordando dejaron sin nadie a que las cuide; pensaban en la chumazona de la víspera; en pedir un socorro al amo; un aumento de terrenos, porque ya no cabían los hijos en la faja de tierra; en poder utilizar el agua de la hacienda que pasa regando los frutales y luego se desperdicia sin que nadie la aprovechase... En tanta cosa pequeña y de enorme magnitud a los días turbios de los peones de la estancia. No podían sentir esa emoción de fé pura y exaltada que requiere una imaginación cultivada para gozar con los mitos, misterios, los milagros y la imagen de Jesús enclavado. Admiraban ellos todos los instrumentos de la liturgia católica, sus lujos y sus oros, lo mismo que los niños y los nicos contemplan un pedazo de Sol dentro del vidrio de un espejo. Más que nada envidiaban al mayordomo metido en esa linda pollerita; ya hubieran ellos podido engallar superioridades entre amigos y vecinos... Sentaron en el suelo, porque ya se cansaban, de imitar los gestos de sus amos. Además... doctor Luisito subía a la corola sobredorada del púlpito. Acallaban las madres a sus guaguas cargados a las espaldas. Doña Mica vibró sus párpados para dentro, estremecida de santo orgullo.

—Ah, pecadores impenitentes! Todo este año habéis pasado sin recogeros bajo el alero de la Casa del Señor Crucificado. Eso no está bueno, porque el alma del pecador ha menester de riego, igual que la planta, para su crecimiento y sanidad interior, pedazos de... cielo aborígen!

No Agucho masticaba el borde del pañuelo. Los poblanos oían elevados sus cuellos, haciendo conceptos muy honrosos del hijo del gamonal. Presuntuoso, el presbítero seguía su perorata, oyéndose él mismo. Pero cuando León le hizo una seña, cambió de tono y de expresión altisonante.

—No scáis ladrones, que las calderas del infierno pueden quemaros con su fuego eterno, como cuyes; pueden chasparos enteritos, perros viejos! Uso estas expresiones a que me comprendáis mejor, porque si os hablo de otra manera, mi sermón va a caer en saco roto. Oyeron? Listas están esas terribles calderas para quemar el alma y los piés y las manos del que robe a pa... digo a Don León. Acaso no tienen Uds. suficiente tierra para trabajar, sin robar a nadie? No se pueden quejar del trato de la hacienda. Ya ven ese nombre que tiene: Sumag Allpa, hermosa tierra, pero no es por la feracidad de los terrenos, sino por el trato que os dan aquí. Es lo mejor de lo mejor; ni en 100 leguas a la redonda hallarán un trato semejante. Ya ven la fiesta de ayer. Soles de pura plata, tiró vuestro amo. Un toro y un marrano se les dió. Pero deben seguir siendo buenos. No robar, sobre todo. Aprender del honrado runita que entregó el puerco chileno que robara. De esos se van de corona a los cielos.

Los indios cogían los brazos de las doñas por debajo del rebozo. Lelos, se desatendían del cura.

—Condenados! Deben comprender los esfuerzos que es para la familia Hazera el traer un sacerdote a que les enseñe la santa palabra de Dios. Ay del condenado que no cumpla pagando los diezmos y primicias. Ahí está ese

terrible neu pacha, con sus víboras, sus diablos y sus fierros de tortura para marcarles a fuego la vergüenza de ustedes. De las patas han de venir a llevarles si no son buenos cristianos. Casáos si estáis amancebados con mujeres. Ah... oh... recemos una salve por el benéfico perdón de vuestras culpas, de vuestros terribles pecados, mitayos berracos!

Poniendo las manos al borde del púlpito, el discursador se lineó, amparado por las miradas de su madre que no cabía de gozo. De la boca del fraile, la oración chorreó mezclada con saliva espesa de fatiga...

Los 2 chicos de la Mica no se aguantaron más. Miraban a la india y sus manos se hacían cosquillas por molestarlos...

—Mamita... vamos un ratito a...

—Por la puerta de la sacristía, por la que salió el Luisito, irán.

El Juancho crucificaba buenos y malos ladrones aguitando a la niña Techa. La degustaba íntegra. Reclinando sus pupilas en la parte que el zapato se tragaba el pié de la amita... Con nerviosismos, moldeaba dedos suaves en torno al tobillo tibio por la malla de seda, imaginando, entre el incienso, el calor de la carne—maíz tostado—de la niña. Por qué cambiaría tanto la niña... Ahora con dolores de cabeza... Olfía tan raramente la amita blanca! Y él también sabíase diferente de cuando correteaban juntos, y no le acometían pensamientos extraños...

El poster además del cura fué más confortador que una copa de trago a la india. Tío Pedro y el Calixto, al intentar pararse, cada cual por su lado, rodaron entre la risa de los demás indios y las carcajadas aviesas de los chicos de León. Habían amarrado con piola las puntas de los ponchos.

—Niños bromistas estos...

—Ponen haciendo cair al suelo!

—En el suelo mismo están siempre, bestias!

—Alabado sea Jesucristo, amo Teniente.

Sol en las tetas de las vacas llamando a sus becerros. Ño Agucho liaba un cigarrillo, gozando al sorprender lo que 5 huambros tapaban sus rostros con las lliglas domingueras... Los chazos del pueblo, empolainados, lucían corbatas estallantes. Y las poblanas chirriaban sus zapatos con triples alegrones. La Fila y la Michi relucían sus caras entre los dibujos de los paños gualaceños, cuyos flecos espunaban encima de las polleras bordadas sus orrillas. Hermosas las cholas, torcían sus pupilas a los deseos contenidos de los chazos.

Domingo... día de cuentas en Sumag Allpa. Dn. León, en su despacho de la planta baja, se entretenía... con los indios. Mas, fatigado por las excesivas saluciones de los pueblerinos, estaba de mal talante. Le fastidiaba el olor de la indiafa arrebañada en torno suyo. En una mesa asomaban las fichas ya sin uso, porque hoy se les pagaba a los indios en moneda, dejándolos que comprén lo que necesitaban en el pueblo. León vió las divisas de su hacienda, y frunció el seño.

—Abrám... Ya no se puede favorecer a estos pobres indios vendiéndoles cosas en la misma hacienda. Ahí están las fichas ociosas. Es una temeridad!

—Sí; patroncito... Y con lo lindo que entraba la plata...

—No digo por eso! Barajo! me han robado! cómo permite esto Abrám?

—Hago lo que puedo, patrón...

—Y lo demás no hace... es el colmo! Mazorcas me han robado!

La peonada fizgaba al mayordomo... Los que estaban al alcance de la furia contenida del chazo cosquillaban las espaldas de los vecinos, en burla silenciosa, mordida de carcajadas, con ese dejo bárbaro de sorna que suele tener la mitayada... cuando quiere!

—Ya basta. Abrám! Bien me hubiera podido ahorrar esto mal rato. Todo por sus malditos cuyes de esta tarde...

—Si quiere su mercé... dejemos para otro día.

—No. Terminemos de una vez. Oye, Rosendo, estando vos de huasicama has hecho perder 4 gallinas finas y 206 pares de mazorcas blancas. Ahora me devuelves todo! Todo! Oyes?

—Así será pes... amo.

—Así es! O quieres robarte y tragarte todo? Vos no has cuidado y por eso tienes que pagar! Mangansón!

—Yo ca no he robado... quién tan shuarfa... Amito... maicito zhima<sup>80</sup> fué. No blanco.

—Blanco, te digo yo! Para mi, zhima o blanco es lo mismo! Y me tienes que devolver! Como sois peón trabajador, no vamos a fijar plazo. Pero oye: cuando cosches tus tierras, el Abrám se ha de ir a tu llacta a que le des 412 pares de mazorcas blancas. De las dos gallinas, te perdono; pero las otras dos, me has de reponer con una oveja por cada una. Oiste? Si no...

—Así será pes... amito.

—Ya oiste lo que dijo Taita cura. Modelo de patrón soy yo. Ni siquiera te hago cargo de la calcha que has gastado, del potreraje de tu yegua tordilla, de lo que tus borregos han comido el pasto de mi hacienda. Bien digo: modelo de patrón soy, Barajo! Hasta tu mujer ha vendido toda la chamiza. Vaya...

Amito... perdonarás... però de huasicama tenía miso que hacer esas cosas.

—Ya basta! He ordenado, y se acabó! Sabes firmar? No? Bueno. El Abrám lo hará por vos. Vengan ustedes, runas, a que sean testigos. Saben firmar?

—Maña, amito... maña.

—Saben hablar castellano y no saben firmar... vaya que brutos!

Y no se acababa ese domingo desastrozo para el amo. La niña Techa, preocupada del Juan, quiso ayudarle a que se hiciese hombre completo. Llegando al despacho de su padre, propúsole llevarle a Cuenca para que termine sus estudios en la escuela de los H. H. C. C... Bramó el gamonal ante tamaño despropósito; pateó una silla, tomó una ficha entre sus manos y la torció con saña. Pero la Techa le iba convenciendo, aduciendo razones de

mucho peso... Díjole que en el pueblo hablaban de que estaba casi en la pobreza y que por ello iba a hipotecar Sumag Allpa. Que le iban a hacer Jefe Político del Cantón por sus buenos méritos y que siempre reconocían que él, León Hazera, era un patricio de esos que iban escaseando ya. Cedia el padre... Pero cuando la Techa le recalcará las hablillas pueblerinas... saltó!

—Qué dices? que dicen ellos que no tengo plata? Bah! No me hagas reír! Endeudado yo? Vaya... Yo, que tengo una fortuna bien saneada? Que soy miserable? Y qué es el lujo que gastan ustedes? Pura seda rompen y rasgan! Hasta el Agucho tiene calzones de montar, del más puro casimir inglés! Que estoy arruinado? Vaya... Yo, que al venir acá tiré 7 mil sucres, en una sola parada, a la pinta? Y me quedé riendo! Pueblo de piojosos! Doctor, senador, ha de hacer del longo! Tráele al Juan y llama al Luisito!

Con esa sapiente prestancia que monopolizan los curas, el fraile miró a su padre. Su pollera negra desplazaba viento en derredor, aventando los papeles dispersos por el cuarto.

—Que tal mi sermón, papá?

—Estupendo. Pero requiero tu talento a mi servicio. Escucha: desde mañana le aleccionas al Juan para que entre a los H. H. C. C. Oyes?

—Un longo a la escuela de los queridos... *¡muy bonito!*

—Yo sé lo que me hago y sé lo que te ordeno, Luis.

—Cumplase la santa voluntad de Dios. El dirá...

—Y yo también. Ya sabes!

Al Juancho le brincaba un turbión de picotazos en la nuca y en la frente, al contarle la niña Techa el éxito de la charla con su padre. En seguida se vió calzado como el niño Agucho, poseedor de una cartera con plata suelta... Se quitaría el sombrero al saludar... Fumaría en boquilla, como don León... Chuparía tabaco en pipa delante de los peones... Y acaso, acaso... Evocó que una vez la niña Techa lo solicitó quitarle una araña que estaba subiendo sobre su rodilla. Quedó, bien quedito, él puso su mano en el sitio del tobillo. Después... apretando despacio, poniendo sus labios en las yemas de los dedos, se estremeció al roce de la media en su mano áspera, ya con el grado de calor de la carne joven y olorosa. Presionaba blandamente, como al coger los jilgueros del guayabo mozo. Y subía la mano, grávida de sensaciones, como si apretase dentro de ella una miriada de corazones de pájaros veraneros. Topó con la rótula vibrante de miedo, y, al fin...! de un tinguetazo, envió lejos a la araña. Sus oídos zumbaban con una canción oída en una tambarria del pueblo: «Quién sabe, niña,—quien sabe—si seré tu dueño—más tarde...» Dormiría en cama de flejes y no en ese cuero sucio de borrego, que estaba ya hediondo. Ahorita iba a dejar el poncho...

—Taita... mamá! Anjichu! Ogian!

El taita rajaba leña en la linde de la huerta. El Juan se hirió un pié en la carrera loca.

—Ni ve donde anda el longo esto, pero... Todo el día con niña Techa. Garrapata mas parece. En vez de ayudar a taita, ocioso!

—No, taitito, es que el amo me va a llevar a Cuenca, para que estude *teje*

—Hijo de él serás pes, a que lleve así? Que jale a suyos hijos y deje a míos largos en casa. Mejor coje arado, siembra chacrita, y casa con huambra

donosa. Suda fuerte, a que seas hombre de provecho, tonto. *(erlo mejor)*

—Pi... para lo que vale ser runa, taita... Amos malmodian... pegan y hacen no más lo que gana tienen...

—Mas parece que estás soñando, Juanchito...

—Vamos, taita, a que hable con amo.

—Da botando esta carguita de leña a espalda. Espera... espera...

El longo tomó las rajadas anudadas con una sogá. Al llegarlas al hombro de su padre, las aristas de la madera astillada le lastimaron sus dedos, brotando la sangre en pila pequeña.

—Ayayai! dedito...

—Bruto este, ya pone soltando leña, manavali!

—Es que corté dedito pes, taitito.

—Tuya es culpa, sachá laichu!

—Yo bien dije que no valía para trabajo de campo... pes.

Descargado que hubo las rajadas el viejo en la puerta de la cocina, fueron, como quien pasa no más, frente al despacho de Hazera.

—Vengan, vengan... necitándoles mismo estaba.

—Alabado soy Jesucristo, Taita curita...

—Por siempre el sea loado y bendecido! Runa! no te me pegues tanto... apestas a cloaca destapada!

—Déjate de remilgos, Luisito. Aquí está el Juan.

—Ari, amo. El Juanchito es.

—Sabes rezar, Juan?

Los gamonales preguntaron cosas de la edad; cosas del cielo, probando la capacidad del longuillo. El padre del Juan pensaba que el chico no dejaba de ser una molestia, ya que siempre quería estar de cabeza en los libros; si había ido a la escuela, pero ahora decían que hubo acabado. Y él necesitando la plata estaba... Que se lleve pes el amo León. Pero que pase la plata primero.

—Ven a poner aquí como te llamas, Juan.

Asustado, cercó la pluma con sus dedos temblones; con su índice hecho un pico de enhiesto, afianzado al escritorio, extrañado de sentarse en la silla y el cojín de cuero, del amo grande, tremaban sus carnes y la cabeza le dolía. Con su nariz siguiendo la línea del papel, abría y cerraba los ojos en aceleradas vibraciones y movimientos de sus cejas. Sus pies raspaban uno al otro.

—Ya está, patrónceito.

—Muy bien. *«Juan Piñalo, para servir a su mersé, patrón»*. So entiendo a leguas. No te parece, Luisito?

El rapé hizo que la nariz del sacerdote se bamboleara de oreja a oreja.

—Aah... chis! Si, una regular caligrafía... Pero mejor si esto zagal hubiera entrado saludando...

—Si dije alabado soy Jesucristo, Taita curita...

—Mientes, lucifer! Eres un cínico!

—Deja, Luisito... es lo de menos. Oye, Ambrosio. Voy a llevármelo al Juan, para que estudie en Cuenca. Para que veas que soy un patrón modelo, te perdono las deudas tuyas y de la Shishi. Pero vos me das al longajo este.



—Uh... amito... yo ca queriendo guagra de arada estoy... A huarani tan ueunchi nuevo falta, en girones está andando Shishi. Y duce miso dejar que Juanchito vaya a Cuenca... Ayoritas faltan miso...

—No ves que es por el bien de tu hijo? Acaso vamos a hacer ningún documento de venta? Ponte en conciencia de padre y ve el porvenir de tu hijo, puede ser doctor! Y... cuánto dinero quieres?

—No enojarás, amito... 200 ayoritas de a uno...

—200 sueres? esto es un descaro! Que longo más caro, vaya!

—Entonces... 50 con 80 darás pes, amo... Y deudas perdonando.

—No. Te daré 150, y las deudas quedan como están. Si quieres que te dé más plata tienes que comprometerme a entregarme 5 sudaderos por año, hasta que el Juan termine sus estudios. Oiste? Así doy 180 sueres!

—Bastante es, amito... Pero así también, si das platita de contado...

—Primeró tienes que firmar, comprometiéndote a entregar los sudaderos.

—Bueno pes, amito. De ser sería pes...

Comprendiendo que hacía una torpeza, el Ambrosio iba a dar pie atrás. Pero... ya estaban los ayoras brillándole dentro de sus ojos y sobre la cabeza del Juanchito. Miles de soles le bailaban en las manos al indio. Y, lo mejor, no le ardían; produciéndole impresión de cosquillas calentitas... Mas... el amo aun no le había dado nada.

—Oite, Ambrosio, por hoy solo tengo billetes de a 100. Te voy a dar uno de estos, para quedarte debiendo los restantes.

—...Y, cuándo darás pes 80, amito?

—Mañana de mañanita. O prefieres que te dé todo junto mañana?

—No, amito... da no más aura miso 100.

Luisito refa interiormente, mordiendo la punta del cigarro que aromaba sus labios tumefactos de latines. Los nudos del pañuelo del Ambrosio apiñaron sus cabezas contra el billete de a 100, que le quemaba el seño al huasicama cuando fué a dar agua a los caballos.

Sho! Sho! espantaba jalando las jáquimas tejidas por manos indias, cansinas y resignadas, presintiendo que, acaso, en la trama de la cabuya trenzaban sus vidas anuladas bajo el taco de los laichus hacendados que, amparados en la verga de toro, no permitían los argumentos de los milayos. La voz de los patrones era omnívoda... Sho! Sho! brutos! Y el Ambrosio sacudía las sogas de las jáquimas, cuando los potros intentaban encaramarse en ancas de la yegua baya. Sho! el indio desacompañaba su frente en un ritmo que le caía extenuado hacia la izquierda de su cuerpo, mojado por la garúa fina que hilaban los campos con su lloro. Asíó piedras y, fuertemente, las tiraba contra las grupas de los caballos.

—Enteramente fiero es amo León... Juanchito quita... pero si dió plata!

Las bestias se espantaban, pero no huían, impedidas por la fuerza del gañán, torcidos a sus muñecas los ronzales. Fatigado por la tensión de sus bíceps, el padre del Juan Piñalo, a toda rotación de sus brazos agujijoneados de venganza, aró en las ancas equinas un chicotazo siniestro. No sabía que era la cólera que le roía. Pero... ahí estaban los caballos brincando, con sus crines que se bandereaban al viento; sus cuellos empujaban a la yegua baya, lamiendo el pelaje fino de cerca de la frente.

—He de decir que pusieron venciendo caballos brutos!...

A la banda de donde estaba el Ambrosio, la peña recibía el sobre par-  
do de la tarabita. El río galopaba, también, potros latigueados en sus vuelcos.  
El Ambrosio era un signo negativo como las arenas inútiles de la orilla, lue-  
go de la corriente. . .

Los patillos tomaban agua sin apearse de su vuelo.

## CAPITULO IV

Pelado de nubes, el cielo se habría hondo a la canción de la Michi: «Lunita, lunita—vamos caminando—dirás a mamita—que me voy llorando!...» Y la chola vagaba por la luna, humedeciendo su recuerdo a los días idos que pasaran con su música. Su hogar distante, desbaratado por la miseria, ya no podía acogerle a ella. Miraba los luceros y sus suspiros se desprendían de su boca impulsada a refr... Niño Agucho la molestaba de un modo... Pero su risa no era de halagada vanidad, sino de angustia. Jugaban todos en el patio. No Agucho hacía de rocofín. Hincado, con sus dedos en los muslos calientes a bayeta huanëña de la Michi, prestaba su espalda para que asienten sobre ella las suertes del juego. Se esforzaba por adivinar si era *escudilla o campanilla*... Le ardían las rodillas al jóven, pero no importaba. Que lindo estaba así: metido la cara en la pollera de la chola! Pollera de la Michi, mejor quo la de la Fila!... Reían contentos y cordiales, niños y cholas, sin ese cerco falso de distancia social. Cada cual era un colaborador para gozar la noche y la luna. Nada más. Hasta el Agucho, jóven que en el campo usaba «calzón de montar de casimir inglés», quiso jugar con todos.

—Aura juguemos a la cebollita!

—Yo me hago el comprador!

—Yo el tronco!

—Se lució, niño Agucho de comprador!

—Estaraste callado, Juancho, eh!

En un poste, donde amarraban a los torcetes para ponerles marca, se afianzó, amarrada con sus manos y piés, la Fila. Después de ella se sentaron todos, enlazando sus piernas con las de la persona delantera; los brazos los ceñían al pecho. De lado a lado se meneaban las cebollas a que no se las llevase el comprador.

—Ya voy a sacar las cebollas!

No Agucho palpaba los repollos duros de los pechos de las cholas; los suavizaba, con habilidades de buen comprador...

—Vay... no me meto haciendo cosquillas!

—Pero si están bien duras las cebollas, Michi!

Con sus irises encendidos, brillando fosforescencias de gato en sus pupilas, No Agucho abultaba las narices, resoplando su olfato deleitado en azuzar sus instintos a que caven, con las yemas de los dedos, en los troncos a medio abrirse de las cholas grandes...

- Ayayau, Juan! No me apretes tan duro!
- Es que va a sacarme, niña Techita!
- Te voy a botar por lejos, cebolla podrida!
- Elo no vale insultando! Niño Agucho... no sea malo...
- No le apretes tanto a la Techa, bruto!
- Jugando estamos pes. En juego hay que hacer eso pes...

Sonaba a frío tenue la noche. Se percibía a los caballos mascando la calcha... El grito del guardián de sementeras se desgalgaba por los cuarteles del maíz que, por haberlo sembrado antes, estaba ya de corte. El rumor de las chacras hacía sonido de río hinchado, al mecerse con el viento que bajaba de los cerros cercanos a sacudir las cañas.

—Vaya... al tronco sí que no se le puede mover! Bien enterrado está! Mejor vamos a coger ninacurus!

- Ya es tarde, Agucho. Mamita dijo que subamos pronto.
- No, hombre! Vamos no más. Le he decir a mamita que estabas conmigo. Que yo les he llevado. Mandemos a las chinas chicas.
- Sí, sí, que vayan. Les han de necitar.
- No nos mande, ña Techita. Queremos jugar nosotras también.
- No. Váyanse no mas. Mañana he de preguntar si se han ido derecho.
- Malotas...
- Vamos a coger ninacurus... que lindo!

Los gusanos de luz brillaban sus lamparillas errantes. En la alfalfa, oriente a noche duchada de estrellas, las luciérnagas encendían y apagaban lunas guaguas. De todo el sembrío, extendido al pie de una loma, salía el vaho de la tierra trebolada, con menta que tiraba a los nervios su frescura. El campo, con la luz lunar, estaba cubierto con un tul volátil, con un halo que se entraba directamente a los espíritus predispuestos al romanticismo... La niña Techa balanceó el horizonte en sus brazos templados de 16 años. Cantaba, aturdida por la luz que la envolvía íntegra.

- Niña Techa... ya cogí un ninacuru!
- Frótate en la frente a que tengas un lucero, Juancho!
- Niña... en el fonógrafo estarán pes todos esos lindos cantos...
- Que han de saber pues los gringos esos adefesiosos cantos.
- Como zambo, de grande, está el corazón! No sé... no sé... En Cuenca lindo he de aprender a cantar yo... para su mercé!

El longo suspendía en sus labios lo que pugnaba por hacerse fuerza de expresión. Tremaba el alfalfar, convulsionado en redes de aguas verdesondas. Todos estaban bajo el influjo de la noche extendida, untada de armonía en sus fibras titilando, como las constelaciones agitadas.

- Oye... Michi... aquí no hay nada nicacurus... Vamos allá a la loma...
  - No, niño Aguchito...
  - Vamos... si hasta conejos hay allá... Vamos...
  - No... Han de caer en cuenta...
  - No seas tonta... Linda está la luna... No tengas miedo... Ve...
- Jadeaban sordos los vocablos, emitidos por las lenguas abrasadas.
- Calle... no hable tan duro! La niña Techa ha de oír...
- Gorriones enjaulados se tiraban de cabeza en los corazones, golpeando la noche mansa de hojas y de pájaros dormidos. En la avalancha de la san-

gre galopaban los fulgores de las luciolas. A veces saltaban sapitos de entre las raíces de la alfalfa. Fulgían blancas las piedras. Y en el aire posaba un olor de cosa presentida, pero imprecisa de decirlo. Los oídos zumbaban al compás del viento marejado!...

—Michi! Michi... vamos... ninacurus... ninacurus! Allá!...

Modulaciones silenciosas; en puntillas la voz, omitida a trancos tartajosos, como si se tratase de adormir a alguna criatura.

—Ve! Este lindo ninacurote! Ayude, niño Agucho!

Tormentaron el alfallar las polleras de la chola, corriendo tras una lufuga cuyos zafiros indicaban el camino hacia la loma...

—Espéranás, Techa. Voy a ayudar a la Michi!

Al Juancho y a la niña, les pasaba a los vestidos la humedad del sereno. La Teresa gozaba con la mojadura de la intemperie, mientras la Fila, tumbada de espaldas, perdía en el cielo sus ojos difusos de sueños. La granilla impregnaba su huella profunda y perfumaba las manos hundidas en el suelo. El Juancho, de pechos en la alfalfa, apuñaba, hasta hundirse las uñas en las palmas de las manos enfiebridas, cogiendo un vuelo del fustán de la niña. Le parecía al longo que la misma luna estaba latiendo en la tela... pero una luna no fría, sino ardiente. Espiaba receloso, los movimientos de la Fila. Go-teando sus labios, agrandados su ojos... A dentellada voráz arrancó tarascos de hierba. Con furia, con saña devastadora, tainada y mañosa.

—Por qué haces así, Juan?

—No sé qué me pasa... amita. Quisiera ser potro, más mejor!

Desde la loma descuartizó un grito las ondas de la hierba. Grito amotrado de deleite... que se iba a estrellar contra las flores azules del forraje, en la noche cálida ya, húmeda de latidos.

Conejos... los elluvios de las capulicadas botaban olores al pasto estre-mecido de luna corquita de la Serranía.

Calchaba la peonada la sementera más distante de la casa. Era la racha potente de la Sierra en los poros indios, sacándolos de cuajo en un incendio de Sol chacarero. Sonaban las cañas sobadas por el ajotreo runa. Salfan las cabezas gañanas sobre la flor de los maíces en madurez pródiga a los bolsillos de los amos. Entrechos ni se distinguía al calchador, sólo el ruido de los tallos cortados y las voces de los indios floréando y chacoteando con las hembras. Trabajaban aparentemente contentos, como allá en los tiempos de los inkas, señores de risas y beneficios comunitarios. Los jóvenes buscaban las nalgas a las mujeres, insistentemente contagiados del calor magno de la tierra sexualizada mujer. Don León, sin fiarse mucho del mayordomo, estaba presente, chalaneando a su mula chúcara, «pero de que andar pues, hombre! Ni que el ferrocarril!» No debían deshojar el maíz en la misma caña; maíz blanco, que costó 6 sures el almud de semilla, hasta con la calcha llevarían a la hacienda. Los zamarros indios estaban gris de shiranes. Los zambos, al descubrir el terreno de la sementera, asomaban sus lomos verdes y blancuzcos. Las lagartijas se escurrían rápidamente por entre los piés de los tra-

bajadores. Bien finas estaban las hoces, firmes en las manos robustas que desafiaban el Sol mañanero. Los tallos, cortados al sesgo, 4 cañutos antes del suelo, se tumbaban en los chumbis para luego, hechos haccos, llevarlos a los lomos de los runas hasta los trojes de la hacienda.

—Que lindo, papá... cómo suena la calcha, como diciendo ya háganme la parva! Shil, shil... shill! Que lindo!

—Tus hermanas, por dormilonas, han perdido esto.

—Y el pobre Juanecho, de cabeza en el estudio.

—Apúrense, gente! Apúrense, lie dicho! Por ahí estoy viendo que el Angel conversa mucho, sin trabajar! Anda, mitayo!

—Sed está molestando, amito...

—Anda vos mismo pide el guallo de chicha al Abrám, Anjichu.

—Dios sólo pague, niña Techita.

Sacudían, saucochados por el calor, sus sienes los indios. Bebían afanosos la jora fermentada que les prestaba su puntal eficaz para el laboreo. Chupaban a hurtadillas las cañas zumosas, cuidando de no sacarse la mazorca porque el futeo del Abrám haría brecha en sus piernas. Los que estaban al borde de la acequia de riego podían chalar lo que quisiesen, ya que la situación del terreno les aupaba; escondían en el lecho sin agua mazorcas mamas, las cubrían con hojas, para luego recogerlas.

—La calcha parece no más que no pesa nada... ¡juiii!

—Oye, Chimbo, Shamuy calma!

—Alabado sea Jesucristo, amo...

—Ayer ya pagué tu deuda donde el otro patrón. Arrimado mío sois aura.

—Yo miso supliqué eso pes, amo. Piero era otro patrón...

—Los patrones no son fieros nada. Sino los runas son mañosos. 700 sucres pagué por el cargo que hacían de la deuda de tu taita.

—Taita si dejó pes con deuda al morir. Pero... no ero que erán 700...

—Salvaje! Antes me hicieron una rebaja, a mí, por ser quién soy! Mil sucres estaba diciendo que eran. Ahora tienes que pagarme el 30.0% de interés, oíste?

—Taita también sacar tanta plata, para dejar fregado a hijo.

—Vos también tienes hijos, has de sacar no más. Te mueres y ellos son los que se cargan con la friega. Pero busca quién te dé... ¡jaja!

—No sé pes si será bueno eso, amito...

Estornudó el Chimbo, intentando aclarar algo. Consultó con el Anjichu, ya lejos del patrón, entre el bullicio de los calchadores ajenos a su pena y tribulación de heredero...

—Anjichu... 200 sucres no mas ero que fueron. Pero amo dice que son 700. Pero no es tanto también...

—Pregunta pes por papeles, comprobantes, que dice laichu, sabendar.

—Pi... más lo que ha de mandar chicotiano! Laichus son perros por plata. Ruban miso a runas...

—Laichus por plata tienen runas: malecomidos, maltrados... Si runa cagara plata, hasta eso recogieran laichus de nosotros.

—Cierto mismo es eso pes. Pareces laichu vos hablando así, Angel...

—Pero cierto es lo que digo. Siento eso pes yo. Para qué reclamar nada, tío Chimbo... Saliendo de raposo, has caído en garras de León... ¡vay! Pero...

de repente soltamos perros a que muerdan a amos.

—Calcha! Calcha pronto, mitayo Angel! Deja trabajar!

Detrás del Anjichu no más, estaba la mula chúcará asustándose por el sonar de las hoces y las cañas. El amo, sin cansarse, ni ser piuchado por los espinos de los shiranes, gozaba al ver la peonada sumisa y laboriosa. La mula mecía cada vez a su jinete. El hermano del Juan aprovechó que León estaba viendo a otro lado... Dió un brinco brusco, y la mula un salto de costado.

— Que bestia de indio! No ves que la mula es chúcará, caray?

—Lagartija subiendo por zamarro, amo...

—Bruto! Así se hubiera caído el patroncito!

—Papacito... no hará nada!

—Indio m...! a que respetes a la mula mía!

Un chicotazo tronchó el cuello del Angel, mientras sus manos cortaban con furia 2 pares de cañas.

—Bien hecho, patroncito. Monte aura en mi caballo. Manso es.

—No. Mejor vamos bajo ese árbol, para almorzar. Mitayo maldito... Avisa a la gente que pare el trabajo y que almuerce, Abrám!

—Micugrichie calchá-jápig! Micugrichie calchá-jápig!

Flotaba la potencia del quichua en la comba del cielo estremecido de sequía. Oía a tierra parida el rastrojo, amarillando por las hojas de las cañas transportadas. Los pájaros pasaban espiondo dónde pudiera esconderse el grano más fuerte en vitaminas. El viento llamaba al hambre. Y, de los campos, perdidos a la vista, llegaban las mujeres y los hijos de los peones, trayendo un atado de mote con ají, sal y porotos para el alimento del padre que mantenía la choza, o de la madre que paría y sudaba su carne fecunda sobre los tronches que, acaso, no le dieran para nutrir al guagua que advenía... Dispersos se sentaban los trabajadores. Extendidas sus piernas de fatiga, abrían la lligla de la huarmi que siempre era cobertor de espaldas y mantel de la fiesta rústica del almuerzo campesino; granizaba el mote sobre la tela de liencillo. Los que no tenían comida, miraban ansiosos al límite del campo esperando ver asomar a sus familiares. Tomaron trago, el abreboca que decían los amos, que les daban pródigamente... Luego se lanzaban, desde lejos, a puñados deusos, el maíz cocido que caía en sus bocas sudorosas como un poco de nieve, tibia, y confortante. Era mote abierto de dulzura y coloroso a mujer amada. Algunas largas estaban bien limpias, cuidando su sonrisa provocativa; más orondas y a la vez corridas de su prerrogativa de semi ociosas. Se dejaban admirar con su huso al brazo, incitando los floreos de los hombres. Resoplaba tieso el amo.

—Gracias, Abrám. Bueno estaba el trago para el susto... aaah!

—Ya venga, papacito. El Melchor ha traído el almuerzo con la Michi.

—Melchor, ya acabaste el empañete del cuarto de porotos?

—Ya patrón. Por eso miso ayudé a la seño Michi a traer el almuerzo. Sólo las goteras de la cocina faltan de coger. Pero como no ha dicho...

—Cierto, no te ordenado. Ya harás.

—Comedido es el Melchor, papá...

—Sí, hija. Buen albañil está resultando.

—Ojala no patee el burro.

—Qué dices, Abrám?

—Ocurrencias más no más. Volador me parece el sinvergüenza.

—No es de levantar falso testimonio a la gente, sólo por la gana, Abrám.

—De gana dije, niña Techita. Perdonará, patrón.

—Que don Abramecito también... De gana dice que soy malo. Vay!..

Mientras León se zampaba pan y mote con pernil, la Michi requirió la atención de la Techa.

—Ni sabe niña Techita... un lindo conejote cogimos con niño Agucho!

—Darasme el conejo, no, Michi!

—Pero si no avisa a la niña Mica que estuvimos en la alfalfa...

Intranquila la Mercedes con el albañil a la pata, y ante los ojos del patrón. A lo mejor veía que estaban pellizcándose de continuo...

—El Pachó cro que está viendo mucho a la Dumi, ña Techita...

—Y el don Melchor a la Michi, no?

—Hele vidas... que está pes la niña Techa. Jajjaa...

Huambra hermosa era la Dumi. Al destocarse la cabeza, cayó su sudor en maíces cristalinos. Desparramados los indios en el rastrojo, se tumbaban al Sol para recibir calor en sus estómagos repletos por la cantidad de alimentos, pero no de calidad provechosa. Eructaban algunos, cerca del cuello de sus hembras que lactaban a los críos. Muchas indias aseaban a los niños con la aspereza de las hojas de calcha. Se confundían los rostros infantiles con las redondeces de las ollas de barro cocido. Brincaban sus sombras errantes los sapos, y las lagartijas se metían en las mismas bayetas de los guaguas. Apelotonados, por grupos, los indios sudaban su trabajo. Ramoneaba entre el rastrojo la mula chúcara. Reventaban las mejillas de la niña Techa.

—Niña Techa... ve pes esta mazorquita con guagua!

—Trae, Melchor...

—Misha! Misha! ya lo hicé misha, niña Techal

—Faltando el respeto a la niña...

—Deja no más, Michi. Ves este granito azul entre dos blancos? esa es la misha. Ya voy a pedir un sucre a papá...

—No, niña. No quiero plata. Yo he de saber cómo y cuando le cobro.

—Techita, ya díles que se vayan a la hacienda al Melchor y a la Michi. Los demás que sigan calchando, Abrám.

Melchor llevaba en el brazo izquierdo la canasta del almuerzo. La Michi iba ligerita, con su caballo al trote, procurando que no se acercase el del albañil.

—Michi... yo he de coger goteras de cocina aora.

—A mí qué...

—Yo viendo he de estar a vos, del huequito del techo...

—A quién pes, atrevido?

—A vos, Mamita Virgen...

—Runa malhablado... yo te he de mandar pringando con agua hirviendo.

—Pero he de coger mismo goteras tuyas yo...

—Nadie me há tocado, menos vos, longo albañil!

—Rogando has de venir a mí, pero...

—Pish! Criada de casa grande soy. Ni a los niños he rogado... cuanti más a vos, perro!



—Casa grande, en cerro, tengo... fogón apagado está pero...

—A mi qué!

—Polleras de castilla tan tengo... Casita vendiera para ir a Cuenca, si vos quisieras, bonita...

—Hase lo que te de la gana, pero sin mi. No ruogo a nadie!

—De diapa mé gustaría estar, en tu esquina... ¡vay! Sólo vos debes decir, Michissita!

—Jay! eso y la cara de Dios no has de ver vos!

Trotaban los caballos, espantando sus orejas por el viento de la charla peloteada de risas y estallar de dientes blancos de juventud en pleno campo. Callaron, porque frente a la casa de hacienda, la siega de preferencia formaban un banco largo. En fila, mezclada de hombres y mujeres, en matices de colores, tomaban la caña agarrándola por el ápice del pucón deshojado su fruto por el tipidor sujeto a la muñeca con un torzal de cabuya. Profundas canastas daban tictacs recibiendo el maíz intacto en su curunda. Descansaban, chupando a torsión jugosa de sus bocas sedientas, los tallos de la caña. A espaldas de los deshojadores, la calcha era reunida para la parva que el Ambrosio la elevaba más alta que los capulíes de 5 años. Subían, cargados con los tallos, por una escalera flexible a los cuerpos de los runas; los mecían encima de sus cabezas depositándolos en manos de los mitayos situados en el vértice de los haces. Las guambas indias, rollonas, torcían sus pupilas a los piropos tocosos y sinceros de sus colegas. Los largos casaderos eran solicitados mayormente.

—Guaguitos zambos ero que ha chalado en pecho la Victoria...

—Maltonita está... linda miso... Pero cuidado, guambra, de caír pier-ni abierta por ahí... Niño Agucho...

—Runas mañosos! Malhablados! Caica, perros, caica!

Les lanzaba mazoreas, con delicadeza de pluma, la Victoria. Para algo reventaba ya sus pechos en zambos diminutos...

El campo se levantaba en la calcha amarillenta. Allá en el límite fuera de la casa, las vacas sumergían sus hocicos en los pastos. Galopaban los caballos moviendo sus cuellos a los lados. Los gonzos y patos se bañaban en la acequia cercana, salpicando el agua por el filo de sus alas. Charlaban los deshojadores, mientras contaban de sus miserias cotidianas. Algunas viejas procuraban esconder mazoreas, que las ponían entre sus senos.

Ahora el patrón León rabiaba, chicoteando sus botas por entre el gentío. Ya estaba en su casa, y nadie osaba alzarle el gallo, ni mirarle siquiera... Hurgaba con sus ojos todos los movimientos de los peones, esperando descubrir alguna cosa de su desagrado para estallar. Mordía sus labios. Pellizcaba sus bolsillos. Cesaron ya las charlas indias. Por el vuelo del sombrero espectaban la actitud del amo, mostrándose acuciosos en la faena. Doña Mica, desde el corredor, espiaba complacida la gran actividad de su marido.

—Ve esa mazorca, tapada con el rebozo! Cómo está ahí? Ya queriendo robar, no, vieja pueca!

—Mana, amo... mana! Yo, no chalar nada... Juerto Sol, amito... boté sacando rebozo no más... no chala nada!

—Este maíz cuesta mucho, barajo! No es cierto, Miquita?

—Cierto es, León. Busca a ver si han robado más.

Vecino a vecino, rebotaban las miradas ágiles del amo, inquisidor, brillando por sus ojos consecuencias secretas para los culpables. Con el puño de plata de su látigo, fué golpeando el seno de las hembras, las que, pasivamente, ni siquiera intentaban un esguince defensivo de sus pechos caídos y mancillados. Los hombres se palpaban, con rudeza agresiva, sus calzones, sus cottonas, a que el amo constataste que no tuvo efecto la chala.

—Vos... por qué no te paras ajo! Andando!

La india anciana dobló sus hombros por la fuerza del chicotazo. Torpemente, agarrando con ansias nerviosas, sus polleras, púsose de pies... Dieron volteretas en la calcha las dentaduras redondas del maíz chalado.

—Ya ves, ladrona! 4 mazoreas te estabas robando!

—Jesús... León, ya no hay valor con estas ladronas! Pégale!

Quebró la vieja su nuca castigada por la plata de la fusta. Un hilo rojo brotó de su cabeza, mientras la trama de cuero del látigo añadía un tejido de sangre a su trenzado. Una gotita ligera y temblorosa fué a caer en la punta de la bota del amo que, con asco, pateó con rabia para quitarse la sangre humana que marcaba, una vez más, su protesta callada... Los indios, silenciosos, no alzaban sus miradas. Una voceilla tenue irrumpió su queja.

—Yo no chalado nada, amo... maíz queda pes de canasta al ir a traer más calcha para deshoje...

—Ruca mañosa! Aflójate el ucunchi, ahí debes tener más!

—Hele, amito... no hay nada también!

—Sacúdete el seno, aura, ladrona!

El seno... moreno, cóncavo, cueva de fecundaciones, descubrió al aire los 2 pechos alicaídos de la vieja. Pechos sobre los cuales 9 hijos vivificaron su quichua rescoldado de amor en el vientre afuellado, donde le dolieron los desgranes y deshojes a la vieja...

—Mana, amito... mana...

—Qué te parece, Mica, robando el maíz que hace falta a nuestros hijos!

—Así son de malenseñadas. Ni necesitan... pero roban, de puro gusto!

Entre el viento... allá, donde no alcanzaba el chicote colérico del gamonal, un niño de 2 años pegaba contra las paredés grises de su choza su manita india y hambrienta. Arañaba la tierra y, a puñados, la trituraba nerviosamente entre sus dienteccillos privados de la color del maíz que su abuela trataba de perjudicar al alimento de los amos...

Había cougoja en las manos reseca de la vieja, cuyas canas hilaban husos colorados entre el silencio de la indianía agobiada por los patronos de Sumag Allpa.

Cura Luis, rezaba el breviario encima de los indios.

## CAPÍTULO V

Regocijado estaba el amo. Era el día de su santo y, desde los cerros, desde toda parte del campo, suyo y extraño, le llovían regalos. Cada esclavo dejaba su agradito en manos de la Shishi y de la Eloisa. 2 o 3 huevos, quesillos, frutas, hortalizas, todo lo que el agro produce y cultivan en sus pedazos diminutos los gañanes. Lo que nunca, a que le vean que era portado, el Señor de Sumag Alpa daba un real a los runas que iban con obsequios. Estaba en casa de él lo mejor del pueblo...

—Es un gran amo Ud. don León! Caray!

—Jel! Je... hay que halagarles a los pobres runitos... Raza muerta son, y por eso, de pena, debemos adularles un poco. Que nos traigan otro draque, Blanquita.

Bien puestos los amigos de la casa, se habían echado lo mejor de sus vestidos. Don Aurelio, orgulloso de la apuesta de su Guillermo, procuraba que a él la viuda de Alvear le mirase de buena manera... El Juan, tiesito en su terno de casinete, se jalaba la corbata que le regalara niño Agucho, al día siguiente de la cogida de conejos... Bulla en la casa, que hervía de indios, pero ya no como el tumulto rabioso de la llegada de los amos. Empezaba a zapatear el draque en las cabezas de los concurrentes. La ortofónica alternaba con la concertina en pasillos vivos. Bailaban las mujeres en el salón, observando lo que sus piés pisaban las sombras; sorprendíanse de verse asidas a hombres extraños y delante de sus padres. La Techa, cada vez que cruzaban por el espejo, ruborizaba al ver los bigotitos de Guillermo. Los indios, al ruedo de la sala de baile, los juzgaban a su modo.

—Veras, Zoila... niña Blanca bailando más parece niña sacando espuma.

El Anjichu contaba que sus amos habían traído un cajón en el cual aplastaban aguja sobre un plato negro, dandó vueltas, para que suene música... «Niña Techa ni ha sabido nada bailar... chamboniando con ño Guillermo está. Na Lucía trotando de hombre a hombre... Lindo changan niños a niñas, pero! Ña Mica, con manos en barriga, sentada, más parece que va a botar pariendo...»

El día iba mareado por los ruidos. Apeataba a trago el salón. Los amos se divertían y no importaba que los convidados tirasen los restos de draque contra las paredes. Era la costumbre... En el postrer vaho de la luz los cigarrillos asomaban pupilas de gallos bravos en sus puntas. Vibraban los párpados al resuello del aguardiente que punzaba desde las bocas poseídas de ties.

—Que caracho, León! Ahora no estamos en Cuenca para hablar con remilgos ni floridamente! Por eso me gusta el campo: uno habla como le da la gana!

—Lindo es eso pues. Uno se pone poncho hasta en el alma, jajaa...!

—Vaya, León... Lo que quería decirte es que la Mica te ha resultado bien ponedora... lindas hijas tienes!

—Si pues... Hemos hecho lo que manda Dios!

—No contento con eso, vas a llevar un longo para educarle... vaya!

—Es un capricho mío!

—Te saldrá una mula. No lo dudes, León!

—La enseñanza no se hizo sólo para uno que tiene plata...

—Que cosas! Los indios sólo están bien de poncho. Sobran las escuelas para ellos, ya lo creo... Vos mismo no dijiste que eran raza muerta?

—Es que... ¡jem! Es mi capricho, ya te he dicho! Tomemos un draque!

Cuando ya se hubieron marchado los de etiqueta, León y misia Mica los condujeron a la mesa.

—Ahora que se me sienten matizaditos, no pan con pan. Hombre y mujer, como manda Dios!

—Bravo, León!

—Cojan no mas una hembra y siéntense al lado de ella. Si no hay carne para todos, que vayan a traer la de la cocina! Así soy yo!

—Que viva el santo!

—Que talento tiene este León!

El Juanecho, en la mesa de los mayordomos, porque el amo querían que todos viesan sus gestos... no pasaba bocado. El longo estudiante estaba preocupado de la mujer del mayordomo, que le molestaba de continuo por la envidia de verlo educado por los amos; ella tenía 3 hijos y bien le hubiera sentado que le aliviasen de uno de ellos; por eso, cada vez que podía, le satirizaba al Juan. Ahora mismo le decía: «Come, longo remilgado! Traga, traga, no te das cuenta que estás comiendo con tus amos mayordomos? Si estos indios, cuando comen con manteca, se ponen de lo más estirados! Hijo de mama Shishi no mas sois y sin embargo te crees que sois grande, jajay!» El Juan, callado, rumiaba sus pensamientos, queriendo espetarle a la Carmen que ella debía estarse más formal y no dando tanto chinguerito al marido Abrám. Y para colmo de males... allí estaba la Techa hablando largo con el Guillermo! Todo en contra del Juan. Se jaló la corbata, pero la angustia le atenazaba más a lo hondo de la garganta; le dolía, sin poder tragar la saliva espesa y de fuego. Hasta que al fin, sin poder contenerse el estudiante, dejó el comedor yendo fuera. Rofa una idea fija: la de observar bajo la mesa las manos de la Techa y del galán... Crugía la mesa por el ruido del jolgorio. Y allá, mugía un toro en los corrales. Palpó su garganta el Juan, gritó un tanto y extrañose de no poder gritar en la misma forma sonora del toro... La mesa...

Las lechuzas pasaban imponiendo silencio al bullicio.

—Que hable Aurelio!

—Que brinde Aurelio!

—Si no sé... vaya... en lo que me ponen!

—No, y no; brindado tiene que ser!

—Que brinde pronto! No sea chagra, Aurelio!

—Que dirá Doña Angelita...

El gentleman pasose un pañuelo por el cuello, secándose el sudor; bebió un sorbo de cerveza; metió sus manos en las bocas del chaleco, garraspeó, tomando una copa en la mano... se lanzó!

—Bueno... Hum! Voy a tomar esta copa; no digamos copa, digamos vaso; no digamos vaso, digamos balde; no digamos balde, digamos... de balde!

—Bravo, don Aureliot

—Que rico brindis, no, doña Angelita?

—De sacar molde... hija! Que hombre...

—Ssssh! Voy a tomar de balde esta copa, porque estamos en casa de la familia Hazera, modelo de virtudes, gloria y prez de nuestra Morlaquía, lustre de varones y de hembras formidables; oh, esta familia que tiene aquí, en este desamparo, casa con guater clos, ya lo creo! puesto especialmente para comodidad de sus beneméritas hijitas y de la célebre misia Micaela! León es el eminente amo de estas indiadas benditas, que van a la iglesia y que pagan diezmos y primicias. León es el Bolívar del campo; el Mussolini de Sumag Allpa, el Hitler de estos barrizales inundados, que él los ha hecho de oro, con su trabajo... León es el Chamberlain de los alcores, el Roosevelt de las capulicedas, el Salomón de los ordeños bíblicos... León, sí, mis queridos radiocseuchas, es el Joe Luis del Progreso! Tomemos por la hermosa Doña Miquita, por la inefable matrona doña Angelita, y por los pimpollos de rosas de estas lindas guaguas!

Lagrimones abrieron brecha en las mejillas de la Mica, enternecida hasta el punto que su maquillaje resquebrajose por el lloro.

—Quita, perro!

—Quién fuera perro, Teresita... para poder poner la cabeza sobre sus rodillas...

—Si no es en la falda donde me anda el perro... sino que me ha cogido las piernas... como una mano ardiente... Ayayai! me ha mordido, el bruto!

El grito se solidificó en el golpe del tablero de la mesa. La bulla algodónó el sonido, mientras una sombra humana se filtraba puerta afuera...

—Por qué sales pes de bajo la mesa, Juancho? Casi haces voltiar los platos!

—No le vidé, seño Michissita...

—Lindo Juan... hago que Michi venga a mis brazos... Si no abraza ba... cafas mismo, paloma!

—Que cojegoteras tan bestia... Andate, ya se levantan las niñas!

Ahitos, engarfiados por el alcohol y la pitanza desaforada, los amos se asemejaban al indio. Por el predominio de la inconsciencia aguardentosa, nivelaban sus espíritus en un solo desfogue de instinto animal, humano, igualando la bayeta con el casimir inglés... las sedas con el trapo sucio de las mitayas... El indio salía de las almas blancas, sin barniz y en su potencia primitiva y magna.

La sofana de cura Luis se cortaba en raja cerca de su orilla abierta con los dientes de suspensivos de su botonadura negra. Pidió una taza de manzanilla a la Carmen. El Abrám, a fuerza de bebida, estaba durmiendo de

pelos sobre la mesa; en su corona se asentaba una pata de cuy... Ya con la taza en la mano, cura Luis hoció el borde; descolgó sus ojos al ombligo, mientras sus dedos hicieron una seña, indicando un número 10. Comprendió la mayordoma, y marchóse.

En los cuellos de las botellas sudaban las velas, iluminando todo el salón de baile. Algunos indios dormían al pié de la grada. León y Aurelio fueron a hacer aguas, y... sitio propicio...

—Orina no más, Aurelio... mis indios no más son!

—Vamos a darles una ducha a los piojosos estos. Así deben estar más higiénicos, no? Jeje...

—Bueno, aúra al baile! Macstro, toque algo que coja el estómago!

El melodio acezaba como perro enfermo. Doña Angela sudaba inclinando sus ojos a la frente de Aurelio, el que le tiraba el sombrero a que lo pisase; no contento con eso, extrajo su reloj de oro y lo lanzó a los piés de la pareja. Guillermo protestaba amistad a Agucho, y juntos tomaban copa tras copa. Un rumor, escarmenado de la cocina, estriaba el aire con la sonancia de las primas vigüeleras. Los perros aullaban intermitentemente... La tiniebla pesaba dura de silencio en el patio.

Cansados ya todos del baile, regresaban a sus haciendas. Prendieron faroles los indios mayores. Resoplaban nerviosos los caballos, por la grita y por las luces. Estaban ya todos plenamente borrachos. Bailaban los potros y las yeguas.

Aurelio quería estar vigente y tiraba el trago en el cuello de su cebruno. Guillermo dejaba un almárgo de carido en los pechos de la Techa que suspiraba, mientras el Juan mordía la cobija de su cama...

Idos todos, León, suavemente, fué a la alcoba de Luis; paternalmente golpeó la puerta.

—Luisito... curita... hijito... No contesta. Duerme como un bendito. Pobre santo sacerdote. Claro que es bienaventurado mi hijo Luis!

## CAPITULO VI

Fugaban los días, agitados por las manos del verano fornido de visiones de colores. Oía el campo a maizal caluroso en las risas de los recolectores de porotos. Crugían las hojas de las cañas al desprenderse de las venas de las trepadoras. Las yerbas se enroscaban a los piés de los gañanes levantando sus zamarros con un chorro verde asido a ellos. Mujeres indias doblaban sus riñones por el peso de las canastas que cargaban con el rayón rojo de la faja, la que lo mismo servía para envolver a los guaguas que para las labores agrícolas, utilizándolas a modo de cincha laborera. Los indios arrancaban las vainas, tirándolas a los cestos a puñados copiosos con el grano de la tierra. Comentaban la acción de la Michi...

—China carishina... queriendo casar con Melchor dizqué está...

—Ni mercéé también a Melcho. Buen cari es. Y trabajador, solo metido en cabeza que ha de ser chapa...

—Aurita Michi conversando con niño Agucho... oí que flor de alfalfa dizqué va a beber... shullir diciendo...

—Ya que hizo eso... que crió pes a guagua.

—Fiero miso son chinas de Cuenca...

Las moscas tocaban el arpa en las costillas de los perros. Y el niño agencioso, recogiendo porotos, conversaba con la Michi.

—Cásate no más, Michi, con el Melchor... Yo te he de ayudar mundo. En Cuenca te quiero yo con él.

—No me ha de dejar ir a Cuenca, aquí tiene casa y aquí ha de querer que me quede...

—No... yo le he de decir que le he de hacer chapa. Te has de ir con él.

—La niña Mica no ha de querer ni oír que me case...

—Yo le he de convencer. Tu felicidad quiero yo. Te quiero a vos también, por eso quiero que te cases. Igual hemos de seguir...

—Bruta de mí... por su querer... fregada estoy!

—No queda más remedio que ser valiente, Michisita! Ve, ahí viene el Melchor... ponle buena cara, esa linda cara que tienes! Sé buenita...

—Por buena, por burrota estoy fregada, vay!

No Agucho hacía señas, tras el fundillo del albañil, escuchando los requerimientos del indio-cholo. Estaban distantes del grupo de los peones. Agucho, escondido tras un macizo de cañas, espiaba todos los movimientos de los enamorados, que, apartados en cuerpo y alma de los demás recolectores, tragaba cada cual sus emociones, lejanas al trajín, con su bulla sana, que no

entendía de los subterfugios para el amor libre, como la lluvia que fecunda cualquier surco!

—Naranja dulce, —limón partido— dame un besito,—por Dios te pido...

—Eso no más? Toma pes, Michissita!

—Ve pes el sarnoso. Quién dijo pes, Melchor, sal del hucco?

Hilaba la chola sus ojos risueños, provocando el deseo del galán. Picaban las vainas de los porotos en el rostro, produciendo escozor en plena sangre, como si rasparen la misma médula con espinillos finos y duros. No Agucho al ver eso, se alivió con un suspiro.

—Melchor... niño Aguchito va bien callado. Por qué dizquè?

—Para que estemos juntos los dos, palomita.

—Pretencioso este... qué ha de ser pes para eso!

—Hombre es niño Agucho. Ha de saber mismo de estas cosas, Michi.

—Vay, vidas, no comprendo lo que te hablas!

La carne de la chola reventaba tembloros en sus poros sollamados, mientras en su alma definíase, palpable, el recuerdo de cuando se lastimó cogiendo los conejos de la loma...

—No, no... si burra miso fui!

—Por qué pes Michissita?

—Ah... cierto! Por hacerte sufrir tanto a vos, fiero longo!

—Yo sé no más perdonar todo. Pero... has de casar conmigo?

—Bueno, vay... carajo!

Tuvieron un vuelco de sensaciones multiformes. El día giraba en las sienes de los dos, aceleradamente, con fogatas ardorosas de convulsiones. En medio del entechado de la sementora, 5 pares de cañas troncháronse, acolchando el peso de los amantes, en mitad de la chacra olorosa a Sol sudoroso de trabajo, amarillo de verano y de sensualidad.

En la casa de hacienda, niña Mica llenaba el gallinero con su presencia. Rabiaba lo que todas sus hijas venfan, lo que nunca, a ayudarla dizqué... Las hermanas le eupujaban a la Techa a que hablase con su madre. Pero la chica se resistía.

—Habla pronto, Teresa, déjate de molestar a mis gallinas.

—Bueno, mamita... el Melchor dice que se quiere casar con la Michi!

—Con la Michi! no faltaba más! Longo ocioso!

—Escoger a la misma Michi, tan hacendosa y tan servicial... eso no!

Todas aducían razones de peso egoísta, pero, más que nadie, la Mica ponía el grito en el cielo; zapateaba, lamentando que León no estuviese en la hacienda para contarle tamaño atrevimiento del albañil.

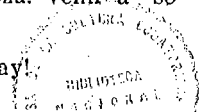
—Con la Michi ese longo... ¡ay! primero le mato a la Michi!

—Pero si es humano eso, mamita. Deje no mas...

—Hasta el Agucho! No faltaba más! Andate, sinvergüenza! venir a socapar vicios!

Pero, mamacita...

—Que te calles, abogado de albañiles sucios! Lascivo, vay!





Desde la cocina, espiaba el Melchor los aspavientos de las niñas. Al ver fallidos sus buenos y correctos deseos... reaccionó instigado por la conservación de la hembra. Ni era peón de Hazera para respetarle. Con su profesión de albañil, le pagaba quién le necesitase. Aconsejado por Agucho que no se deje correr por las niñas, decidióse a sembrar palabras convincentes en la Michi.

—Malas las niñas, no han querido consentir que nos casemos, acaso no somos iguales a cualquiera de ellos? Patronos son, pero nosotros, tan tenemos pes corazón, Michi. A vos dizqué te van a encerrar en el Buen Pastor...

—En el Buen Pastor?

—Si, el niño Agucho me dijo eso. Y es feo ese lugar, Michissita... vamos a mi casa. Allí nadie nos trinca.

—Bueno... lo que quiera, aura no me importa! Huigámonos!

La chola estaba entre la espada y la pared... los amos... el niño Agucho... su estado de maternidad. Tuvo que abandonarse a su destino avieso.

Sin la presencia de León, que había ido a visitar a su amigote Aurelio, la Mica y la casa se venían abajo. Por todos lados buscaban a la Michi.

—Búsquente a la chola esa! En el despacho de León le hemos de encerrar, hasta que él venga.

—Si, mamita.

—En el Buen Pastor ha de pagar su sinvergüencería, la perra casaenteral!

Cura Luis asentía con su testa las frases de su madre. «Cómo iba a dejarse fallar la señora por una china sucia?» El Juanecho, socarrón, con el pulgar en las páginas de la gramática, de tanto en tanto, miraba el borde superior del libro en el que sepultaba su labio recitador del verbo y del tiempo que aprendía: «había sido... tu habías sido... yo había sido un bruto con poncho!»

—Por todas las casas hemos buscado a la Michi, y no asoma nada!

—Con vergüenza ha de estar. Si tenía pues sangre en la cara.

—Auda ayuda a buscar vos, Juan.

—No, taita curita... estudiando estoy mejor. Perdone...

—A vos te ha de ver dicho algo la Michi, Pila. Cuenta!

—A mi, niña Miquita... nada, por el alma de Dios, le digo!

—Anjichu! veu pronto a que vayas a llamar a papá. Mándele, mamita.

—Si; Angel, anda donde León y dile que venga. Pero es mejor es que llares a la gente y que le ciernan a la chola!

—Gente cansada está, amita, qué...

—Has lo que te ordena mamacita, mitayo hijo... de la Shishi!

—Pero taita curita...

—Obedéceme, canalla! Llama al mayordomo!

No Agucho, dando vueltas al rededor del árbol viejo del patio, escrutaba por los cocos. Fumando, cantaba contento, idos sus ojos por los caminos del cerro.

Las espuelas roncadoras del Abrám descendieron de su yegua tordilla.

—Y... Abrám, qué es de la peonada?

—Qué peonada pes, niña Miquita?

—Con el Angel te mandé a decir eso.

—Nadie me ha dicho nada de eso. El Angel dijo que iba a llamar al patrón León, no más. Pero qué pasa pes, niñas?

—La Michi se ha huído con el Melchor!

—Si pués... bien decía yo que era volador el albañil.

—Entremos, chicas. Ya oscurece. Recemos para que aparezca la chola muy puerca! Dios ha de ayudarnos en esto. Escarmiento he de hacer!

Las 9 de la noche zurcían el cielo con titilares de estrellas. Dn. León, ebrio, obligaba a su cabalgadura a perder el paso.

—Sube un rato, Guillermo.

—Ya es bastante tarde, Dn. León.

—No seas tonto. No ves que ahí están todas las mujeres. Hasta la Techa está levantada. Sube!

La Mica botó su pañolón para abalanzarse al marido. Metió su furia en el tragazo de él, borbollonada de sobresaltos.

—León... cómo es esto? Tan tarde!

—Pero, hijita... cualquiera se pega su chuma, dispensa... No hay que gritar.

—Pero si no es eso... Sino que la Michi se ha fugado con el albañil!

—Recontra—carajo!

No escuchó más el amo. A cuormes zancadas, con la pistola amartillada en la diestra, iba encendiendo a fogonzos las sombras por donde pasaba su furor insano. Hojalatero de la bala, harnereaba el tumbado delante de la puerta del cuarto de servicio.

—Que salga la chola arrecha! Quiero reventarle el alma! Vénir a faltar así en mi casa sagrada, abusando que estaban mujeres solas... ja!

—Cálmate, León... oye!

—Qué salga la bandida, digo! Yo he de hacer respetar la casa, Mica!

—Oye, Leoncito... si no está aquí... se ha largado con el Melchor!

—Por qué no mandaste a los runas a que le busquen a ella y me llamen?

—Si mandamos al Angel, pero... no vinieron los peones nada.

—El me llamó a mí, pero no me dijo para qué me quieras. Angel!

—Patroncito... yo creí que era mejor que su merecé mismo venga...

—A que aprendas a obedecer a tu patrona!

La cacha del arma mordió el frente del indio. El Anjichu expandió su tórax labratieras, enrojeciendo la liniebla con el crujir de una sonrisa despectiva, mezclada de sangre. Se perforaba a lo hondo de su médula un apunte veugativo, escrito junto al corazón latiendo rayos coléricos debajo del poncho, coágulo inmenso de sangre, sacudido de amenazas.

—Abrám!

Hecho una estampilla por el susto, se pegaba a la pared.

—... anda a las chozas de los indios a decir que de madrugada vayan a cernir los caminos en busca de los canallas. Si no... que ni vengan!

—Si, si, patroncito... ya mismo voy.

—Que vayan a la casa del bandido. Que revuelvan todo y que les traigan amarrados, codo con codo!

Escándalo propicio a ño Guillermo, que calmaba entre sus brazos el terror de la Techa.

con los resuellos de las vacas. Ni siquiera el draque en ayunas logró quitarle el malestar de la borrachera de la víspera. Todo le repugnaba; imaginando que los terneros le gritaban en sus mismos oídos, que le caían las paredes de la casa... que los pájaros querían volar entre sus mismas cejas... Chuchaqui horrendo! En su despacho, acariciaba con la vista el osario de tarjas, sobre las cuales el indio se extraía forzosamente la costilla mayor de su albedrío.

—Qué vienes a hacer aquí, Ambrosio?

—A barver cuarto no mas vengo, amito.

—Si vienes a joderme, mal rato as esco gido! Ya sabes!

—Por Juancito quería no mas preguntar... Y platita...

—Ya te he dicho que ya te he de dar. No jodas!

—La Shishi, amito...

—Si, si, carajo! Ya sé tu cantalela: que la Shishi necesita ucunchi nuevo, que vos quieres toros... carajo! Que no me jorobes, te digo!

Temblaba el indio. En la delantera de su poncho recogía los desperdicios de la pieza. Al salir tropezó con el Gustavito. Cayó al suelo el Ambrosio, mientras el niño le daba de patadas y fuctazos.

—Bien hecho, mi hijo!

—El látigo se ha olvidado en el dormitorio, papacito. Puede nesitar.

—Efectivamente, eso me hacía falta. Eres un hijo ejemplar!

Acariciaba la frente de su cachorro. Ante la fuga del Ambrosio, la mañana hizo surtidores con los gritos de las niñas que se atropellaban en el corredor para ser las primeras en ver a la Michi.

—Papá! Ya viene la Michi!

—Ayyii! Agu...

—Apura, rabo de candela!

Los pencos y las tunas, encaramadas en los lomos de los cercos, se apiñaban punzando el aire alfilerado por el llanto de la chola. Atada con el lazo del Abrám a la cintura, la Michi era jalada, de una banda a otra del camino, por el trote del caballo. Sus piés dejaban surcos profundos en la tierra del sendero; sus manos intentaban asirse de las matas de chilca, de cualquier yerba que le contuviese del arrastre; pero el impulso de la bestia y los empujones de los indios, le obligaban a andar. Sus piés estaban sangrantes, y sus ojos salían de las órbitas, espantadizos, al ver que hasta los indios la pegaban. Rasgada su blusa, los picos de sus pechos morenos paraban asustados; el Sol los languetaba de luz. La madre del hijo de niño Agucho, rota sus polleras, aullaba su dolor, pero era impotente a calmar tanta barbarie cometida en su carne estallada de gritos.

—Ahí viene la Michi! Vengan todos a verle! León!

—Aquí está la chola. Bien trincada le traemos.

—Y el Melehor, Abrám?

—Por más que hicimos logró fugar el maldito! Yendo a Cuenca habían estado. En casa de él, buscamos por todos partes, pero el bándido hecho ojo de hormiga! No fué culpa mía el no cogerle. Hasta tiros eché, pero nada...

—Del mal, el menos. Desamarra a la chola.

Desenlazada, la Michi derrumbó su carne escarneada encima del Sol de una piedra. Ni miraba siquiera a las niñas, mudas de rencor, pendientes de

los gestos del gamonal que, poseo de sadismo de herir, componía con sus pupilas a la chola, pregustando el sitio que hollaría su vergajo. Lentamente, con cautela de rapiñáceo, daba vueltas por la espalda de la Michi. Todos estaban suspensos de sus actitudes. Continuaban bajando desde el cerro cordones de runas que se retrasaran. El amo, echándose atrás el sombrero, enfangó sus manos en los bolsillos, pellizcándose los muslos, chanerosos de billetes, a la par que se balanceaba sobre sus botas gamonales.

—Tendrá la bondad de decirme, doña Michi, con qué autorización se ha huído con el Melchor? Espero su respuesta.

Callaba la chola, escalofriando sus nervios. Ni el niño Agucho estaba ahí para decirle que le proteja, para gritarle que él... La pollera se le helaba en las rodillas, bajo sus dedos enlazados al anular amoratado por una sortija de dúbló.

—Ah... con que Ud. no quiere hablar, no? Pues yo te haré hablar con esta verga de toro, canalla! Bandida, carishina! a que otra vez vengas a faltar en mi casa, abusando mi ausencia! Perra! Malenseñada, cuero de albañil!

Las arterias de la Michi se tronchaban ante el huracán de azotazos. Gemía, boca adentro, acaso invocando al seductor blanco que la humillara a quo la befa de su padre latiguee, satánico, el mismo lugar del vientre donde se cuajaba lo promesa del nicto del gamonal. Salidos los ojos, las niñas no desprendían sus emociones del acto vengativo.

—Miquita... ha sido fácil faltar mi casa, no?

—Calla, León. Al Buen Pastor le hemos de mandar, pero basta ya!

—Ves, Gustavo? La Michi parece huayro. Que lindo!

—No es huayro, Antuco. Gushgui es mejor! Yo quisiera unito así...

—Cállense, monstruos!

—Hele... la Techa se meto no más!

—Bótenle baldes de agua fría a la arrechta esta!

Los runas se regocijaban tirando baldes de agua a la Mercedes. Torpemente se puso de piés la chola, flechada por las miradas del cura. «Ofender a Dios de este modo... pecadora! pecadora del infierno!» Las formas de la doméstica se colaban por los ojos del fraile, tendiendo dedos de lascivia. Comparaba las curvas de la Michi con las de la Carmen, y envidiaba al Melchor...

La peonada estaba mofándose, entre dientes, de la chola que no podía andar sueltamente rumbo al cuarto de criadas.

—Amo mayordomo... vay da pes diciendo a amo grande que haga sautignuar.

—Sí, ya voy a darles trago. Se han ganado bien.

Emparejada la puerta de la Michi, salían afuera sus lamentos. Con centinelas de vista, sollozaba la chola sobre las labores de su paño gualaceño.

Los dos hijos de León, cantaban a coro: Mapa china, carishina—amiga de los varones—si los ladrones te cogen... —te han de hacer poner calzones!

—Si los ladrones te cojeu...—huevoito te han de poner!



## CAPITULO VII

Visperas de los indios a la fiesta del patrón poblano.

Madrugó madreperlado el día por los ojos de la Michi, insegura en la montura. El Teniente Político aseguró a León del debido encierro de la doméstica en la Cárcel de Mujeres. Claro que él no se perdería las visperas de la fiesta, con tal que el patrón le dé bestia de remuda... Recomendaría, además, especiales sermones de las monjas del Buen Pastor para que encaucen a la Michi por el buen camino. «China... con lo dañada que ha sido! Pero donosa... jajay!»

En el pueblo, el párroco, ayudado por Luis, uncía en coyunda forzada y conyugal a los runas. Parejas de contrayentes se arrodillaban en el cumplatorio apollado. Abrían sus bocas; sus ojos golpeaban los oropeles del altar ardido en cirios. Las palabras de los curas se melían por un oído y salían por el otro. Algunos indios se nupciaban con mujeres de críos ya crecidos; otros con viudas que tenían hijas de 13 años. Muchos, legalizaban sus amancebamientos de hace tiempo. Finado el rito, el párroco les pegaba al pecho un plato rebozante de monedas. Luego desfilaban los casados, en dirección recta a las chiuganas.

—Heli... vay, ya casados dizqué estamos!

—Así dicen pes taitas curas. Casados miso estabámos, viviendo con mujeres. Aura con esto que ponen haciendo quién sabe pes si duro mujer.

—Leyendo mundo en libros taita curas. Para qué será pes eso?

—No ha de ser para botar tarjando nada... Ayoritas dimos pes.

Bebían los indios su segunda botella, cuando fueron llamados por el párroco. Les disgustaba que les interrumpiesen en sus fiestas matrimoniales... Llegados al convento, el sacerdote Justo los hizo sentar, deferentemente, mientras su compinehi Luis refa socarronamente.

—Hijitos... hum! como les iba diciendo, allá en la iglesia, el cielo se compra a los muertos, no sólo con rezos sino con ayoritas buenos. En vez de derrochar en chicha y trago, deben ayudar a que los muertos de Uds. tengan un mejor puesto a la diestra de Nuestro Señor Padre Todopoderoso. Tres sures no más cuesta cada responso, y eso con cirios bien grandes!

—Pero... perdonarás, taitito curita... Cuando murieron finados, si hieimos pes respuestas. 9 sures pagamos por misita de muerto, a que vayan al cielo, por enterrar en su sagrado también...

—Así es pes. Taita curita dijo que derechito iban a cielo...

—Pero... algún ángel blanco puede haberles detenido en el camino. Na-

die sabe los estados de los caminos celestes. Con las lluvias pueden haberse dañado y no pueden entrar en el cielo santo, no pueden seguir su viaje las almas benditas...

—Cogerán pes laichus ángeles a runas para trabajar, taititos...?

—Claro pues. Hasta allá arriba tiene cada cual sus trabajos...

—Entonces, amos taitas curitas... perdonando, que queden no mas runitos onde están.

—Ángeles laichus han de pegar miso, como aquí...

—No digo eso, indiccitos...

—Más santos laichus ha de haber miso en cielo... Laichus tienen más plata para comprar más cielo, qué...

—No! si no hemos querido...

—No sean brutos, indios animales! No quiero decir eso!

—Que queden no mas finados en medio camino. Juntos para ir todos cuando muramos nosotros.

—Brutos... borrachos están, por eso hablan así de las cosas sagradas!

—Váyanse al diablo, hijos de p...!

La palabrota ventiló la furia del cura Justo. A empujones rudos, despidió a los fiesteros. El tufo aguardentoso del párroco invadía al olfato de cura Luis. Pero entró la fámula de Justo...

—Alcanza un draque, Margarita...

—Has de ver la plancha que cometimos, Justo?

—El trago no hace nada bueno... Pero es rico! Mala ha hemos hecho... baray!

—Mala pues! Pero esta si que es buena, Justito, no?

—Jeje... regularona no más... Ya no quiero caminar...

—Modere su lenguaje, señor párroco!

—Hasta mojigata creo que es la Margarita...

—Deja de cosas, hijita... Con estecita me voy al cielo, y bien montado!

Bailaban en las chinganas los desposados. Los cohetes anunciaban las vísperas. Las vigüelas zarandocaban las caras taraceadas de maternidades de las indias. Locas, las concertinas alojaban y encogían sus fuelles, laringes musicales, domesticando capishcas y bordando las huaras fiesteras. Candelaba la plaza poblana las bayetas de las guambras elegantes. De todas las tiendas palpitan banderas de naciones utópicas o por crearse, mezclando el emblema del Ecuador sus colores, que todo el año habían servido para cualquier menester hogareño pero que hoy reivindicaba su solemnidad de trapo sagrado. Infaliblemente, encima de las camas, estaban tumbados los barriles de aguardiente. Olían mal las tienditas estrechas, con sus mostradores a un metro de la puerta, para tanta gente ida de Cuenca. Vendedores ambulantes, y un etcétera de negociantes menores infestaban el lugar. Los indios más cercanos se marchaban a sus casas acuciados por el chicote del amo que amenazó castigarles si faltaban al trabajo; pero ellos eran únicamente los viejos... los jóvenes, aunque les cayese el cielo y fuetazos, no se

irfan. Los más de los runas se tendían donde les agarraba la chuma; más, previamente, con un seguro revés, el hombre haría arisbea a su mujer, complacida de la prueba, aguantando ufana el bofetón del cari que le consagraba apta para el servicio matrimonial.

Río crecido de gamas el camino que caía al caserío, empujaba romerantes y curiosos a la fiesta. Por la noche la india petrificaba sus cuerpos en la inercia del alcohol, contra los cercos de las sementeras, luego de haber medido con sus caídas todas las parcelas del lugar. A lo lejos se escuchaban gritos, que alzaban las sombras angustiadas.

Mañana limpita de shulla serrana. Los cohetes estallaban copos de humo en la pollera del cielo azulcito de Andes. Brisa vaporada de espermas en la iglesia pintada de llamas débiles ante las oshotas del Patrón Poblano. Los runas prendían braseros de entusiasmo en sus pechos cogidos por la atmósfera bullanguera. Tal que cesta de fruta surtida estaba el templo. El Cura, hecho la balona, misando sossegadamente, espía de que el sacristán derramase todo el vino en el copón. Giraba el campo circundando la plaza de la villa.

—Lindo visita dijo taita Cura...

—Taita Cura ha botado sacando a santito nuestro, chicote y oshoticas.

—Así no ha de hacer milagros, santo laichu parece... no runa.

—Ha de enojar santo faltando así respeto, pero.

—Que no olvide no más santo que runas hicimos buena fiesta.

—Conmigo no ha de enojar nada. Patrón León dió 50 sueres, y todito en cuetes gasté yo.

—Yo ca de patrón Aurelio saqué 80 sueres, para pagar en trabajo. Míos cuetes si que lindos erán! Mío fiesta vale pes!

—Míos cuetes erán mejor que tuyos, mapa longo!

—Carajo, compadre, míos cuetes erán mejor!

—Cunanca huagtayari, valiente!

—Caica fiesta mejor.

Y los dos compadres, chispas, se agarraron a trompada limpia, saugrando rencorosos. Y es que el indio no contribuye a las fiestas por un verdadero espíritu de religiosidad, sino por temperamento de preponderar entre los suyos ya que no pueden escaparse de las garras del cura, agente de negocios del gamonal. Rodaban atropellando a los curiosos, en griterío potente al que se aunaba el espíritu levantisco y solidario de los indios; hicieron dos partidos y se propinaban rudas puñadas. Prometía ser interesante la salvajada...

Mayordomo Abrám andaba aturdido y malgenio porque los cuetes le estallaban en sus mismas barbas. Agrandaba su sangre en los zapatazos rechinantes, asentados con fuerza, para amortiguar la rabia. Al descubrir al Anjichu en la pelea, bailó de gusto! Tentándole estaba el mitayo, y le tenía una gana... León ni le pegó casi cuando escapó de hacerle caer de la mula, pero él... Componiendo la treza de su chicote, cazó al indio.

—Mitayo un cuerno! sobre que te dije, estás peleando! Aguanta esto!

—No... yo ca viendo no más estoy...

—Viendo, no? Yo te ví golpear a este runa! Bruto, guarda estecito!

Varias veces soltó su chicote en los riñones del indio, remordidos y espumantes sus labios de ira contenida. De un movimiento brusco, el Angel

se zafó, buscando el horizonte para sepultarlo en su quichua jalado con el quejido de su venganza estéril... Confundiéndose entre el tumulto... rumiaba... rumiaba!... Su quichua, en borbotones de venganza, alzaba en vilo los caminos.

Ya a la noche, los castillos encristalaron en kaleidoscopios luminosos las tinieblas. Calcomanías de luces encendían el entusiasmo del pueblo. Pero ya estaban extenuados los de la fiesta. Resuellos concupiscentes en los extramuros de la plaza. Hechos ovillos, a todo lo largo de los cercos, los runas dormían mientras sus mujeres centinelaban la juma del marido, pensando en las faenas del mañana, y en las deudas contraídas para la fiesta! Las mujeres, revolvían su vientre de maternidades copiosas. Se entregaban a cualquier runa que descase galopar sus instintos, ignorante de la afinidad de sangres y de los lazos dentro de lo prohibido. Porque el indio, cuando está borracho en demasía, y esto es frecuente en las fiestas, busca únicamente el sexo, al ser opuesto; ayuntándose con sus madres, con sus abuelas, con sus hermanas, sobrinas, etc., nada más que lujuria desfogada sobre la hembra. Solo la hembra! Acaso sea una supervivencia del uso del Inkario...

Se excusarían ante el señor cura, pensando, con el tacto ingénito que tienen con la tierra, mirando la cópula armoniosa de las libres manadas bovinas, de las aves y semovientes... que debía ser así. Aminorarían su incesto irresponsable, con palabras forradas de indiferencia.

—En fiesta sucede miso, taita cura! qué hemos de hacer pes? Vi almujer no más... Trago acaso está viendo, acaso está conociendo si es hija... si es agüela...? En fiesta sucede miso... Qué hemos de hacer pes?



## CAPITULO VIII

Todos los amos de la hacienda se bilocaban torno al lecho del Gustavito. El niño amo berreaba entre los suspiros commiserativos de las hermanas. Ya la Eloísa le había prendido a la Virven unas velas, y cura Luis rezó, hasta 3 rosarios seguidos, para la mejoría. La Techa prometió una misa a Santa Teresa, si sanaba, y... todos hacían su promesa para que curase el chico. Mica lustraba, a pura lágrima, la cara de su hijo.

—Gustavito... ve este caballito que te hice!

—Gustavito... te regalo mi cometa con rabo de seda, pero sáuate!

—Antuquito... mamita... ay!

—Mamita! Ya está aquí la curandera!

—Hasle pasar, hijita! Pronto! Ni el León en estos apuros...

—Cada vez que sucede algo, papá no está aquí... Es una mecha!

—Véale Ud. señora curanderita... Sávele a mi hijito! Oro le he de dar.

Luego de que la vieja le viera el chico, todos rezaban al ruedo de la cama, sus vidas pendientes sobre un abismo; el Gustavito no atinaba a jalarlo del pelo siquiera a la china Jesús.

—Aquí estoy yo! Yo en persona! Qué pasa, cáspita? Mi hijo... mi preferido, en el que he cifrado las esperanzas! el que sabé chicotear tan bién a los indios... enfermo! y hasta le han hecho vor con la bestia esa! Caramba! Y el Agucho no fué por un médico?

—Me tronché el pié esta mañana, y estoy fregado...

—So mangajo! No ves que tu hermano se muere? Eres una m... completa!

—Déjale al Agucho, León. Yo le mandé a ver a la señora curandera...

—Vieja de porquería! Médico, mé—di—co es lo que necesita! Me acaban de decir que en su hacienda está el Dr. Cañada. Que le vayan a ver!

—Llámeme al Anjichu y al mayordomo!

Las mujeres pegaban sus rostros a las actividades del varón. Cada cual pensaba que el Agucho ni estaba nada con el pié, pero que así era de Lagagán... Abandonaban sus instintos a la fortaleza del macho. Pero León Hazera no se sentía orgulloso, abstraído en la enfermedad de su cachoro.

—Por qué vienes tan tarde, León?

—Al Teniente Político no le quería obedecer el runa Quishpi, para irse a Cuenca. El perro de indio decía que no tenía a quién dejar su hijo, que no tenía ni siquiera comida para dejarle solo...

—Roscas estos, descomedidos mismo son!

—Mande, patroncito...

—Bien me tratas, Abrám. Oye... y el Angel?

—Aquí estoy, patrón.

Ríspido, al lado del mayordomo, el Anjichu atascaba sus colmillos con las sombras densas de la noche.

—Oye, Abrám. Vas a irte al pueblo de allá... Ganas el río, ahí te consigues un caballo en casa de algún peón y galopas hasta donde el Doctor Cañada. Le traes en volandas! Oíste? Lleva al Anjichu!

—Mejor con niño Agucho me iré, patroncito...

—Que niño Agucho, ni qué nada... No sirve para nada este mamara-cho! Con el Angel, ya te he dicho!

—Pero... patroncito... el río está hirviendo, la tarabita también está dañada...

—Mejor! entonces te vas por la balsa. Pasas el río llevando dos caballos de aquí. Los caballos han de ir no más jalados, nadando.

—Bueno, patroncito... pero...

—No hay Jesús que valga! Anda ya! Te vas ahorita mismo, con el Angel!

—Permite, patrón, palabrita... huarmicita mía está queriendo parir...

—Que huarmi ni que nada, carajo! Se van los dos, pedazos de indios! Vos sois un flojo, Abrám! Me importan un pito todas las huarmis, mi hijo se muere, y debemos salvarle.

—Pero, amito León... que vaya Anjichu solo...

—Si no te vas inmediatamente... te volteo de una patada, majadero! Contradecirme a mí... desde cuando, penitente? Váyanse!

—Darán rezando al Señor de los Necesitados, niñas mías.

—Sí, sí, yo mismo he de rezar por vos, Abrám. Por el Angel también.

—De ser sería pes... Así será pes...

—Dios los ha de recompensar por esta buena acción. Vuelen!

—Así será pues...

Hasta que apearasen las cabalgaduras, el Anjichu fué a su cuarto mientras el Abrán se despedía de su mujer, con todo el cuajo del demonio. El indio buscó algo bajo los cueros de su cama, y lo escondió en las vueltas del chumbi que flameaba en su cintura. Acarició a su mujer parturienta, aterciopelándole el vientre con su mano callosa—llenándose de hielo!—sobre la comba frutecida que sudaba... Cómo hubiera querido decirle palabras, en idioma de laichu, más que sea! pero que le convenciesen de que se iba por orden del amo, para que ella comprendiera que estaba obligado a dejarle... Su Regina! La Shishi, alegremente, pronosticaba el arribo de un varón. Reía el lumbar del fogón, mordiendo las sombras derramadas por la hacienda. Lejano, sonaba bronco el río afilando sus tumbos sobre la oquedad del silencio vasto.

Comenzaba a llover cuando montaron, acoquinados por el frío y sus pensamientos. Las niñas mismo les enseñaban la luz, a que vieran bien las bestias. Cura Luis, con un Crucifijo en su siniestra, bendijo a los montados, ante el susto de los caballos que bailoteaban sus pupilas con luz de las velas y faroles dentro. Partieron, helados sus tuétanos, balanceando hielo en sus almas. Al trote... al trote... Chapaleaban los herrajes en los charcos rena-

cidos. Sonaban las polainas del Abrám al dar contra los espinos de los cercos muy pegados al camino central.

—No me veo ni la mano! y eso que le pongo cerquita de los ojos! sólo siento el vaho de la boca! Carajo, carajooo! maldicionados sean los amos! Anjichu!

—No hay que decir así, amito mayordomo... Pueden dar chicotazos...

—Qué me importa! Me hago en Dn. León! No sé por qué... ahora reconozco que son unos perros los patrones! Yo mismo me arrepiento de lo que te pegué en la fiesta! Ni me acuerdo, borrachote estaba yo... Angel...

—Cho! Cho! caballo bruto este! No quieren andar los caballos, amo...

—Debieran los patrones ser más buenos con ustedes los runitos... Anjichu! Anjichú... No me oyes? Dónde estás?

—Aquí miso estoy pes! Qué quiere pes? Gana de molestar... habla y habla; oyendo miso estoy pes!

—Quieres que recemos, Angel? No seas malito, Anjichu, recemos!

—Reco Ud. si tiene gana pes. Yo bien montado voy!

—No sé qué me está sintiendo... Recemos! Carajo! Recemos... no seas malo! Dios te salve Reyna y Madre...

La oración se alzaba entre el fragor de las chapuceadas de los animales, pisando inseguros los baches del camino. Los pencos continuaban rallando los estribos y polainas, siendo su ruido siniestro, al extremo de que el mismo Angel temblaba... Pero, cosa extraña, ese temblor le confortaba el cerebro; era temblor nada más que de nervios y de calor frío. El mayordomo se atragantaba más en sus preces atoradas en la boca tumefacta, espesa de tiniebla y de sustos en la noche trinante de latidos desarticulados de pavora.

—Apiese, ápiese, ya estamos en río.

—Tan pronto... ay! que dolor de las piernas! Quisiera un trago!

—Ni con los rezos le pasó el miedo? Pish... teniendo miedo de río!

—No te burles, Angel! Condenado... perdóname! no quise insultarte...

—Insulte no más, otra vez también...

—No, no... vos te adelantas no más... Runa lindo quise decir! Perdona.

—Sí... runa lindo! Aura verá como runa lindo pasa río. Apiese pronto!

—Quisiera media botella de puro, solito me zampara!

—Sin dar nada a runa lindo, como siempre, si, amito...

—Si te convidara un poco... Angel!

Pumas punzados de tumbos, bramaban río adentro. Una estrella, caída en un pozo de arena, palpitaba. Las ondas hinchadas apaleaban lana de furros. No se distinguía el cable templado a la otra orilla. La balsa maromaba en el lomo dromedariado de arrugas del agua loca. Los caballos soplaron obscuridad, encabritándose en resistencia tenaz. Sonaba el silencio sobre los soplos de los animales, que apartaban sombras con sus hocicos rebeldes. Uno de ellos logró fugarse, arrastrando consigo al Abrám que luchaba por contenerlo, sosteniendo la punta de la jáquima. Se hundían las pisadas en la arena, y era difícil levantar los piés embadurnados de tiniebla y de barro, en los contornos de la playa.

—Pare al caballo! Usheuu! Cójale, amo Abrám!

Mientras el mayordomo reducía al caballo, dos cuadras lejos del río, el Anjichu preparó la balsa... Ajetreado, en todo el largo del artefacto, le im-

portaban poco las salpicaduras del agua chicoteando su rostro siniestro, en contracciones abultadas. El mayordomo estaba tan cobarde que hasta hizo caso de las órdenes...

—Bien lejos lo pude contener al bruto! Y vos por qué no fuiste a coger al caballo este?

—Por arreglar balsa pes. Usté acaso puede hacer esto, amito? Ya monte Usté vaise aquí. Yo iré a punta, a jalar cabo.

—Bien crecido está el río...

—Rece pes, rece pes Señor Mío Jesucristo...

Protestaban los caballos a los costados de la balsa. Remecían sus bellos en la corriente alzada. Temblaban, pero tenían que obedecer a la fuerza del Anjichu, parado en el timón, desafiando la intemperie, como proa infernal.

—Los caballos no quieren pasar, Anjichu...

—Han de pasar pués! El hombre es el que manda! Por nuestra gana ni nosotros estuviéramos aquí, on gran potal!

—De veritas, Angel... pero no digas malas palabras! Los caballos...

—Caballos han de ir no más, jalados por balsa. Amo León miso dijo así.

—Jalarás con cuidado el cabo. No te cansarás? 70 varas dizque tiene el río en esta parte...

—Pish... más tan jalara aura, qué! Por llevar doctorcito a amito chico. Ya voy a jalar cabo, cojerasc!

Manteado por los encrepamientos del oleaje, se quejaba el aparato, afianzado al cable de acero por una garrucha trineada con cabestros a la proa que arrufaba al hendir la corriente caudalosa, como leche balida en coctelera fantasmagórica. El mayordomo se mojaba las nalgas por el continuo movimiento de la balsa. Un ruido... un árbol tundió, de punta, la cabeza de un caballo cuyo cuerpo inerte estropeaba ya el paso de la almadía. Callaban los tripulantes al sentirse en medio río. Un rumor crecido de espeluznamiento colmaba los oídos, retumbados por los espumarajos encabritados. Lluvia impetuosa hilaba desbordes de devastaciones. Un rayo chasqueó fugo en las tinieblas compactas, y el Angel imaginó que la beta del rayo era punta estallante de un chicote... El caballo vivo se zafó del amarre, con fuerza de susto, azuzado por el miedo. La balsa crugió; sus ligámenes rotos, desarticularon los chaguarqueros engullidos rápidamente por el río tumultuoso. El mayordomo aulló intentando asirse al cabo de la polea; pero una patada briosa el tumbó, boca arriba, en el revoltijo de destrucción del agua. Los maguêyes iban a pique, castigados por el hervir roncoador de la corriente. Un minuto de indecisión hubiera sido fatal. Mas, el Anjichu saltó ágil al cable de sostén. Y, a puro pulso, a brazo firme de vigor, con brazadas seguras, hollando el abismo, la fauce misma del río voraz, ganó la otra banda. Lanzaba alaridos, sacando chispas de venganza su boca desjarretada de relámpagos. A veces se oía la voz del mayordomo pidiendo auxilio. Pero luego, nada. El chapotear incesante del río, llevaba vellones de carneros bravos. Golpeando su pecho contra un árbol, el Anjichu, soltó una frase exhuberante como los mordiscos enfurecidos del cauce en borbotón de montes blancos.

—Aura, mayordomo cujudu... pega pes Anjichu! chicotia pes en juiesta!

Pindiju! junto a santos merece estar cuchillito mío! Lindo, lindo cuchillito... mi hijo que nace aura. ¡ha de heredar! Lindo hijito! Añañay mis manos! Amo León tan debe a taita de ajuste de Juan! Laichus perros! Jajayy! Juan sachá laichu va a ser! Jajay... pero mi hijo como yo, carajol runa macho de temer!

El ronquido líquido taladraba con púas vigorosas la acción del Ángel, quién, plantándose más en la tierra firme, lengüeteó la obscuridad con su cuchillo, clavándolo vertiginosamente en un árbol. Varias veces. Con saña reconcentrada. En puñaladas mortales. Y el capulí meneaba su testa de años, lamentando, él, de no poder complacer al indio insatisfecho. Arrodillado, el Ángel escarbaba la corteza húmeda, esperando ver salir algún licor... Sangre, sangre de árbol más que sea! Fué al río, al borde de las aguas descompaginadas de espanto, y hundió varias veces su testa latida con la tragedia suelta de sus sienas. Sacudió su cabeza, y los resoplidos con que expelía el agua fuera de sus labios ardidos, brillaban como fogonazos en la noche de su rostro. Era otro, otro hombre dentro de sí mismo! Con conciencia de su fuerza y de su Raza! Pensó nuevamente en el hijo que le estaba naciendo. Se palpó el sexo, con deleite, intentando trasfundir su hombría al hijo que él engendrara entre vejaciones y miserias.

—2—

A la mañana siguiente, el río había rebajado su caudal exterminario. En sus márgenes: ramas descuajadas, árboles tronchados, cerdos, borregos al Sol, girones de bayeta, y, en la arena acumulada, un cuerpo de caballo, exámine, con los sesos afuera, con agua indiferente entre sus labios sanguiolentos.

—Hirviendo estaba río anoche, patrón doctorcito...

--Solo viviste, Ángel?

—Con amo mayordomo vine. Botó augando, por flojo! Por más que hice no pude salvar a pobre amo Abrameito. Caballos augaron, cuanti más amo mayordomo... Fiero estaba río. De milagro no más vivo yo.

—Pero... aun está crecido el río. Quién sabe si sigamos el mismo fin que...

—No hay miedo, amito doctor... Con Anjichu no hay cuidado.

Llegados a Sumag Allpa, los amos deshacían finezas con el doctor. Diagnosticó al pequeño: gastritis... Aseguró rápida mejoría con los remedios dados por él. Y... sólo ahí desapareció el cariño de Hazera para su retoño. Entonces preguntó al Anjichu por el Abrám.

—Amito... botó augando en río... no pude salvar... qué sería pes...

—Por qué no gritaste, burro?

—Quién para oír pes, amo? Río peor que viento sonando estaba. Bestias que nadan bien, no pudieron pasar qué... cristianos somos... cómo para peliar con aguas brutas, amito? Fiero, fiero... estaba río... Si dijo amito Abrám que no quería ir...

—Que horror... Dios mío!

—Parece que le sentía al pobre chazo...

—Y debe haber muerto en pecado mortal quizás...

—Taita curita Luis debía confesar pes a amo mayordomo antes de ir.

—Cierto, del susto se me olvidó... Con lo bueno que era el Abrám. Pero he de decirle una serie de misas gregorianas.

—Tan trabajador...

—tan buen marido...

—la pobre Carmen estará incónsolable, Luisito...

—Santa mujer. Que Dios le tenga en cuenta este sufrimiento, para alcanzarle más alta la sabiduría de su inefable gracia. Amén!

—Muy bien. Veo que se conducen del mayordomo muerto. Pero, si me permite, don León, quiero preguntarle si se hace algo para buscar el cadáver.

—De veras!...

—Vayan a buscar, pobre chassito!

—Ruego de su amabilidad, Sr. Hazera, que me deje ir a la búsqueda.

—Sí, sí. Es deber humanitario. Ya voy a avisar a la peonada! Abrám... pero que bruto estoy, por la pena, no me acuerdo que está bien muerto...

Las hijas de la Mica sonreían al médico, analizando su físico y procurando se interesase por alguna de ellas.

—Por qué no nos ha visitado anteriormente, doctor?

—Recién he llegado de la ciudad. Me ha sido imposible.

—Pero, vendrá, vendrá? Proméтанos!

—Quizás, si... acaso...

Que guapo era, Las niñas se imaginaban que era un mismo gringo... Lucía forjaba proyectos en su mente entusiasmada, hincando sus uñas en las palmas de las manos.

Afuera, en el patio, gritaban los indios ya listos para la marcha. El Anjichu suplicó ser uno de los cabezas de los buscadores. 40 indios, provistos de palos, sogas, picos y cobijas, partieron a pié junto a los amos que iban a caballo. Cabibajo, el Angel no hablaba sino lo preciso. Sumergidos hasta la rótula en el agua, los ruinas removían las malezas de la orilla. Los blancos exploraban delante, tendiendo redes de mirada hacia el río.

—Ay... la pobre Carmen...

—Quién, señor Hazera?

—La mujer del mayordomo. Cuando le dí la noticia, con toda mi delicadeza de caballero, se arrastró en el patio, gimoteando y recriminándose el que haya ordenado al pobre chassito que vaya a buscar a Ud. Cómo si uno supiera lo que va a ocurrir, barajo! Si le hubiera tragado el río al canalla del indio Angel... bien! Pero al mismo cholo... no!

—Acaso los indios no son iguales a uno? Acaso el Angel no tiene mujer e hijos, como Ud., y el mayordomo?

—Es que no es lo mismo. Los indios son bestias. Y Ud., no tiene también hacienda para decir esa frase suicida?

—Suicida... ¡jem! Una cosa es ser patrón despótico, y otra a conciencia de deber de hombría. Soy humano y les he dado a los peones un trato inmejorable, científico. Y están contentos.

—Acaso me acusa Ud.?

—No. Pero sí debo decirle: no le da miedo de que el indio se levante

alguna vez contra Ud.? Casos se han dado...

—No me haga reír, doctor... Jaja... casos se han dado, sí. Pero raros. Y ahora ya no es tiempo de milagrerías, jaja! Al indio dele palo y palo y verá qué bien andan, sin sublevarse nunca. El chicote es alimento para ellos. Si le da la mano, se agarra del codo...

—Frase hecha y vana. No es que se agarran del codo, sino que por su incipiente educación prodigan lo suyo, a su modo silvestre.

—Tonteras, hombre...

—Nos choea su familiaridad porque nosotros, los blancos civilizados, al tratar a una persona por primera vez, le tanteamos los vados, la estudiamos para estarnos a la defensiva de ella, o predisponernos a su voluntad, captándonos sus agrados. Los indios, no. Van con confianza cerril, si quiere, y se abandonan a olla. Todo es relativo al grado de educación que recibimos. Así...

—Peñ... doctor! Perdona... Bien pisoteados les tenemos a los runas.

—Comprendo... comprendo... pero hay que temer la cornada del bucy manso.

Cañada, al decir aquello, miraba insistentemente al Anjichu. Había algo de admiración en sus frases dirigidas al runa. Sospechaba? Raro era: pero el indio victimario no huía los ojos... De frente sus miradas, sonreía ancha su boca.

—No se encuentra nada, amo doctoreito.

—Vean allá, señores!

Sobre una piedra mama, en mitad del río, divisaron un bulto semejante a esteras enrolladas. Lo humedecía el agua, y su color café contrastaba con lo borroso del río, crecido aun. Hacía bastante frío. En las bocas de sus ponchos respiraban los runas.

—Mitayos! vengan pronto, a que se metan al río. Ahí está el Abrám!

—Con cuidado, con cuidado, amigos. En caso necesario, yo iré con el caballo.

—Métanse pronto, mitayos flojos!

Atronaba la voz de León. 9 indios, anudados con un cabestro sus cinturas, espaciados y cautelosos, agarrados a la beta que sostenían en la banda otros runas, avanzaban lentamente, sumergidos en veces hasta el pecho, por entre el cauce sucio y espeso. Donde uno de los del salvamento quería dar un traspié, el compañero lo sostenía. Arremangados los pantalones, sus piernas eran del mismo color del río; sólo las ropas del tórax se les apretaban, protegiéndoles el pecho helado donde roncaban los tumbeteos de la corriente ensanchada.

—Más fiero ha de ber sido río anoche.

—Razón de botar augando amito mayordomo.

—Pi... quién tan será augado...

Dieron vuelta al muerto. Le palparon sus carnes desnudas, y haciendo soñas de que no era el Abrám, se disponían a regresar. Cañada solicitó la beta de los indios de la orilla y lanzó su caballo dentro las ondas. Pasaba el oleaje sonando por la barriga del animal, cubriendo los zapatos y parte de las pantorrillas del jinete. Rogó a los indios de la mitad que pasasen a la banda contraria, para que por ahí continuaran la busca. Los conquistó con

propinas. Yendo donde el cadáver, el médico lo puso en el borrén de su montura, regresando donde León.

—Que osado es Ud. doctor.

—Audaz, es la palabra. Y más que audaz, humanitario. Sin distinción de clases.

—Y qué va a hacer con este cochino muerto?

—Llevarlo a su casa, para que Ud. le mande a enterrar.

—Pero... si ni es mi peón, ni nada! Vea no más quién cargue con él. Ni el Justito ha de querer enterrarlo de balde. Hay que pagar sepultura.

—Si nó, les botan como a los puercos, en las acequias, no? Sé de eso. No se preocupe, yo he de pagar para que le entierren bien. Pero présteme unos peones suyos a que lo transporten al poblado.

—Runas, llévense esta porquería a donde diga el doctor. Pero me responden de la cobija que llevan, eh!

Prosiguieron a lo largo del río, con el Sol conitándose en sus aguas. 100 cuadras de pesquisa estéril. Sólo el caudal ronco que ceñía su faja parada a las caderas del monte comarcano. Anduvieron aun gran espacio. Ya comenzaba el cerro bravo, con su ventolina agria y encrespada. Racha helada botaba el páramo sordo, tembloroso de neblina que no se atrevía a bajar hasta la margen del río. La peonada tiritaba, secando sus ropas al Sol amplio, pero que no se metía a quemar a fondo. La carne gañana, a prueba de intemperies y miserias, se resignaba a soportar el hielo. Se frotaban entre ellos, dábanse palmadas que hacían saltar miles de frises diminutos de las gotas que se evaporaban rápidas. Cuando seca, la ropa echaba un humito idéntico a la neblina suspensa en el ápice del monte.

—Sería de almorzar aquí. Le parece, doctor?

—Si, deles un trago a los peones. Los de la banda pueden tomar luego.

—Uyay, runas brutos! Traigan las alforjas del almuerzo. Hay que humanarse, Dr. Este no es un banquete, pero nos quitará el hambre...

—Y los trabajadores no tienen almuerzo?

—No trajeron nada para comer, ustedes?

—Mana, amito, mana...

—Hice mal en preguntar, Sr. Hazera. Cómo podían traer, si Ud. les dijo con media hora de anticipación, y sus casas quedan a 2 horas de la hacienda? Por qué no les dió Ud.?

—Por brutos, aura, que se coman los piojos!

—Si me permite...

—Si, si, ya sé. Ya les hemos de dar las sobras, hombre...

—Ud. es el amo y el anfitrión...

Extenuados, los runas continuaban barriga al Sol. De las piernas abiertas, humeban las ropas. Algunos limpiaban las comisuras de sus labios al olor de las conservas que les hacían agua... Conservas de extranjería eran... qué iban a poder comer ellos, que ni siquiera tenían las vitaminas cariñosas del mote morlaco, cocido y llorado por sus huarmis... mote sudado por ellos, al par que la tierra, a que disfrutasen los amos. Y el doctor, con gesto amplio, cogió 2 latas y se las dió a los indios.

—Coman esto siquiera, amigos.



—Je... je... hay que ser compasivos. Pero...

—Mi parte es. No quiero nada. De allí les he dado.

—Vea, hace bien. Ud., ha de comer no más de lo mío. Ni me gustan mucho las conservas.

Gratos, sonreían los runas. Silenciosos probaban la carne, redondeando sus pupilas, moviendo a gusto extraño sus bocazas que echaban fuera el aliento para seguir saboreando, al olfato, lo tragado.

De la plomisura del pajón brotó un niño indiecito. Esmirriado, al extremo de ser un esqueleto sostenido sólo por los empujones del viento montañero. Su poncho, deshilado de torear la ventisca, se aflojaba, tal falda femenil, hasta sus piernas. Sus irisis, opacos, adentro... adentro... raspaban una pavesa de lucidez vital, alanceando al apetito de elefante de León que lamía sus dedos, gaudientemente. El niño tiritaba sus labios amoratados, mastigando yuyus. Se le oprimían sus intestinos y su pecho, congelando temblores de sus miembros insensibles, que latían solamente a la ansiedad. Los indios lo vieron y tornaron sus espaldas, para no mirar ese espectáculo. Ah, y hasta las migas recogía el gamonal, poseso de caninal. Escupió los yuyus el guagua. Miedo atrancado en el anaco de su poncho, sin temor, fijas sus pupilas en el mantel, corrió nervioso hasta rodar en la albura del lienzo. Cayó de bruces, apretando la tela entre sus manos, mientras la última brizna de sus pulmones gritaba, apuñaleando las distancias siempre grises de la puna: TUCURIRCA! Los chaupaus emigraron agujereadas sus alas por el alarido. El Dr. auscultó el corazón del chico. Nada... Callado, con el dolor de las yomas silvestres que se secan antes de maduras. Los indios viejos silenciaban, ocultando una lágrima que pugnaba por precisarse y huir definitivamente de sus caras petrificadas de emoción.

—Quién es el longo, Anjichu?

—Hijo del Quishpi que mandó a Cuenca Teniente Político es...

—Qué le pasa, doctor?

—Qué me pasa? Que este niño ha muerto de hambre! Eso me pasa! Amos canallas!

—Pero si es hijo del Quishpe no mas... Qué tiene eso?

—Político no quiso dar plata a taita de guagua... Mandó a Cuenca... sin dejar siquiera motecito para hijo.

—Así es. Angel. Los amos están tragando todo el día, por eso no se dan cuenta de estas cosas. Qué importa? sólo es un indio... Ahí está un crimen más de la bondad de Uds., señores latifundistas.

—No charle, doctor... Ud. también es propietario...

—Si. Pero vayan a mi hacienda y vean cómo trato a los indios. No tengo ni un concierto, ni un analfabeto. Les enseño a leer. Que digan todos estos runas.

Callaba León. Meditaba Cañada, mirando al río. Llevaban las aguas su pesar. Salvajes amos! Que no alcanzan a comprender que si dieran a sus pones más facilidades de mantención, tendrían más brazos para engrandecer la tierra y, también, para explotarles... Todo es alcohol, alcohol al campesino de bayeta. Combustible para que rinda faenas máximas, medio embrutecido por el látigo y la fortaleza artificial del aguardiente; a pura fuerza, obligado por sus meninges requemadas de inconsciencia metódica

por los patrones que se gozan enredando más y más el albedrío indiano, en el embalsamamiento del puro! Cañada pensaba que él, aunque no se jactaba, había educado a sus indios conforme sus necesidades, en la educación racional de la tierra. Había descatalepsiado su cerebro; les había dado la tierra que quisieran, para que la trabajasen y la tuviesen como de ellos. No les había regalado para que no la enajenasen o la pleitearan, encandilados por la genuina libertad. Y casi nunca iba a su hacienda, sino sólo por saber cómo iban los rúnas de Dios... Dios... bah! necesitaba ese buen señor ser dios indio, para darse cabal cuenta de lo que es ser runa y hombre de campo.

Por otra parte, León pensaba, como si siguiese el hilo del discurso del médico: «Brillante pezga de doctor! No se da cuenta de nada... Si los indios fueran mejor considerados, no quisieran trabajar la tierra del patrón. Fueran ricos y cada cual se echaría prosas de grande. Hasta a nosotros nos achicarían...

Cañada... «Claro que eso no les gusta a Uds. El mejoramiento de la clase india sería inevitable. Además, tendría ya concepto de lo que vale como raza. Se implantaría entonces, en las haciendas de los ricos, el trabajo mutuo, de cooperación exenta de excusiones, de exacciones que son ahora el privilegio del amo sobre el obrero de la gleba. No dudo que habría algunos haraganes entre los indios, como los hay también en la ciudad. Pero hoy son ociosos los amos que disfrutan de la sangre laborera de los indios, para poner en sus carteras montones de billetes de las cosechas que ellos no sudaron. Y, ni siquiera los patrones desembuchan su plata para mejorar las tierras cansadas, dándolas abonos científicos; esperan de la boudad natural del terreno, sin estimularlo, sin reparar que abonando los surcos enfermos, rendirían mejores cosechas. No educan a los indios... peor a sus tierras! Creen que los rúnas son factor imposible de culturizar. En los adultos... bueno. Pero ahí están los guaguas, que son materia dúctil y que pueden asimilar rápidamente lo que se les enseña. Hay que libertar a la sociedad india, en bien de la patria y de la nueva cultura. El país progresaría, ya que hoy es el indio quién hace las carreteras, las casas, edifica los bancos, hace todo! y de él no se hace un hombre medianamente culto. Actúen los genios novelísticos, ceñidos a la estricta realidad de la tierra, dentro de las vitalidades del campo y no únicamente desde la altura de sus pupitres de burócratas fletados a cualquier gobierno liberal; sean honestos esos novelistas y no tomen al indio como un instrumento de explotación intelectual que le rendirá fama, en cuyo fondo latirá la más abyecta de las traiciones, y el más canalla de los insultos contra una Raza que es incomprendida por sus «talentos», que no se ruborizan de la estafa que hacen a públicos extranjeros desconocedores del ambiente ecuatoriano y de la desnuda realidad de los indios imposibilitados de reaccionar contra sus máscaras de cómicos impostores. Que luchen con el indio, a que lo sientan con alma, a que palpén que no es *animal* sino hombre digno, y cuya psicología desconocen por carencia de afán de acercarse a él y por la natural distancia que media en el burgués metido a literato y el trabajador que sangra sus manos en la tierra a que de ella salte alimento para los patrones y los amos. Que bajen de sus tronos de divinidades novelísticas esos individuos infames que se dan de redentores de

la humanidad y entonces... serán acaso hombres honestos y personas dignas. Ahí está la tierra, que la trabajen! Que edifiquen con su ejemplo, que consuelen con su sudor a esta maravillosa Raza de Bronce que es Sol, Sol Amarrado a los chicotes de los amos! INTIHUATANA... cuadrante solar del campo y del Inti del Inkario».

Asqueado del terrateniente, el Dr. Cañada emitió su concepto, sintetizando su pensar.

—Que siga en sus hazañas, señor Hazera. Yo me marcho. Pero...le digo...

—Váyase al cuerno pelagatos!

—No me importa que Ud. insulte. Es de persona baja eso. Escuche: alguna vez alzarán cabeza sus mesnadas, y entonces... guay! Tiemble!

—Váyase, descarado socialista!

—Ahí están sus 2 crímenes. El del mayordomo y el de este guagua. No olvide mi vaticinio. Tiempo tiene para reformar y dar satisfacciones a sus indios.

Y no se encontraron nunca los restos del Abrám. Los exploradores tataron en sus almas rudas las palabras de Cañada. Sin entenderlas profundamente, sus instintos les decían que algo bueno les había hecho oír.

Allá, en las briznas del pajón, flotaba el eco mortecino del guagua. El Quishpi, cuando regresase de su comisión, encontraría vacía su alma y su choza...

TUCURIRCA!

## CAPITULO IX

Cerca de las pesebreras conversaban los indios, esperando que les presentásen al nuevo mayordomo. Conjeturaban cómo sería elchazo aquel, si sería mejor o peor que el Abrám... Pero cualquiera les daba igual, porque sabían que les vendrían los mismos castigos, aunque sólo dados por distinta mano.

—Todos laichus se parecen mismo. Con chicote sólo hablan a runas. . .

—Y fieros ca son... En vida de Abrám, una vez comí chirimoya de árbol prohibido. No botó tarjando 30 días a que descuente, fruta comida, con trabajo? Jay!

—Párense, indios! Este es el nuevo mayordomo. Le han de obedecer bien. Oyeron?

—Ari... ari...

—David, se llama. Si no le respetan, David, ya sabe: cuero y cuero!

—Sí, señor Hazera. Mano dura tengo.

Sonreía avieso León. Enseñando sus colmillos orificados y su látigo al nuevo fámulo traído de las resacas ciudadanas, del lumpen proletariat costeño. Estos tipos, demasiados zarandeados por el escarnio y la hefa de las urbes grandes, van a la Sierra y son criminales amparados con un sueldo y con la Ley siempre comprada; sus instintos vengativos se sueltan a refocilarse, gozando sobre la carne mausa de los runas que pagan el rencor que les dejó la suerte. Ambiciosos y brutos, compensan su calentura de figuración, chicoteando mesnadas labratiertras. La peonada alzaba sus pupilas indiferentes.

—Ya sabe, le repito: Palo y palo al que no obedece! Ordene, y no me venga con sensiblerías holcheviques!

—Oyeron, runas? Mañana bien de mañana, para la trilla.

—2—

El Sol caía seco sobre el campo, con un vaho de horno en el cual hubiesen volcado un pomo de esencias silvestres. La tierra abría sus brazos, dando íntegra su matriz a la vorágine cálida de la luz desnuda. Las piedras quemaban las pezuñas de los toros, hasta hacerlos levantar del camino polvoso y rajado, como piés de indio arriero.

Una casa en el camino real del pueblo. Era la cantina de la Tía Julu-

sha, como cariñosamente le llamaban las peonadas. Las gallinas escarbaban las cañas de la parva de calcha, perfumando con su olor los cielos próximos; enviaba ese efluvio a los campos de alfalfa y a los valles colmados de pastos verdecidos. A la derecha del estanco, un sendero que sólo se llenaba de gente cuando se alzaban los trabajadores de Sumag Allpa. Del atajo, que bajaba fatigado desde el monte, surgió un indio. El Pachó, desembocó en la carretera y la taberna le tentaba para reponer sus fuerzas. Pero no... no le fuesen a oler en la trilla y le amonestasen. Andaba ágilmente, con las pelotas de sus músculos que subían y bajaban en la marcha. La belleza de la campiña pasaba como a través de un cristal, sin impresionar emoción en su alma agena y anogada a diario, con lo mismo, con aquella familiaridad de coloración de la geografía materniega. Dejó el Pachó la calle principal, introduciéndose por un chaquiñán que tiraba hasta el lugar de la trilla. Trepaba a prisa las colinas; a su paso fugaban los conejos, las torcaces y perdices. La mañana quemaba más candelas en su aliento de moza linda. En su frente tenía el largo unas gotas de sudor, en las que hervía la imagen de la Dumí. «Mamitica la ña Techita... si habiá cumplido al hacer que desnoje!» El chumbi le anillaba un hiero al rojo en su cintura. Y no tenía a nadie que le cosiera sus trapos. Solo en el mundo, le quería a la Dominga para aliviar su vida de peón concierto, de planta que crecía sin raíz sustentadora.

En el patio de la hacienda, mama Shishi estaba dormida por el calor; piernabierta, como una vaca derrengada. Las chanchas hozaban el maíz puesto a secarse en cobijas. El Pachó siguió adelante, saltando las quebradas, guaguas a su agilidad de venado mozo. En partes, los terrenos estaban aun con la petulancia de sus penachos de maíz crecido. Apenas un rastro de sendero rumbeara por entre la chacra que, estrujada por el viento, sonaba a tela almidonada. El indio cruzaba aquel laberinto parduzco, perfumándose el tórax con el olor de la tierra parturienta. Al indio novio de la Dumí, le llegaron distintos y claros los ruidos de la trilla. Quedaban atrás los maizales, cuando divisó, en plena irradiación agreste, el plato de conzho de la era, en mitad de la llamada goteada por un chorro de Sol que caía de las briznas de la paja aventada por el aire. Se veían la mar de puntos azules, colorados, negros, morados, y el ingente dorso de los potros olecosos, charolados de sudor en el carrusel de la trilla. Los chicofes reventaban cohetes en sus puntas, al silbar las bocas saturadas del rescoldo de la trigaza salida cada vez más abundosa en los colmillos de las horquetas, que las apilaban en montones dorados y lucientes. Era como si el mismo Sol se hubiera transformado en tamo. Un caballo viejo manchaba sus ijares con copos de algodón. Todos los cascós de los potros reberveraban al Sol, en el vértigo galopante, enviando purpúras de luz a los calzones indianos y a las manos de las doñas que veían trotar a sus caris, asidos a las colas de las bestias. Las escleróticas chispeaban ardientemente con esferitas negras, coloradas, violetas... comenzando en las sienas de los trilladores a ebulir la sangre mordida ya por el aguardiente. Don León iba diligente de un rincón a otro del trabajo. La niña Techita roía desggranando sus labios en la era. Sin que reparase el patrón, el Pachó se metió de lleno en el trabajo. Tenía tantos peones el amo, que hubiera sido difícil le reconociera... y esa mañana, lo que nunca, no corrieron lista a los mitayos.

Restallando su chicote, el indio miraba, en cada vuelta, a la Dumí:

—Dumí... ya está ahí el Pacho...

—Runa ocioso... aúrita llega, amita. Pero a mí qué, niña...

—Linda pareja han de hacer los dos, Dumí...

—Vay... si es de ser, si es de Dios... ha de ser pues. niña!

Los ojos de la Dumí se esparcían en la tensión de los músculos del Pacho; las mejillas le centelleaban, cantando un san juanito que bajaba hasta quedarse suspendido en los coágulos de su bualca. Sus pechos enbiestos alzaban naranjas maduras, dando a los vientos el perfume de su carne enamorada, ya temblando en nubes de azahares y chamburos.

Apoyados en las horquetas, los runas se dejaban lamier los pies, empolvados por el polvillo tenue, por la patena dorada de la era.

—Niño Agucho asoma no más. Ocioso es niño. Ni estuvo siquiera en busca de amito mayordomo.

—Niño pués. Y taita deja no más hacer lo que dé gana. Buscando mujeres anda y anda.

—Aura está con mujer de mayoral. Y donosa es pes mayorala.

—Peor de todo es que Bartolo sabe pes mañoserías de niño y de mujer.

Tomaban chicha, empinando un cántaro al cielo, con la cabeza hacia atrás, arremolinado el calor en los cerebros apretados al latido fecundo del campo. El Pacho, ya cansado de girar a la siga de la recua, dió un salto, yendo a caer junto a la Dominga.

—Estás cansado, Pacho?

—Piticito no mas, amita Techa.

—Toma chicha. Recíbele a la Dominga; así ha de ser más sabrosa.

—Bebe pronto, mitayo fiero.

—Que arisca sois, Dumí... Escondes carita linda, vay...

—Acaso soy pes raposo, para ser arisca? Bebe, bebe...

El runa le tiró una chamba en la mitad del pecho, a lo cual la guambra, quitándole el chicote, le azotaba despaciosamente, con carifio naciente y silvestre. Los dos eran fuertes y sencillos; en la rudez de la Serranía Ecuatoriana.

Sacos de trigo caliente cargaban en los lomos de los caballos, para transportarlos a la hacienda; más, había indios que con sus lomos rivalizaban con las bestias cansinas, cargando ellos para aminorar la fatiga de los animales trilladores... El Pacho y la Dumí curvaban sus risas por el peso del grano que les obligaba a estarse más pegados a la tierra, destrozados sus pies, doliéndoles la cintura y sudando copiosamente sus frentes. Empezaron el camino entre chacotas. Las risas se elevaban encima del maizal, pero salían del mismo lado de los potros que, derrengados por la carrera, al paso, despeados, olfateaban la tierra reverdecida por el llano. El sudor de los caballos se frotaba contra los hombros de los cargadores que perdían el equilibrio; muchas veces el roce era tan fuerte, que las doñas tenían que ser sostenidas por los caris. La Dumí, adelante de todos los peones, iba nutrida por los flores del Pacho.

—Calla... llusti, casando qué has de dar pes nada?

—Dumí... motecito dulce no ha de faltar en choza. He de trabajar...

—Has deregar a mujer todo tiempo, qué...

—No... yo ca no soy así como fieros runas. Gente soy.

—Atalay... longo llulla!

Ya el David recibía el trigo de los que primero llegaban. Alzaba los costales y los sopesaba; luego indicaba que fueran a dejar en el lugar del troje señalado para ese grano. Los novios marcharon a dejar sus cargas. El hombre, al verse solo con su guambra, en la penumbra del cuarto, soltó el costal y, abrazando, la quiso tumbar; mas la Dumí le plantó un recio bofetón, de verdad; el runa estaba listo y trocó la bofetada en un beso estallante que reventó en el troje como fruta chaucha.

—Pero ya muché mano tuya Dumí, sin querer, como hacen laichus... Heli ya vos lo que pasa por pegar a carí!

—Upalli... boca hedionda!

No sé por qué... el Pacho miraba los calabozos y un frío estremecía su médula. Las sombras del troje le caían en los ojos, y su pecho se daba contra las paredes... La longa iba encendida sus mejillas por una llama, nueva y diminuta, de contento.

Los indios reían de la escena, burlándose lo que el Bartolo prevenía al Pacho sobre las mañas de niño Agueho. Se acercaba el joven y callaron todos; entonces el amito habló su quichua...

—Uyay, mayoral, cunan tuta tania ipacho?

—No sé... ñiño Aguehito... huarnipa siquihuan y cieluhuan... maua siguruchu!

—Indio bestia... con lo que sale!

No tuvieron tiempo de comentar las frases, porque ya el vozarrón de Hazera atronaba bombos roncós en la hacienda.

—Vayan a que les den un plato de comida. Y mañana que nadie falte para el saque de papas.

La peonada sentóse en un ángulo del patio; todos cruzados las piernas; algunas mujeres lactando a sus hijos, otras hamaqueáudolos en sus rodillas; los niños metían sus piés en las bocas maternas, que se los chupaban gozosas y tranquilas de poder estar con ellos. Habían trabajado tantas horas, que era su mejor regalo el cuerpo tibio y hediondo del guagua. Cada cual sacaba de su quipe el cueayo sobrado del almuerzo, por no poder concluirlo. Extendían la lliglla delante de su cansancio y comían ávidamente. La huasicama sirvió 5 platos de arroz de cebada, que iban dando vueltas de boca en boca. Uno tomaba un bocado y lo pasaba al compañero; elevaban los platos de barro, sorbiendo ruidosamente; algunos rogaban el alimento en sus cotonas y recogían con sus índices pasándoselos, parte a parte, por los labios; dejaban en sus mejillas la huella de la pitanza.

Acababan la frugal comida con un «Dios sólo pagué». Y el arroz estaba insípido, al extremo de que tenían que lamer trozos de sal para darlos sabor aceptable. Más, lo quemado de la vianda y lo afrechoso que se les pegaba al paladar, no podía ser remediado. Deseaban chicha, y sus mentes creaban la pupila morena de una shila... Nada. Porque los amos, cuando no necesitan a sus runas, no les dan ni trago ni ningunas chichas. Ya terminó la trilla, para qué iban a estar gastaudo más en ellos? Que pasen a punta de saliva, los mitayos sucios!

—Niña Techita!... da pes vos chichita... Mundo sed!

—No hay. Todo se acabó en la trilla. Mañana.

Los indios se desbandaron hacia sus chozas, molidos por la acuciosidad de un día demasiado fatigante. Unos se marchaban abrazados, un tanto chispas por el trago de la trilla; otros daban chicotazos contra los árboles, y parecía que iban a descomponer la decoración del ocaso, rastreando por el suelo, como un perro.

La proyección de la luz bañaba a la Dumi, con su rescoldo untando lumbre en su cintura. Estaba cálida, ondulante en las marejadas de sus trenzas que cabeceaban de suspiros. Complacida aceptaba la compañía del Pachó, y bajo el bordado negro y rojo de su camisa, le estaban temblando de rubor los pechos...

—Dichoso Pachó... con linda guambra!

—Hele vidas... runas envidiosos!

Del fondo de la quebrada sube el grito de la mamá de la Dominga.

—Duuuumi!

—Pachó... mamá está llamando!

—Caynarás bonito, urpi shungu! Bien de madrugada he de ir a hacienda.

—Yo ca lo mismo. Pachó...

Esa noche, el Pachó hizo temblar las estrellas con el aliento de su pijuno, muerto de gusto...

A la mañana siguiente, el Pachó va, cerca del alba, a la hacienda de León. Al desembocar en el patio, el longo percibía anhelante los mugidos de las vacas. Toda la vacada estaba con el Sol en sus tetas nacientes de luz. Balidos de ovejas; cloquear de gallinas; los potros, repuestos del cansancio, daban corvetas removiendo aire con los penachos de sus colas. Del corral de los toros salía ese silencio guardado toda la noche, húmedo de boñiga y oloroso a padrotes encelados. Las ordeñadoras ordenaban soltasen los becerros, que acometan a sus madres con cabezasos en las ubres; cuando la topetada era demasiado recia, las vacas alzaban las patas a los crios golosos, y un chorri- llo de leche se escapaba al suelo. A la insistencia de los terneros, las mujeres les tiraban con palos que producían una narigada de sangre. En el corredor de la casa del mayordomo, los indios dormían en cueros de borrego. La niña Techa los iba asperjiando con agua y los runas despertaban sonrientes.

—Manonga, verás que esté listo el chinzhi para los peones.

—Todo está listo, niña.

—Y la Dumi no ha venido, Pachó?

—No, amita...

—Vamos al jardín, a cortar flores. Anda, Pachó, a traer una tijera.

En la puerta del jardín, una abuela se había sentado a hilar su copo de recuerdos.

—Te gustan los rosales, Pachó?

—Mundo, amita. Pero las rosas no se comen... que! Rundu hótá arrui nando chacrita... Todo lleva.

—Ya te he de dar de comer. Espera.

Con el Juan, un galgo también vino tremolando sus orejas. De la costa



de fruta, presentada por el estudiante, la niña extrajo un pan, dando al perro que cogía en el aire los bocados.

—Huáscar! Huáscar, toma!

Juan festejaba las gracias del perro, y el Pacho miraba al Huáscar, haciéndosele agua la boca. Si le diera la niña un pedacito, más que sea para el hueso de la muela... Y el sacha doctor ni tenía gana, bien comido que!

—Lindo salta el Huáscar, niña Techa.

—Yo le enseñé estas pruebas.

—Todo lo que enseña niña aprenden no más... Juan de doctor dizqué va estar en Cuenca...

—Runa envidioso!

—No peleen. Cállense!

El Pacho sentía una gana imperiosa de hurtarle el pan al perro, diciéndole a la niña que él valía más que una bestia en 4 patas.

Techa, inclinada, cortaba las rosas. El Pacho y el Juan, detrás de ella, enraizaban sus pupilas en la carne fresca y matizada de perfumes excitantes. Nunca le habían visto así, tan íntima, a la niña. Pegados sus ojos a la orilla del vestido, imaginaban que carbones estaban asentados a sus labios. Se divisaba el enroscamiento de la media a la pierna blanca, oprimiéndole en boca codiciosa y negra. Ya no sentía hambre el Pacho; sino sólo un secor en su garganta. Era hombre cerrero él, pero ni los soroches de la puna, ni las cortaduras de las heladas le produjeron nada. Y ahora... El Huáscar frotaba, glorioso, su lomo contra las rodillas del ama. Secretamente, el Pacho precisó la superioridad de la bestia... El Juan estaba clavado en el sitio... Y la media dejaba ver torneados suaves y temblorosos... Algo le molestaba al Pacho en su mano derecha, y le proporcionaba dolor... pero no podía darse cuenta de qué era aquello. Veía... veía a la mujer, temblando visiones ahogadoras. Hasta que, para poner un freno, terminó comparando la carne de la niña con las formas rollizas de su Dumí. Fastidiado, el Pacho miró su mano, y encontróse con los dedos estremecidos del Juan, desorbitados sus ojos fijos en la media, babeando... Jaló duro al guambra, hasta casi tumbarle.

La niña, dándose perfecta cuenta de lo que acontecía, gozaba alegre, deseando continuar ese suplicio. Sabíase deseada... Para terminar con aquella escena, el Pacho descargó un poderoso trallazo en el hocico del Huáscar.

—Por qué le pegas al Huáscar, Pacho?

—Estaba queriendo morder, amita...

—Mientes! Vamos...

—En el patio les esperaba ya la Dumí. Se puso avergonzada al ver al Pacho; sus labios morenos fluyeron un suspiro. Comprendió la Techa lo que ocurría y, con la complicidad que tienen las mujeres, procuró dar ánimos a los enamorados.

—Dumí... por qué no le cojes la mano al Pacho?

—Mapa cuento, amita...

—Jaja... que gracioso!

Saltando, junto con el Huáscar y el Juan, la muchacha derramó sus cabellos a la nuca, corriendo a la casa. Pisaba los charcos de Sol y las sombras de las ramas. Parecía que entraba en la misma mañana, con su carne juvenil, ya despertando.

Cerca estaba el corral. Los indios enlazaban a los bovinos mozos, que brincaban asustados del cierre del cabestro en sus cachos. Acercando el testúz al palo los ataban, manos y patas, propinándoles un empujón que los tumbaba. Estaban poniendo fierro. Berreaban ante el fuego los toretes, pitando las llamas en sus ojos domeñados. Humeaba rojiazulado el hierro marcador, chirriando al viento. Un olor acre de lana chamuscada y el animal botaba su cuerpo con dolor de la quemada, quedando ya marcado: «L. H». A las vaconas las cortaban sus papadas, en pendientes naturales. Después, arrearon el ganado hacia los potreros. Se lamían las quemaduras las víctimas, y las vacas núbiles dejaban puntos de sangre en el camino. No sé por qué se le ocurrió al Pacho que, así como la carne quemada, debía oler la niña Techa... Los toros salían pesados, dando cornadas familiares a las costillas de sus hembras. Las ovejas saltaban y las cabras rebotaban al menor roce con las patas de los demás semovientes. Los padrotes balanceaban su escroto abundoso y euménico, luego lo empinaban en las ancas de las vaconas y andaban, hasta 3 pasos, en sus patas posteriores. Galopaban los potros, resoplando fuertemente, refinando alegres en la brisa de la mañana. Se extendía el paisaje como una fira movediza de colores, de matices campestres, en variaciones infinitas.

—Pacho... ve que buena la vaca Pintada...

—Y los toros... el Murungu y el Barroso... no se cansan al arar...

Ojos dilatados de codicia; admiraban la piel lustrosa, la recia cornamenta y las papadas amplias.

—Si plata tuviera... comprara vaquita igual a la Pintada... Yo misma ordeñara... daría a vos lechecita fresca...

El Pacho callaba, perdidas sus pupilas en el cejo.

—Pacho... no me oyes, qué es pes?

—Si oigo pes, Dumichita...

—Por qué no contestas pes?

Crugieron los tendones del runa al volver la cabeza.

—Quisieras mismo la Pintada, Dumi...?

—Para qué hablar tonteras... mejor es callar!

—Si quieres... yo doy no más.

—Qué pes?

—Vaquita...

—Runa ocioso, Husti... qué has de dar pes nada?

—Empréstasme a tu perra Chapula. Mañana de mañanita he de ir a casa tuya, Dumi...

—Bruto este... de gana dije...

—Cari soy. Vos quieres vaquita... Con sogá he de amarrar a la perra, a que me siga.

—Pondrás trincando bien... Pacho... No!

Daban vueltas los minutos en los íris de los longos.

Toda la mañana, el Pacho le daba firme a su lampa. Suelo húmedo, me-

neaba marea de ondas con el olor sabroso de la gleba. Las narices se ensanchaban, tragonas, al aliento de los surcos. Daban ganas de hundir la cara en la línea honda de la tierra. Los allpaurpis volaban a dos metros de la pampa. El Pachó veía en toda cosa a la Dumí y a la niña Techa... Pensaba en él: su calzón era un remiendo de miserias, con parches de la tela que las niñas botaban... Y él ya había dado su palabra a la Dumí, carajo! Pero... mejor no sería dejar su oferta, y seguir trabajando, como hasta hoy? Dióse cuenta de su condición de concierto explotado... La guambra le llamaría de llusti, de cobarde... Cobarde él... jajay! Aura verían lo que era él! Su pecho se inflaba, sintiéndole chico al horizonte para sus pulmones tajadeados de firmeza.

Cuando finalizaron las labores, el Pachó fué solo a su choza. Rumiaba que el padre de él le mandaron a la cárcel por robo de animales del Teniente Político. En sus sienes alguion hacia leña con hachazos torvos, hinchando su piel en cataclismos broncos. Un ruido en el estómago le hizo pensar que si el aire alimentase... En su choza vió un tarro con mote. Pero no tenía ganas de masticar nada. La Pintada... el guagra Murungo! La perra le llamaba a la realidad con sus rezongos. La sacó fuera, teniendo la beta en la mano. Para qué cerrar la puerta de su casa? Quedó no más abierta, boquerón siniestro, en dentellada de silencio hacia la noche.

—Chapula... vamos, vamos...

Lentamente bajaban hasta la tienda de la tía Julusha. La tiniebla atoraba los caminos. La perra quería que le libertase. Continuaban el descenso. El cielo parpadeaba insistentemente. Por fin llegaron a la cantina. La vieja estaba cerca de una llamarada que pintaba los ojos de la perra con círculos vivos.

—Para qué vienes, pes, longo?

—Traguito quiero... piti no más! Pero fiarás, pes, tía...

—Si no te conociera trabajador, no te dicra nada. Pero deja la beta en prenda...

—No, si necito miso. Si le he da pagar, verál

Encendió un candil en la fogata. La lamparilla iluminaba débilmente. La vieja entró en la pieza negra, con algunas perchas que inclinaban su suciedad cargada de botellas. En el mostrador estaban 4 hojas de penco blanco, un peine, un cuchillo y cáscaras de mote.

—Vay... dé mejor un media botellita.

El Pachó tzungaba el trago y arriba, en el techo, aparecía su cabezota agrandada, su garganta moviéndose al pasar el puro. La perra tuvo un erizarse de sus pelos. Aulló lúgubre, ronca, y parándose en 2 patas sacudió la beta. Del gallinero llegó una bulla que estremeció a la vieja; tembló, como si tuviese hormigas en su espalda. El indio no notó nada, porque estaba atareado, bebiendo más.

—Oíste, Pachó?

—Qué pes?

En ese mismo rato escabulló el aire el canto de un volátil. Era una

gallina la que cantaba, augurando un mal. Suspensa la mano, cerca de la boca, el Pacho escalofrió su sangre. Se le cayó el vaso de los dedos helados, que temblaban más que la lengua de la llama acezando como perro.

—Onde está la gallina, tía Julushita?

—Ni se le ha de encontrar nada... Mañana le tuerzo el pescuezo!

—No, no... matémosle aura mismo!

—Longo abusionero! No! Ni parece hombre...

Los hombros del indio no estaban quietos, cuando él y la Chapula salieron al campo. Se distinguía el cacho de la luna creciente. La masa del bosque combaba su oscuridad en la noche estropajosa. Desviando el sendero real, tomaron un atajo que iba derecho a los corrales de Sumag Allpa. Ninguna luz estaba encendida en las casas. De pronto, tundió el aire el grito del mayoral haciendo gente. Contenido su aliento, y sus manos cerrando el hocico de la perra, el indio aguantó en cuclillas más de 10 minutos. De nuevo la vasta monotonía de la noche cabeceante. Avanzaban paso a paso. El runa despojóse de su poncho; también quitó sus oshotas, arremangando su pantalón hasta media pierna. Ya cerca de él, los toros mugían, en silencio, despaciosamente... Parecía que se hubiesen tumbado presentando sus astas a las nubes, a que ellas vayan devanando las olas espumosas del cielo. Nadie escuchó el robo. Por un portillo salieron, insertándose en la sombra para zambullir hacia la puna. Las chilcas se rasgaban por el mordisco de los bueyes, con sonido rumoroso. El cerro verde por la luna, humeaba en las raíces de los arbustillos tronchados.

2 indios, cuentayos de don Aurelio, sentados en medio de la paja brava, oyeron las pisadas de la recua. Remóticamente divisaron como se movía en la noche. Los 2 mitayos poseían escopetas cargadas con balas venaderas, con bala grandota, de caza mayor...

—¡Hele ve... de nuevo el Joshé robando ganado! De quién será pues...

—Peguémosle un tiro! De amo Aurelio no ha de ser ganado... en otra banda está.

—Pero no tiene nada lisiar a runa ladrón. Hagamos un bien a prójimo.

—Si pos... Taita cura tan dijo que matemos no más a aychajillus...

Cuando el novio de la Dumí estuvo a tiro, atronó el monte un salivazo de fuego. El Pacho lanzó una blasfemia, de esas que hacen crecer más pronto la yerba... De un volatín, rodó al suelo. La perra ladró rabiosa, escrutando el horizonte intrincado del pajón.

—Ya le matamos! Fuera... a cárcel hemòs de ir!

—Huigamos... Prontito!

Volaron, con la impunidad protegedora del desamparo de la puna punzada de estrellas. La Chapula aullaba, oliendo el cuerpo del horido; estornudó la sangre que le cósquillaba su ráfaga roja en la nariz. Continuó sola, arreando ella, sabiamente, la punta de ganado hacia la choza de su dueña. Los toros y la vaca mecían barcos súrtos en la noche: agrupándose el ternero en las ancas de su madre. La tropilla, siempre impulsada por la perra, se metió entre 2 cercos angostos, de piedra alta. Ya los toros estaban removiéndole la calcha en el patio de la casa. La Chapula ladró penetrantemente, hasta que una voz salió en alarma:

—Mama... mama! no sé qué cristiano está andándose en la calcha!

—Soñando estarás, Dumi... Duermel! Mejor anda verás quién es...

Le brincaba la sangre a la guambra y se le apretaba el corazón, pensando que iba a darse, de manos a boca, con el Pacho. Desasosegada, creyendo que el runa estaba escondido para darle completa la sorpresa, fué sacando su busto, sus piernas, toda ella... llamando al Pacho con un susurro de voz, luego más recio, hasta que, a todo vuelo de pulmones estremecidos de angustia...

—PACHOOO!

—A quién llamas, pes, carishina?

—Mama... guagras han venido de hacienda!

—Bruta esta... calla!

—Hele venga verás, mama!

La longa devanaba suspiros, congeturando lo que hubiera ocurrido con su novio.

—Así es... Dumi... amarremos a los guagras. Mañana mos de exprimir a la vaca. De mañanita mos de llevar. No han de cair en cuenta nada.

—Fiero está pes eso, mama.

—Fiero está pes. Pero... deja dormir aura, hija.

—Mama... tengo un miedo... No durmamos!

Sus cerebros, iustados por un pánico, cedían ante la golosina y un poco por necesidad. Un conato de madrugada, con frío más intenso, soplabá ya por las puntas de los cerros. La Dumi, embebida en la suerte del Pacho, oía lejánamente lo que la leche caía en el fondo de un balde. Bebieron la leche, y jalaron a los toros; la una runa al loro Barroso y la otra al Murungo y la vaca con su ternero los seguía. A cada bulto que creía percibir en el sendero, la Dumi desalaba sus miradas imaginando reconocer al Pacho... Pero era tan diverso el camino seguido por las doñas! Estaban en los linderos de Sumag Allpa, en plena alba ya, cuando estalló una algarabía de perros y de indios emboscados que las dejó paradas del susto.

—Dumi... suelta a guagra! Corramos!

—Corramos, mama! Nos cojen!

—Aychajillus!

—Aychajillus!

—Diosito... Mamita Virgen!

—Pacho...

Las polleras hendían de viento sus piernas entumidas por descargas eléctricas que les impedían correr de prisa. El ladrido de los perros ganaderos sonó más cercano. Las fugitivas volvieron sus cabezas, empezando a chillar al ver al mayoral y a otro runa dar vueltas a sus hondas. Una piedra, a cada cual, las paró.

—Ladronas!

—Nosotras no mos robado nada...

—Carajo! perras ladronas!

—Aura verán no más en hacienda!

—Esto tiene ser mujeres solas, sin marido ni taita, perras!

—No... no mos robado nosotras...

—Guagras venimos entregar, lo que encontramos en cerro...

—Adelante, sinvergüenzas! Concha prieta! La recontra... Anden!

Salpicaba de ajos las bocas del mayordomo y de los indios. La Dumi lloraba, cayendo sus lágrimas en el camino que las chupaba. Con betas, amarradas a sus cinturas, las conducían inmiscricordes. Audaban arreadas a pespuntos de chicotazos.

En el patio, Hazera daba terribles gólparrones al viento aturdido por el poderío gamonal.

—El manganzón de Agucho no sirve para maldita la cosa, m...!

Al ver a las indias, se lanzó con furia inaudita a maltratarlas. Tirándolas al suelo, las asentaba soberbios fuctazos, que estallaban como cohetes. Vibraba, sin detenerse, el látigo en su mano estremecida. Cada palabra del amo, caía en los oídos de las indias en mordiscos hidrofóbicos, restallando sus almas inocentes... La niña Techa envano frataba de convencer a su padre que primero indagáse bien las cosas.

—Métanles al calabozo, y a los cepos! Entréñese, David!

—Aura es la mía, señor! Van a ver quién soy!

•Silbos y silbos desenrollábase a lo lejos. Luego una voz:

—Ya le hallamos al shúa! Aquí está!

Aparecieron 3 indios, que traían al Pacho bien trincado.

—Este es el ladrón, amito...

—Tumbado, perro cansado, estaba en subida de cerro.

—Pegándole bien le traímos, a que aprenda a robar ganado de amo.

—Desangrando como gallo runa estaba.

—Mecachi! Quién haría la caridad de pegarle el tiro? No cabe duda que es él! Métanle al calabozo y a otro copo!

—No sé, amito... quién tan sería pucs...

Desde adentro, la novia del Pacho oía la algazara entre el tundir del chicote del David. La niña Techa fué allá, y la longa, llorando en las manos blancas, decía que no era el Pacho.

—Oye, David! Coje al indio; no lo metamos en el copo! Voy a hacer un escarmiento de los buenos! Amárrenle al poste de marcar!

Varios runas ataron, prolijamente, al Pacho. Temblaba el palo ante la fuerza del runa. Una vez seguro, el patrón agitó su foete viboreado, ávido de destrucción, hacia la carne del herido que borbollonaba espuma por sus fauces.

—Perdón, amito... ni más!

—Ah... con que vos mismo has sido, no? Aguanta, perro!

El gamonal enardecía, azotando en el mismo boquerón de la bala. La víctima contorsionábase en flama colorada, a la que hubiesen atado al poste. Sus movimientos fueron menguando hasta que, la carne sacrificada, se quebró en el humanismo de un desmayo. Y el amo continuaba pegando y pegando, sin hacer caso de sus palabrotas que iban a los oídos del «santo sacerdote»... Se contuvo al fin, no porque su sed de hacer daño se saciara, sino porque sus fuerzas le faltaban.

—Carajo, una gran p..., yo le voy a despertar al dormido este! Que preparen el fierro de marcar!

—León... ya basta! no...

—Papacito... no! no!

—No, papá, por Dios!

—Deje no mas, mamita, que castigue papá. La propiedad es sagrada.

—Bien hablas, Luisito. Mica... a callar vos! Dèjame!

Titilaba el aire através de la leña enroscada en brazos. La familia de León no protestaba ya. El Juancho se encerró, con el curita Luis, a rezar por el alma del ladrón. Los indios, más cercanos al amo, acuchillaban su miedo avivando los tizonos. El marcador quemaba el aire.

—Ya está, amito...

—Desnúdenle la espalda! Quiero verle bien al perro este! Bueno... denme el fiorro! Aura verán quién soy yo! Mejor el pecho le quemol!

En el torso, monticulado de músculos del Pacho, el Sol se tiñó rojo de sudores desnudos. Acercándose delicadamente, el gamonal andaba en puntillas, como si cazase, temeroso de que su víctima huyera. Miraba las ligaduras, para cerciorarse de si estaban bien sólidas. Sus fosas nasales abrieron instinto sanguinario, aspirando el olor de la carne chamuscada. Primero las iniciales en surco vertical, luego en sentido horizontal... Chirrió el hierro rusiente, con humo de carne sellada, mientras el indio hacía huracanes atados en el poste. Los paisajes comprimieron su aliento y el río, en su lomo corvo, no retrataba el cielo azul.

—Hejo de pota, laichu!

Un chicotazo partió la boca del longo. Pero ya estaba saciado el amo de Sumag Allpa. Todos los presentes ponían sonrisa de empamados. En el viento, el insulto del Pacho decoloró los oídos asustados de los peones.

—Uds., mitayos, no han visto nada de lo que acabo de hacer! Oyeron?

—Nada... nada, amito... nada...

La Techa palpaba las lágrimas de la Dumi.

—Dumicha... calla... a Cuenca te he de llevar conmigo!

—Aí, amita... aí...

La madre de la india rumiaba sola su dolor, arrimada a la pared de la casa. Del Pacho que se renovía, amoratado de rabia incontentible, pero amarrada—Sol Amarrado...—, salió un resuello, luego un grito poderoso que hizo temblar los cimientos del Ande con sus palabras libres:

—Ña Techa... Auchuri! deja a Dumi! He de vengar pero! Pero... ismata micuy, laichucuna! Ismata micuy... ismata micuy! Vengar miso yo!

Mientras León fué a refugiarse junto al cura, el Anjichu desamarró al Pacho, curándole las llagas con manteca y sal. Sonaba la carne tostada. El Angel consolaba a la víctima, afrontando, solidario, el rencor de los amos. Juntos los indios, en dío crispado de odio, mascullaban frases que no oía la mañana, púdica de susto.

—Calla, Pácho... calla... yo maté a mayordomo! Yo mismo! Mos de vengar pero. Ismata micuy, laichucuna!

—Anjichu... Dios sólo pague! Mos de vengar, carajo!

Los dos indios celebraron su pacto con un borbollón de palabras en ondas de dolores encendidos.

ISMATA MICUY, LAICIUS!

## CAPITULO X

Mañana levantada de risas indias, despidiendo a los patrones. Enmascarados, con caretas grotescas, 3 indios cabalgaban en carrizos asestando golpes al mayordomo y a los hijos menores de la Mica. «Anchuri, amitos, caballo bravo...» Disfrazados, los runas hacían ademanes obscenos; saltaban cabriolando, posesos de vesania, chillando, articulando guturalismos de alimañas cerriles. Toda su locura se condensaba y protegía con las loanzas al dueño de la hacienda. Al fondo de sus gestos predominaban los actos sexuales, efectuando los vaivenes de las cópulas carnales... Violín y bombo coadyuvaban al jolgorio de la mitayada. Cada uno tiraba su corazón a los techos de las casas, en un ímpetu de júbilo que hacía saltar las sangres libertas nuevamente.

—Amito, León... 80 sueres debes pes de Juanchito, recuerda pes.

—80 sueres? y la calcha que dí para tu vaca? Y los caballos que el Anjichu hizo ahogar, no cuentas eso, Ambrosio?

—Acaso pes tuvó culpa Anjichu de que augen caballos?

—Ese bendito del Juan me va costando un ojo de la cara, carajo! Toma 20 sueres y no me jodas más.

—Así será pes...

—Así es, bestia!

Al medio día montaron todos los amos. Juan, en un caballo de carga, iba feliz.

—Calle, calle, mama Shishi. De gana llora...

—Da pena pes de vos, Juanchito...

—Doctor he de ser, y ahí no ha de tener pena nada. Hasta otro día, taita, Angel, todos miso. (Manavali runas!)

Al paso de los caballos, los montes esparcían sus cumbres para el viaje de los amos. El Sol tuvo distinto modo de escocer. Libres, los indios bailaban, gritando su corazón espaciado de alas renacidas.

La familia Hazera en la ciudad...

Las hijas de ña Mica abrían las ventanas de las habitaciones, inundando de luz enfermiza las piezas con olor a humedad y a polvo antiguo.

En la noche inicial ciudadana, las niñas revivían los hechos antiguos:



dónde se olvidaron un pañuelo, dónde estaría el fustán que extraviaron... Las voces de los chumios y la música al pié de sus balcones subían en tentación melodiosa, desparramando en el cerebro fortalecido de campo ilusiones y suspiros... Luego las campanadas bronceas de las torres altas; murmullo de beatas, y la aurora colando los techos de las casas despiertas con el humo cordial de sus fogones prendidos. Una neblina extendiéndose por toda la urbe, y en el cielo un Sol mansito y tímido de salir a trabajar.

La Michi, ya en casa de los amos, trajinaba colibida. Abuyentando sus ojos desvaídos de los tratos afables de las niñas. Su maternidad no resaltaba, por la faja que anudaba al vientre cada mañana. Extrañaba un poco al niño Agucho quedado en la hacienda; pero se consolaba al saberse sola y libre de los cariños viciosos del jóven. Le horrorizaba pensar que un tiempo, en Sumag Allpa, quiso ahogar el fruto de su amor; pero hoy tenía fortaleza y convicción de su maternidad. Le criaría ella! No sabía precisamente cómo se avendría para ello, pero sentía una seguridad fija. En medio de su inquietud, las patadas de su hijo, en el vientre ardiente, le reconciliaban con la vida.

—3—

Rápidamente, el Juan se hubo acostumbrado a los usos de Cuenca. Era el más audaz en la escuela, y el más inteligente de su clase. Tenía ansia de devorar libros y llevarse con los soldados. Esa mañana, a los dos meses que estaba en la casa, despejaba su cara soñolienta, con agua fría. A garganta reluciente hacía gárgaras con la luz, que se le infiltraba deliciosa y suave. Saltaba, elevaba sus brazos en flexiones gimnásticas, como los soldados en el estadio; decía o, o, o, y tragaba el aire a boca llena, como si tuviese gana de morder la luz. En esas madrugadas recordaba los potrerus y llanadas frescas, pero no sentía pena. Notaba que su aliento salía tonificado de albedrío y de posesión de sí mismo. Medio orgulloso, recordó que a los hijos de los amos les enseñó a acariciarse de continuo; y pensó también que ya sabía por qué el dolor de cabeza a las mujeres, cuando huelen como la Techa, allá en el templo de la hacienda... A las 6 de la mañana, él estaba contento y fresco de entusiasmos de vivir.

—Niña Techa... ya acabó mi librito?

—Ya. Anda a coger del velador delante de mi cama. A misa nos vamos. No hay nadie, entra no más.

Al longo le cupo en el estómago un regusto a ambrosía, cuando sorbió la leche en la taza de la ña Lucía y con la cucharrilla de plata de cura Luis; daba vueltas sus labios en contorno al filo. Recordando el libro, casi en puntas de piés, fué al dormitorio de las niñas. Al abrir la puerta, una tufarada a hembra dormida le dió en el rostro. Sólo el Sol penetraba por las rendijas de la ventana, yendo a rodar de cama en cama, por los pelos del gato Chaplín de la ña Techa, y sobre las alfombras delante de los lechos. La semioscuridad se le metía al Juan en los ojos; y los dilataba, para ver mejor. Avanzaba, hecho ya más al ambiente, cuando vió delante de la cama de Lucía una media enroscada; tornó la media, dándola los contornos de pierna, cimbrantes y suaves, como se los imaginaba. Fué de un lecho a otro, probando, con su

mano estremecida, la tibieza sugerente. Si, el libro... Tuvo una reacción dolorosa, de rabia, al verse agarrado al camión de ña Lucía. Lo tiró bruscamente al suelo. Frente a la cama de la ña Techa se abstrajo, contemplando la ondulación del colchón. Por no sé qué recordó al cura Luis yendo al cuarto de la mayordoma... La luz de la ventana le caía en las medias café de sus piernas, y le producía tembladera incontinente. Pero en su garganta no le daba ninguna luz y sin embargo sentía un escozor angustioso, que le invadía en delicia mezclada de fiebre. Ah... frotó sus mejillas con la almohada de la Techa... En imagen de Guillermo le apercolló el resuello. Qué tibiecito... mejor que tomar leche en la taza de la ña Lucía... Su olfato retrocedió ante un perfume que le cosquilló fuerte. Con garras enfebriadas, introdujo sus manos en el embozo de la cama. Las fué meliendo, meciendo, hasta la mitad; soñando que los pliegues de las mantas daban trazos de vestidos... Subía hasta el centro del colchón... un calorcillo más estable. Hasta que, sin resistir más, alzó las frazadas, anegando su cuello en los aromas de hembra, que ascendían. Más, algo era lo que oía. Levantó, furioso, todo el envoltorio de cobijas. Y allá, junto a la pared, como el gato Chaplín, donde no daba el Sol madrugero, estaba una cosa apretada y comprimida en ella misma. Reparó que el gato le clavaba sus ojos; de una patada lo envió fuera de la pieza. Jalando el envoltorio, imaginó que era un puño cerrado. Pero no le iba a hacer daño a él. Locamente, se abalazó al trapo. Lo agarró, hundiéndole uñas aceradas, hasta que su pecho se descompuso. Un botón de su camisa trazó una curva al Sol. Resolló fuertemente. El atado se deshizo en sus manos. Asomó una franja de sangre, como la que se hiciera al ayudarle a su padre a cargar leña... Hilillos, a medio coagularse, corrían por toda la tela; montoncitos, en otros sitios, parecían cabezas de hormigas coloradas. Un olor desagradable, pero que enardecía alongo, roía sus entrañas confundidas con la servilleta higiénica. El Juancho zapateó con el estropajo. Revoleó, a tumbos, encima de los sommiers de los lechos. Golpes furiosos daban sus sienas contra las paredes de la alcoba, mientras la lilaza blanca se convertía en despojo monstruoso entre sus garfios candentes. Daba botes de poseso, en convulsión vertiginosa de sensaciones. Giraba la alcoba en la fibra de su voz entrecortada, en sus pulsos vaqueados de latidos. Y pensó en la mañana del jardín... en los soldados... En un ademán suspenso, de liberación, estrujó el paño contra sus labios temblorosos, coloreando sus mejillas la materia putrefacta. Gritó! gritó... con las venas puestas en la punta de la lengua que bramaba, lamiendo cínica y procaz... la esencia de la carne de la niña amita. «Esto es la niña Techa! Sangre... Téchita... sangre! Carajo... sangre... esto! Doctor he de ser, pero! Manavali runas!

Afonadado, se tumbó en cualquier lecho. Sintió en sus muslos que un líquido le corría, como fuego.

El Sol ya no proyectaba rayas de luz. Era una presencia plena, como si la efusión sanguínea se hubiese transubstanciado en lumbrarada roja, que invadía las arterias del Juan Peña, como era ahora, para servir a su merecido, niña Teresa.

Acémilas seleccionadas por el gusto de los amos, venían los peones de Su-

mag Allpa portando frutos del campo, para la despensa de patrona Mica. El domingo olía con guayabas, limas, maíces, ajíes... con el aliento campesino en brote alimenticio. El Ambrosio, padre del Juan, también llegó con los de la remesa, para dejar al Anjichu de huasicama. Observaba atentamente los vestidos ciudadanos de las niñas, los enseres de la casa, y la tórtola que él mandara al Juan. Luego de descargar las provisiones, fué a ver qué tal lo había sentido el aire cucucano a su hijo. Receloso, con temblor nuevo en sus ojos, buscaba al chico pensando contarle, a que ría el Juan, que la chancha había tenido 6 puerquitos que vendieron al Teniente Político, que el pollino tuvo un hijo en la yegua baya, que el gallo zamarrudo...

—Pero vián pes... Juanchito... hermosote estás!

—Quiso abrazar a su hijo, pero éste hizo un ademán de asco...

—Ya ero que has olvidado de taita, Juan...

—No. Sino que me va a ensuciar con esas manotas sucias. Me prohibieron que arruine la postura.

—Lindo cotonita han dado...

—No es cotona, saco se llama; esto camisa, y esto zapatos, y esto medias!

—Antes ca andabas con oshotifas que hacía yo, Juanchito...

—Ya los tiempos han cambiado. Ud. mismo ve que no traen la remesa en las mulas, sino en camiones.

—Así miso és pes. Golpetiando viné en máquina fiera. Cuerpo mío magullado, como fruta, está. Ni pudé bajar de máquina hedionda, casi caigo.

—Jaja... que chagra!

—Así miso pes. Pero mulita miso erá más mejor. Piso firme tenía, uno paraba onde daba ganas de miar. En auto qué... Vos ni preguntas por mama...?

—Ya le ví pes al Angel. Quiero que Ud. le diga al Angel que no hablo conmigo, cuando esté de huasicama. Se han de reir... si saben...

—Si saben qué pes?

—Que el Angel es mi hermano...

—Bien dijo tu mama y comadre Cunshi lo que pasaría a vos. Fiero.

—Viejas habladoras... doctor voy a ser!

—Te voy a guantiar, eh! No porque quieras ser doctor has insultar mama tuya! Juan Piñalo, no más, sois, eh!

—Pi... ni nada también han dado ustedes... Juan Peña soy aura!

Voló el Juan al cuarto del cura, dejando al taita con su mano enarbolada de ira. Pasó la tarde, el Juan, raspando su urbanismo contra los indios que no se atrevían a ir más lejos de la esquina. Todos los runas anhelaban que viniese la noche, para dormir y madrugar a la hacienda. El crepúsculo puso agua dulce en los labios secos de los indios. Al Ambrosio no le agradaba el porte de su hijo, se lo quería llevar. Pero... ahí estaba la silueta de amo León, agrandada en sus retinas hasta no caberle en ellas. En la cocina, el Anjichu daba vueltas a un pucón encendido delante sus de piés. Parados junto al fogón, los demás indios calentaban los tétraces amplios, sonando en sus gargantas la ternura de sus chozas abandonadas. Cuando se iban todas las criadas de la casa, el Anjichu dejó rodar un objeto...

—Pero... Angel, cómo haces pes eso? Robando cucharita de plata! Yo tengo que entregar todo completo!

—Juan dió pes eso. Regulo, diciendo.

—Sacha doctor. A mi hubieran botado tarjando a que pague!

—Yo ca nada sé tan. Juan dió.

—Vamos dormir, Angel. Juan hasta ladrón cro que hecho.

—Y taita queriendo dar tierra de banda de río, tierra nuestra, que mos criado en ella, para mapa Juan...

—Cierto, Anjichu. Tonto estoy yo. Rucó pues... Pero así creía yo que Juanchito volvería casa nuestra.

—En el corredor del patio, las lacras de los ladrillos entraban en carne apaleada de los indios. El frío escocía tenaz, en rachas que ascendían de los pies y penetraban de la cintura al pecho, a los poros que extrañaban la blandicie de sus camas cerreras. Carrecían hoy de los recados de las bestias de carga para ténder un colchón a su cansancio. Ahora sólo disponían de los sacos del carbón, cuyo cisco molestaba la nariz al hundir la cabeza en los hilos de la cabuya medianegra. El poncho, de sobrecaña, jugaba a calentar y no los miembros rotozos de trajines. Bisbiseaban soñolientos; luego amodorraron, siempre vigilantes, desde el fondo milenario de sus vidas, en perpetua vela...

Ya le embalsamaba el sopor al Anjichu, cuando unos pasos cautelosos lo despertaron. Una mano febril tocó su hombro...

—Anjichu... calla, yo soy... el Juan!

—Qué quieres pes aura? Lautaro ya no quitó cucharita que vos diste?

—No importa... otra mejor para darte mañana! Oite... oite...

Jalando a su hermano, el Juan lo condujo cerca de la grada. La noche expandía su tiniebla. Se escuchaban las respiraciones de la gente dormida.

—Oite... quiero que me prometas una cosita, Anjichu... Levantándome de cama, cosa de que no sientan, vengo...

—Ni a mi dejas dormir... dí pes, pronto, qué quieres pes?

—Oite... si me das el poncho... para guardarte... te doy 5 sueres! Ve... toma!

Escugió el papel entre los dedos del Angel, que intentó arranchar la plata. Pero el Juan se la retiró a tiempo.

—Para qué quieres pes ponchito?

—Te pueden robar... quiero guardarte no más!

—Aura yo ca con frío he de quedar pes... Ponchito que andó conmigo siempre, no ha de ser... aunque des 100 sueres mas que sea!

—Es feo que te pongas eso en la ciudad, Anjichu, es feo!

—No, no y no, hey dicho! Poncho mío ca no ha de ir lejos de mí!

—Dame... dame! No seas malito! He aquí 5 sueres! Por vos robé...

—No y no! Anda dormirás mejor, sachá doctor!

—Dame el poncho, carajo! el ponchooo!

—Desvariando cro que estás, Juan...

La respiración del Peña de la ciudad, se metía caliente, como baba, en el Angel que temblaba en la noche desolada de estrellas. Notaba que el Juan ardía, que el corazón de su ñaño golpeaba como el motor del camión.

—Los 5 sueres robé, para vos, a taita cura... dame el poncho!

—Voy guantiar si sigues jodiendo! Voy llamar taita!

—Dame el ponchoooo! el poncho, carajo!

—No jodas digo... he de avisar amo León!

—No... no, no seas malo... dame el poncho! Por Mamita Virgencita... dame!  
Las palabras susurrantes pesaban como cohetes, que no estallan, en la garganta del muchacho.

He de avisar que robaste plata...

—Dame el poncho... carajo, dame... Hijo de...!

—Caica, mal hablado! Insultando mama, no!

De un empujón, el Juau rodó lejos, por las piedras del zaguán. Magullado su hombro por el puñetazo del Angel, deglutía su fracaso. Sepultó uñas en sus muñecas, mientras la frescura húmeda del empedrado le dolía en las narices... A gatas, fué hacia la escalera. Babeando su instrucción ciudadana entre la densidad de la tiniebla, lamentaba que las sombras no fuesen compactas para patearlas. Andaba con montañas pegadas a sus muslos. Avanzaba molino y rencoroso, cuando cayó en cuenta que esa tarde no había alimentado a su tórtola. En la cocina el gató de la Techa, asustado por el abrirse de la puerta, refugióse bajo la banca de las cholvas. Hervía la olla de mote, bullanguera. Los ojos del gato fosforecían esmeraldas vivas.

—Que rico! motcoco caliente para mi China. Chinita... China! Ven—ven!

Una racha de viento, a ras de los ladrillos, empujó algo sutil, débil, para el viento, pero doloroso para los ojos del Juan.

—Qué es pes esto? Mi Chinita...

Abalanzándose a lo que empujaba el viento, el Juancho ensangrentó sus manos con las plumas apelotonadas en sus nervios. Un serrucho helado raspaba los pulsos, mientras tenazas ígneas le jalaban sus pupilas. Asoció ideas... por qué esta sangre de la China no oía lo mismo que la de la niña Techa? Per qué no rasgaba entre sus dientes los filamentos de las plumas? Sangre de tortolita... Más allá, el pico de la China, y una pata contraída. Enraizadas sus miradas en el gato, el chico desaló un suspiro; luego un gruñido, lento, enanchó las yugulares de su cuello embravecido. Atrancando prolijamente la puerta, puso aldaba a la ventana. Restañó sus dedos de la sangre espesa; limpió con una hilaza las huellas digitales de la aldaba, y tiró el estropajo a una claraboya. Remachados sus ojos en el gato, asió 3 rajas de leña, hundiéndolas en la hornilla.

—Mishito... carnecita estoy haciendo para vos. Espera—espera...

A fuelle potente, los carrillos del dueño de la China sacaban chispas y llamas de la leña. El aventador cruzaba incesante en su mano derecha. Esperando el apogeo del fuego, el Juan sentóse cerca de la hornilla. Sus rodillas comprimían el pecho acezante, las manos frotando las punteras de los zapatos y sus ojos idos a la hambre que bramaba su rojez. Por fin arcieron plenamente los leños. Tomó la cabeza de la tórtola, pasando su boca húmeda por el pico. Sacudió sus sienes de una congoja que tendía a propagarse. Le temblaban las manos entre la humarada que ascendía, hasta el tumbado, en densos haces.

—Mishiquito... toma—toma, acaba de comer a mapa tórtola qué has muerto. Toma el piquito... ve... rico es! Toma—toma, gatito romano de la ña Techa... acaba—acaba!

Quedamente, el Juan daba los despojos del ave. Pasó sus dedos por el arco del gato, a todo el largo del cuerpo de la bestia. Con dulzura extraña... Runruneaba sus gracias el romano, cuando unas garras le afianzaron el co-

gote. Mayaba el Chaplín, levantando en vilo, con sus patas debatiéndose en defensa de su honor. El guambra zapateaba su venganza, girando al compás de las llamas con el animal empavorecido bajo la presión de los dedos atenuantes. Daba vueltas, bailando como las kurikingas de las fiestas indianas. Bramaba entre sus labios semicerrados un dolor incontinente. Fatigado ya, con un ímpetu certero, introdujo al gato dentro de la hornilla que habría su fauce de rocotos ígneos. La olla de mote estaba encima y la portezuela bien cerrada, no había medio de que escapase el asesino. Bамboleó el trasto, derramando un poco de agua a las brasas que chisporrotearon con olores conjuntos de la piel del Chaplín que se tostaba. Vió la lumbre, por un resquicio del aro en que se asentaba la olla. Se le vino a la mente lo que León le chaspara el pecho al Pacho... La leña encendida daba vueltas a los golpes pavoridos de la bestia... Mordió unos motes abiertos de dulzura el Juan. Sonrió con orgullo, y precisó que el reloj daba, distintamente, la una de la mañana.

5--

Al día siguiente, mientras despedían a los remeseros, llegó de la hacienda niño Agucho. León se puso contento contemplando la tez quemada a puro Sol y los músculos de su cachorro. La Mica se embelezaba, absorta, en la contemplación del hijo. No había duda, era hijo de ella misma! León condujo al joven para que dé cuenta de las cosas de Sunag Allpa.

—Oye... Juan... toma pes aura cuchara, regala pes a Angel. Yo ya voy!

—Perro este... indio debes mismo ser!

Portados estaban los patrones al enviar en camión de vuelta a los runas. Pero... mandaban herramientas solicitadas.

—Hasta otro día, Juanchito... hijito... Recordarás de taita...

—Ash... mapa viejo!

## CAPITULO XI

Entrando León, abrazado de Agucho, en el cuarto de Luis, vieron que éste se deleitaba leyendo Caricatura. De espaldas reía, reposando sus patas en un escabel de seda. Se torcía a cada chiste pornográfico.

--Luisito... qué es eso? Un sacerdote como vos, leyendo estas indecencias!

--Es que... papá... Un soldado de la Religión debe saber de todo para combatir el pecado nefando. Por eso leo.

--Hum! Bien. Ve al Agucho! Todo un hombre! Cría mía pues!

--Está transformado el mequetrefe este!

--Y vos también, «santo sacerdote»! Jaja...

--Bueno... hablemos en serio. Qué nos cuentas, Agucho?

--Papá... pues... de Sumag Allpa he de darles malas noticias. Temblore va haciendo el Pacho...

--El runa marcado por mí?

--Sí, papá. Ladrón de ganado, en grande, se ha vuelto. Todos los runas le ayudan. Y no he podido hacer nada.

--Cuenta, Agucho, cuenta pronto! Qué puedo hacer?

--Mandé a traer un piquete de policía de aquí, para ver si cogía al runa ese. Pero, nada!

--Cuenta detalladamente, todo!

--2--

El indio, abigeo por amor de la Dumi, se hubo cimentado con venganza en los ápices de sus cerros, patrón. Era el temblor de los que no le ayudaban. Robaba, de día claro, con la desfachatez más grande, en medio de la aprobación de sus colegas. Cuando le marcara Ud., amo, huyó a Balao. Allí se hizo hombre, entre montuvios y gente de machete y de pendencias. Regresando a su llacta de naencia, sin el halago de una sonrisa de mujer principal y permanente—taeya huarmi—sin el estímulo de surcar arando una faja de terreno suyo, aunque sea por concertaje, vió en el abigeato una puerta cordial a sus músculos machos. Ninguna choza le tendía brazos de abrigo; la Dumi, perdida en el tumulto de la urbe morlaca... Cerradas las haciendas al trabajo honrado de sus biceps, se lanzó a la libertad de tomar lo que quisicse, seleccionando lo más opimo de las chacras y lo más destacado de las manadas patronales. Al principio despojaba solo, sin asistencia de indios extraños, los

corrales repletos de toros sebones y de vaconas lucientes. Se los llevaba al litoral, para venderlos. Descansaba unos 3 meses, y de nuevo volvía a la carga, con cautela, sobre seguro éxito. Era ahora el Pacho Muyudumbay! terror de yalles y de hatos! Entonces, ante el impulso de su fuerza solitaria, pero eficaz, se presentaron compradores de Cañar para cerrar con él tratos excelentes, de utilidad equitativa. Los mismos bueyes le segufan de buena voluntad al novio de la Dumi. Primero robó los toros de su predilección, de su perdición mejor. Con machete afilado al extremo, hizo cecinas los miembros de las bestias; con saña, como si ellos, exclusivamente, tuviesen culpa plena de su desgracia. Como gozaba ante los despojos de las vísceras de los toros Murungu y el Barroso! En su cueva del hato, en la parte más encumbrada de los Andes, allá donde sólo los pumas suben rara vez, dominaba su palizada el corral de bovinos que dormían allí unas 2 o 3 noches para bajar a las tierras abrigadas y promisoras. Nadie osaba penetrar en los linderos de la propiedad del Muyudumbay. Propiedad adquirida, en el despoblado puneco, a fuerza de orgullo y de coraje. Por no contrariar a su padre, Agucho, juntamente con los demás perjudicados, pidieron auxilio a la Intendencia de Cuenca. Cada corazón de indio se solidarizaba con el Pacho, avisándole todos los movimientos en contra suya. La víspera de allegarse al pueblo la escolta, el Muyudumbay sustrajo 6 toros de los dominios de Ud. señor Hazera. Riéndose, como si la faena fuera de lo más fácil, silbaba por los caminos, embromándose él mismo de su timidez en aquella su ocasión primeriza... Decía a sus compañeros, dos indios formidos, que se tuviesen tiesos en sus caballos y que avivasen las bocas con ajos, a que les saliese bien el robo. Entre todos, su banda se componía de 12 tipos, a los que enviaba donde su agente de la Costa con las recuas conquistadas. No. Agucho era el que más chillaba; pero no se atrevía a dirigir personalmente la batida; ni siquiera el David osaba alzarle el gallo al Pacho. Los indios esclavos del terrateniente de Sumag Allpa, se cuidaban de ocultar los continuos desafíos del Pacho, pegados a los árboles en papeles de tabaco, cada vez que robaba. Así, nunca León supo el reto del Muyudumbay!

A duras penas, los chapas indagaron, con amenazas, y chicoteando indios, el rumbo del Pacho. Volvieron al revés los montes en busca del cuatrero. Al dar la vuelta a una loma fría y verdosa de niebla, encontraron 2 cabezas degolladas, con cornamentos aun frescos de sangre. Los cueros y el resto de los animales no se hallaban. Los chapas, afanados en husmear el páramo, introducían los caños de sus armas entre los matorrales y disparaban, por si acaso... Daban culatazos a los árboles copudos y helados; picaban fuertemente en donde creían que había una zanja que pudiese dar entrada a alguna caverna subterránea. Atontados, se debatían los policemen en el lugar de la matanza de bovinos. No atinaban qué derrotero tomar. Cuando de prouito, silbos insultantes taladraron la maulería de los chapas. El político se engalló, ordenando que disparasen al ruido de los silbos. Trabados en las cobijas que les forraban, los gendarmes tosían, escupiendo en sus manos, tratando calentarlas; hacían flexiones, retardando la hora de afajar, porque el miedo estaba haciendo aguas... Había distinguido el mandón de la recua polícaica, encima de una colina, al Pacho y a sus compañeros. Los desafiaron a carcajada pelada, haciendo señas deshonestas con las manos y los brazos.



El Muyndumbay gritaba: «pondejos... ahí les dejamos los cueros de Uds. cachudo!» Si quieren la carne, vengan para despostarles! Mierdas... chapas cacas!» La gritería se expandía en la puna, con ritmo sostenido, sonando brava y distintamente cada sílaba de las palabras roncadas. Se congelaban más los números, por los inocos que no les dejaban en paz, por el páramo que empezaba a ponerse chúcaro. Sintieron que sus fusiles se prolongaban de sus sienes ateridas. Acuciados por el jefe y por el Político, empezaron a trepar la montaña. Dispararon... Ojo de hormiga los perseguidos! Oteando se lejanía temblorosa de azul, de cerro gris y de pajón salvaje, el horizonte se entraba a comerles los pulmonos. Un chapa, como si estuviese de plantón, pitaba auxilio... Tascaban el páramo furioso. El viento se envolvía a los cuerpos timoratos. A 3 cuadras de los chapas, plantaron sus bestias los cuaterros. Continuaron enseñándoles señas viriles y foscas de braveza a los desteñidos fusileros. El soplar alfilerado del pajón, impedía tender los rifles; más, con rotaciones de brazos, los chapas entraron en calor y descargaron su alimento mortífero. Una, 2, descargas cerradas, 10 tiros a los abígeos que huían montados en sus rata—caballos enseñando sus nalgas al aire, en bafa hiriente a los «carabineros» que no acertaban a afinar su puntería. Hechos una luz, volaban los cuaterros, ventoseándose en las balas. Se veía claramente lo que la yerba levantaba irisación de rocío al correr de los caballeros. Despertaba la catalepsia femenina de las montañas instadas al galopar tenso en la Sierra sostenedora del valor de los centauros, cuyas médulas hervían de rebelión vindicadora!

—Ah... que se cuide el tal Pacho si le cojo de nuevo!

—Papacito... el indio ese gritaba que quería verse con Ud.

—Como si no le conociera a papá el longo ese, Agucho!

—Claro, Luisito!

El amo se palpaba su bolsillo trasero, empuñando la pistola.

—Ya verán ustedes, lo que hago un oscarmiento definitivo y radical!

—Y sería bueno papacito!

—Mucho me tomo, papá... Con cuidado hay que ir. Peligroso es eso ruña!

—Cambieemos mejor de conversación. Anda, Agucho, a hablar con mamá. Preciso quedarme solo con... «Don León».

Luis tuvo mala impresión de la cría de Hazera, cuando éste dijera a su padre que el indio quería verse con él. Optó por enviarlo, no sea que metiese otra vez la pata.

—Bueno, papá... ya sabrá la muerte de la mama del Angel, no?

(¿Y por qué no también del Juan Piñalo, Sr. cura?)

—Sí. Ayer no más ha sido eso. El David me puso un telograma. Chaso comedido... De fiebre dicen que murió...

Mentira! La Shishi rindió su vida por el mandato bestial del mayordomo que la obligó, de noche, a cruzar la tarabita para llevarle desde el corro no sé que hierba que curaba el mal de ojos.

—Efectivamente... así me escribe el Dr. Justo. De fiebre...

—Ah... se preocupa de lo que sucede en mi hacienda el curajo ese!

—Es que... como habían ido donde él para el entierro... y es bueno...

—Y ahora qué quieres vos, Luis?

León rabiaba al mentarle al párroco, porque algo presentía. Nunca habían hecho buenas migas. Y su rabia se acumulaba más, por aquello del Pacho...

—Papá... parece que la mama Shishi le debía alguna plata a Ud...

—Carajo... Cierito! Y yo ni le apuntado la deuda esa! Lo que nunca, se me ha escapado! Si hubiera acordado al comprar al Juan, mecachis!

—Todos mismo nos olvidamos... y en Ud. es justificable, tiene tantos roscas!

—De borracho me pidió plata la india, para comprar tierras a la banda del río. Recien casadita estaba la Shishi... y hasta era donosa...

—Y facilona ha de haber sido, no, papacito...

—Calla, Luis! Esas lecturas te hacen lascivo. No léas más de eso! No, no, no leas mas!

Sin hacer caso de la raspa de su padre, sonreía el cura, apretando en su bolsillo la carta del párroco Justo.

—Debe pensar en algún buen plan para que esa deuda sea pagada, papá.

—Ya que el Ambrosio es viejo... el Angel debe pagar! Hacemos unas falsas escrituras en el pueblo y decimos que las tierras le pertenecen a él... O hacemos cualquier cosa! Para eso tienen hijos las runas, a que ellos se endeuden por lo que deben!

—Pero... no sería mejor pensar en otra cosita, papá? Por ejemplo... El Dr. Justo puede comprarle la propiedad y Ud. les manda no más sacando al Angel y al Ambrosio con todos sus hijos.

—Pero...

—Tiene escritulos, papacito... Vaya! Acuérdesse que, si no le refrescaba yo su memoria, se perdía irremisiblemente eso. Vea: el Dr. Justo tiene un pedazo en el cerro, adquiriendo ese sitio, Ud., redondearía sus carboneras del monte. Le conviene...

—No está mal pensado... pero plata quiero yo! Qué me devuelvan mi plata...

—Haga esa obra de caridad, papacito...

—Por darte gusto...

—Haga la obra completa, de una vez. El Angel pertenece a esa propiedad, y debe pasar a depender del Dr. Justo. Qué le importa a Ud. un runa más?

—Es de mi hacienda, y es buen peón. Eso no!

—Pero si no es más que un runa... no ve? Y el Angel y algunos hijos de él han nacido en esa propiedad, arbitraria y fraudulentamente retenida! Son suyos, bien suyos los longos esos. Dele no mas... Haga ese obsequio, que ni vale la pena pensar, papá...

—Pero...

—Potros finos regala Ud.; ni se diga un miserable indio. Decídasel

—Vaya... en honor a la vejez del amigo tuyo... bueno. Anjichu!

—Angeeel! Ven pronto!

Desplegaba imperios el bello ordenador de León, coreado por el contento de Luisito. Los dedos del viejo jugaban con la cadena de oro que le tapaba su panza, sosteniendo el reloj. Balanccándose en puntas de piés, miraba al Angel: timorato, sosteniendo su sombrero en sus manos que lo daban vueltas bajo sus ojos azorados de estar junto a los amos; lijo, clavado en el

suelo, miraba hipnotizado la jergueta...

—Oye, Angel... ya sabes que tu mama Shishi murió?

La canallada tosea de la frase, dicha en sustancia baladí, rajó densidades de asombro en la hojarasca filial del hijo del Ambrosio. Sus pupilas huacicasamas crecieron ante lo imprevisto; dejó caer su sombrero... Miró de frente, cara a cara a los patronos, a ver si estaban mintiendo... Tuvo el valor de enfrentarse a las 2 miradas de los amos. Los gamonales comprendieron el dolor del hijo, y se lo apaciguaron cortesés.

—No te preocupes por el sombrero, álzalo no más, Anjichu.

—Alza no más, Angel. Tu mama murió... Pero tenemos que velar por vos.

—He pagado 50 sueres por el entierro; qué dices?

—Mama y laitito si tenían pes platita en poder de amo León...

—Platita? Qué plata pues, carajo?

—Platita de ajuste de Juan, amito...

—Estás tonto, hombre. Ayer le dí todo!

—Así dice papá, y esa es la verdad! No seas perro, Angel...

—Pero, taita curita... tierrita de banda de río también tenemos.

—Puede ser, pero tu mama me debía mil sueres, que le dí para que comprara la tierra esa que dices. Y no me ha pagado nada! Oyes?

—No porfies a papá Angel!

—No porfio, taita curita, digo no más lo que...

—Bueno... carajo, carajito, carajote y gran carajo! sea como sea, ya está vendida tu tierra! Ahora vos perteneces al cura Justo, oyes?

—Perdonando, amito... cómo haces pes eso? Tierrita que hey criado, tierrita que nací yo, que hey trabajado... tierrita que daba maicito... tierra nodriza para mí! Nuño alpita!... tierrita mía... Amito... Tierrita!

—No jodas más, está vendida, y se acabó!

Taita curita... piensa bien lo que hacen... Tierrita, ñuñu para mí!

—Basta de lloriqueos! Está vendida la tierra mía, he dicho!

—Si, Angel... no fastidies a papacito... Considera...

—Vos me debes un chuchal de plata, y tu taita lo mismo. Entiende que vendo esa tierra mía, oiste? mía para cubrir la deuda dejada por mama Shishi. Para que no se me roben lo que he dado yo!

—Amito... yo ca pagaré deuda de mama... pero tierrita que quede no más conmigo... Tierrita de crianza es! Taita curita, tierrita... huínachi Allpa!

—Ajo, no molestes a papá!

—Huínachie Allpa... ñuca allpa, amitos...

En ojos de hombre, lloraba el indio en la punta de su poncho, ante los gestos desapacibles de los gamonales. Era el mismo Anjichu que criminará al mayordomo, el que sollozaba por la propiedad de su infancia, sustentada a punta de sudor suyo y suspiros, con posesión de tiempo y de faenas que penaran a surcos y simientes el dorso estable de la tierra sustentadora. Hi-paba, en quejido de monte despedazado, en descuartizamiento de huracán.

—Háblale voz, Luisito, a que no sea bruto!

—Angel, hijo mío... escucha! Amado hijito en Jesucristo... Dios nos manda soportar las tribulaciones que su divina gracia nos envía, para probar nuestra paciencia y masedumbre. Sufre en silencio, humildemente...

—Pero... tierrita... ñuñu allpa! Huiñachic allpa...

—Angel: el Supremo Creador Todopoderoso al hacer el mundo, formó 3 razas diferentes personificadas en 3 personas, en 3 hombres. Creó al blanco, para que domine toda tierra. Creó al negro, para que sirva al blanco. Y al indio, para que sirva sumisamente a los dos. Así procedió el Creador en illo tẽmpore. Angel, obedeece a Dios; obedeece, hijo; obedeece runito; bruto, por la gran... hostia!

—Oye la santa palabra del sacerdote! Acata a Dios!

—De ser de Dios, dejara con tierrita a mí!

—Blasfemo, réprobo!

—Cómo te atreves a zurrarte en Dios, idiota?

—No hey suciado nada, amitos... Digo no más que Dios dejara a mi tierrita... Si el hablara...

—No sé por qué me contongo de desbaratarte de un puñete! Sois una mula! Vos también pasas a propiedad del cura Justo. Así no se te quita nada a vos, penitente!

—Apenas termines tu huasicamato, te vas donde el cura Justo!

—Ari... amitos, ari...

—No ves que papá le educa al Juan?

—Longo vendido está pes, tiene miso que educar...

—Carajo... carajito... carajote! Ya miso le pego a este pendejo! Si no fuera porque faltara el respeto a la corona de un santo sacerdote, te desbarataría, animal, yegua!

—Conténgase, papá. Es bueno ser misericordioso con esta raza inferior.

—Lárgate ya a la cocina, Angel. Y ni una palabra de la muerte de tu mama al Juan, oyes?

—Ari, amitos... Huiñachi allpa! Ñuñu allpa...

Cuñas desgarradoras tendían los iris del runa, obligándole a derrumbar sus miradas a la boca de su poncho arreando banderas desahuciadas. No estaba en el agro, expandido de rachas valerosas, para infundir sexo macho a los paisajes. La ciudad lo estrechaba con cerco siniestro. Si el amo León se atreviera a cruzar el río de noche... pero qué, laichtu corazón de cuy! El Pacho se le presentó sonriendo, con todo su prestigio burlador de la Ley; lo veía dentro de sí, palpablemente. Escalofríos convulsionaron las vértebras del runa, cuando recordó los papeles de desafío que el Muyudumbay dejaba cada vez... Lamentó haber escondido tantos, pero creyó que hacía un bien al Pacho... El Angel se había engrillado al embargo de su vida, de su propia sangre, por los subterfugios arteros del patrón. Su tierra, madre adoptiva, ñuño tierra, huiñachi allpa; la tierra... su andador suave para sus primeros pasos aplaudidos por la risa de mama Shishi... La casa edificada ferrón a teja por su padre; todo lo hecho por las mismas manos de ellos; la tierra en que se enamorara de su huarmi... Huiñachic Allpa! Todo iba a propiedad extraña, bajo la corona bellaca del cura Justo, que adquiriera también los músculos del Anjichu considerando su hombría en menos que el valor de un semoviente... El rostro del Pacho lo audaba raspando la sangre; sentía élicos sus poros para dar albergue a la figura emblemática del abigeo glorioso de braveza! Risotadas tras la puerta del cuarto que dejaba, escalofriáronle, esqueletando la tragedia suya al imaginar las caras de los

amos, riendo... El vil cambalache de los laichus remeció la sangre del indio en vibraciones lícidas. Intentó regresar, para aducir argumentos legales que le brotaban a su favor, pero... el chicote del amo enlazó con su bota la razón, virtualmente, doliéndole las yugulares, tal si hubiese recibido un trallazo. Le sonaron las palabras, no proferidas, como golpesadas por un tambor al que hubiesen apedreado sonoramente. Reventaban dinamita en sus oídos los gritos del Gustavo y del Antuco, sus futuros amitos... Se divertían en un trapecio; fijo en el pasamanos del corredor, encima del zaguán; volaban sobre el empedrado del patio... Y el Juan estaba con ellos... sachá laichu! Las 3 cabezas cargaron hondas de venganza en el Anjichu. Nadie había en los corredores. Estaba la casa sólomente llena por las risotadas alegres de los niños. El Anjichu, junto al amarre del columpio, imaginó que se balanceaba desde sus mismos nervios, donde estuviese retorcido el trapecio. Le escocía la tirazón de las arterias maculadas, tanto... que, sin ningún esfuerzo, desató precipitadamente los cabos atados al barandal, con sólo flexionar sus bíceps agitados de venganza. Chicotearon las cuerdas, silbando, al darse de corona contra las piedras del patio, los 3 chiquillos. Ayes impetuosos agujerearon los oídos femeninos, desbocados desde el costurero al socorro de los chicos, que berreaban en su propia sangre. El Anjichu... qué lindo que sopla la candela en la cocina!

—Ma... mita!

—Nos caímos!

—Antnquito... Gustavito...

—Mis guaguas!

—El mitayo del Juan, que les pone en esto a mis hijos, ha de haber tenido la culpa de este desastre.

—No, niña... no sé qué también... pasaría... Bien pusé amarrando la sogá!

—Pero, mamita... cálmese! el Juan no tiene nada la culpa...

—La Techa siempre defendiendo al runa este!

—Pero si él mismo dice que amarró las sogas! No te metas, Techa!

—Nos caímos, mamita... el Juan...

—Ven acá, perro este! Ahora te voy a castigar, pero bien duro!

—Juan... ven un momentito.

La llamada de Luis, salvó al longo de una segura reprimenda. Arriba, en el corredor, las cholas espectaban, pero una voz raspó los oídos de la patrona, dejándose oír, distintamente: «Corre, Juan... no vaya embestir vaca mañosa!» Era la Dumí... El Anjichu había pensado tanto en el Muyudumbay, que él estuvo presente en las sangres de los oprimidos... Y, mayormente, en el subconsciente de su novia.

—Quién de Uds. fué la atrevida?

—Avisen, indias brutas, quién insultó a mamita?

Faltas de consecuencia, las cholas callaban, pero sus ojos acusaron a la Dominga. Sólo la Michi permanecía sin mirarle siquiera.

—Ajá... con que vos fuiste, no? Ya subo!

—Castíguelo, castíguelo, mamita!

—Esperen, guaguas, ya voy a hacer un escarmiento, a que se diviertan! Vengan a ver. Callen ya...

—No sea malita, mamita... no le pegaré muy durote a la Dumi...

—Vos, Teresa, siempre en contra mía y a favor de los largos cauallas!

—Te haces a la china, Techa, y no ha mamita. Aura verán!

—Pero... Eloísa... hay que ser humanos!

—Primero tu madre, mala hija! Llèvele a la cocina a la india perra!

Pronto! Trínquente bien!

Hipando, escondida su cara entre los brazos, la Dumi estaba ceniza de pavora. Sabía de antemano el suplicio que le reservaba su ama. La Michi suspiraba, apenada de no poder intervenir. En un relámpago, brotó en el pecho de la víctima la imagen del Muyudumbay. Turbiamente, pero con percepción suficiente para comfortarla.

—Ayau... bracicó! no me pellizque tan duro, señó Popa!

—Por lisa, mercecs más también! Que te pegue la niña!

Pegado junto a la puerta de la cocina, bullía en auge de candela el brasero de aplanchar. Silenciosas, las cholos acataban las órdenes de la Mica. Vueltos sus ojos, el Anjichu sentía la escena rasguñándole sus pulsos. Hubiera podido declararse culpable, pero... La tierra de la cocina formaba gricatas sucias por el agua derramada, igual que un rostro acongojado.

—Ya trajiste, Eloisita, el huevo que te dije? Bueno, traí. Y ciúdense a la longa! Cuidado, se escape!

La Mica, en persona, quebró el huevo en la punta de la mesa, colocando las cáscaras vacías en las brasas. Esperaba impaciente a que, se calentasen a su máximo. Con el dorso de la mano, la china tapaba sus ojos, temblándole la vida en sus nervios aventados.

—Quitate los dedos de los ojos y ve! VE! esto es para vos, china madita! Atrevida, por insultar a tu patrona... ve lo que te espera!

Todos tremaban sus carnes, fijas las miradas en las actitudes de la patrona grande que no cesaba de acercarse a la Dumi y constatar si estaba mirando al brasero. Temblaban insistentemente las mejillas de la Mica. Sus manos, epilépticas de furia, no atinaban dónde situarse.

—Ya está hirviendo la cáscara, niñita...

La vieja tomó la cáscara con una hoja de col. El calor pasaba. Las demás cholos contemplaban, casi sonreídas. Centelleante pasó por el cerebro de la mujer de León los malos tratos del marido, las rabias que sus hijas le hicieron tener, la huída de la Michi... Recordaba que Hazera le había dicho que era nada más que una mula paridora... Pero «aura verán quién es la mula paridora, caraspá!» Atraídos por los pasos agitados de las cholos, llegaron los amos.

—Váyanse Uds. de aquí! Nadie les ha llamado! Agucho, León y Luis... ya, largo, largo! Esto es solamente cosa mía. Váyanse!

—Qué Miquita más brava...

—Que te largues, León! Ya te he dicho!

—Vamos, hijitos, vamos... A esta mujer no le pasa ni una bala!

A empujones echó a los hombres del corredor de la cocina. Tremaba con la cáscara en la mano.

—China esta... venir a insultar a la patronita que te ha dado todo lo que sois... Quitá las manos de la jeta, animal! Que quites las manos de la jeta, animal! Obedece, no seas bestia! Que quites las manos de la jetaza, digooo!

—Perdoncito, niña... ni más! Perdoncito... Por Dios!

Sólo la Mercedes sufría; solidariamente. Los chicos y el Juan estaban en un rincón, mirando ástustados y gozosos. Garras estrujaban todos los corazones, que respiraban fuerte. Titilaba el día en el vapor de la cáscara.

—Que quites las manõs, he dicho! quita las manos, bestia! No me obedeces... Dios mío! Por Diosito... quita las manos, Dumí! quita las manos... no seas malita... una polca te de dar... quita... dame este gustito! Quita, carajo! Quita, china puta, vay!

Rugió el gamonal con faldas. Exigía la presentación sumisa de los labios temblorosos, para quemarlos con la cal ardiendo, sonando su corteza roja, vetecada con fajas igniscentes. No pudo más la china. Le ardía hasta los huesos el gesto de la amita. Una palabra se encabritó, colérica, desde los cimientos de sus venas. Bramó, con voz de becerro agarrado entre las garras de un tigre. Los presentes se alearon...

—CARRAJOO!

Con un estrujón, desasióse de las verdugas. Coloreando ajíes en sus pupilas y electricidades tensas en sus mejillas remolinadas de coraje. Le dolía la quemadura hasta lo más vivo de sus entrañas.

—Cójale de nuevo! No ha chirriado la cáscara en la jeta de esa bándida! No vale la quemada! Cójale! Eso quería yo: ver y oír sonar la cáscara!

—No, deje ya, mamita. Ya le ha quemado bastante! No más...

—Por Dios, mamita, ya basta!

—Tanta crueldad, es feo, mamita...

—Qué se habrá creído el León? que él sólo sabe quemar el pecho de los indios? Que vea esto! Que sirva de escarmiento, radical y definitivo a las demás cholos, lo que acabo de hacer!

Desvaídos sus coloretos, estaban azogadas las niñas, agarrando los brazos de su madre aventados de llamas. Sentían miedo y asco incontenible y un rodar de círculos morados en sus sienas convulsas.

—Si, hijitas, si... por Uds. le dejo a la china esa. Chola perra! No sé qué hablaría de rabia! Dios también, con su divina gracia, ha de disimular esto. El también hubiera hecho lo mismo! Vamos a rezar. Adelanta, Eloisita. Y vos, Techa, cuidado con curarle a la louga, eh!

Amparando con sus pechos las espaldas de sus hijas, marchaba la patrona, contoneándose de su poderío. Por lo bajo comentó la Michi.

—La niña dijo que sirva de escarmiento esto... jajay! Eso hará pes con sus chinas propias... Lo que es ami... se equivocó! Para eso hay policía aquí en Cuenca!

—Si pes, seño Michisita. Y ahora ir a nombrar a taita Diosito, con esa boca llena de sapos y culebras! Vay...

—Los rezos han de limpiar no más pes la boca de la niña. Niña es...

—Si una chola hubiera hecho eso... condenada estuviera! Como son grandes todo se les dispensa... ja!

—Y como la niña tiene hasta hijo cura... mejor!

—Ojó pes... allá entre blancos!

Avidamente buscó la Michi a la Dumí. Acariciándole, la consolaba, mostrándole un libro con estampas. Regalándole una blusa de medio uso, la Michi fué a comprar aceite de nieve para aplicarle en los labios carbonizados

a la novia del Muyudumbay.

—Seño Michisita... Dios sólo pague!

—Dumicha... calla, calla... Somos mártires de las patronas. Mártires de veras y ya Dios no ha de bajar a redimir a los cristianos!

—Ay... Pachó... Pachito... Pachó!



## CAPITULO XII

«Que cojegoteras más orático! Creyendo que mi guagüito es de él! Pero me conviene mismo que trague ese hueso. Hasta aurá me ha dado 15 sueres! Bien se ha portado el baboso, aurá mismo dijo que le reciba lo que iba a coger de las raciones. Trabajo me cuesta venir a la Policía... Estas cholas tan sucias y feyas!

En la acera, fronteriza a la Chapería, las mujeres de los policías contemplaban al centinela: orondo, con fusil orinecido arrimado a su pantalón pegado de remiendos descoloridos. Le había cogido el tema de hacer la guardia en el mismo umbral de la puerta, por que de no... se paraba en mitad de la calle, y a todos los que pasaban por la Prevención les daba un «alto» formidable, que hacía asustar a los gallos de la zapatería. Dentro de la zahurda, gran bulla de patas cuadrándose ante el Intendente sentado tras una mesa sebosa, repartiendo plata. Cuando alguno recibía su sueldo, le caían los acreedores permitidos estar junto a sus víctimas. Les arrancaban la plata, con rapiñería inmisericorde, ante el gesto humilde que ponía el número. Antes de que el chapa se diese cabal cuenta de a cuánto montaba su quincena, ya estaba sin medio. Nada le quedaba para sí y su familia. «Tanto de ropa, tanto de lavado, tanto de botica, tanto de zapatería...» Y la voz del Changa Andrade marcaba el total exiguo al suspiro del policía, que no tenía en sus manos más que unos sueltos; de los 24 sueres 75 centavos, apenas le quedaban 5 sueres. Esto a los que no tenían deudas por todo lado. Los unos robados por chulqueros, los otros por las artimañas de un Comisario Nacional que les adelantaba plata a los chapas, para cobrársela, personalmente, el día de pago. «Señor Intendente, este me debe de lo que le gané en el volleyball... Este me debe de la apuesta que hicimos a ver si Ud. venía con el terno café o el negro... Este me debe de lo que jugamos a la pinta.» Cuando terminaba aquel acto de vandataje, el Comandante se iba; y en la puerta, el chapa de guardia se cuadraba enérgico, y de su debilidad extraía un grito estentóreo: «Intendente General de Policía, cabo de Guardia!»

—Diga, señorcito... al Melchor ya le pagaron?

—Si es el primero que está en lista...

—Vay... dé llamando.

—Mujercita es Ud?... ja!

Las chapulas de los policías comentaban lo que el gendarme dijo a la Michi si era la mujer del Melchor... «Qué ha de ser pes nada mujer del Mel-

chor... Rebozo fino tiene, zarcillos dormilones tiene, perlas y rubíes en las orejas tiene y zapatos de hule tiene... No nos ven a nosotras? nosotras si somos las verdaderas mujercitas de los chapas! Sucias, pero no por desaseo, sino porque no mismo tenemos otra postura que remudar. Nuestras guaguas oliendo, de por vida, a pura suciedad, a meados... Esa chola qué ha de ser, bien comida, la mujer del Melchor!» Les ardía los ojos a las guarichas, contemplando a la Michi hecha un anís. Pero la Mercedes estaba altiva, pensando en cómo le eriaría a su guagüito. Y no encubría la cintura. Allí estaba su vientre, a que todas se fijasen en él! «Y qué habido, carajo? Mi trabajo me cuesta!»

—Preñadota está la chola que dice ser mujer del Melchor...

—Cuando no ha de tener pes otro Melchor caballero... Jay!

—Vaya, a la fuerza pes. Onde León Hazera sirve...

—No ven? De casa grande, y con trasero de molino... tiene mismo que ser togada pes!

Ruborizaba la Michi, presintiendo los comentarios. Pero la presencia del Melchor la compuso.

—Vamos, aca no más, Melchoreito... Por qué tienes pes esa sangre en el calzón?

—De jueguito es... paloma!

—Da pes lo que ofreciste... ya voy cerca...

Con sus manos terrosas, el cholo mostraba su entusiasmo apretando la comba de la chola tumbada entre las cañas de Sumag Allpa. Gozaba, raramente, en viril ostentación de paternidad, en gesto de sembrador designado a perpetuarse.

—Donosa estás, Michisita...

—No, puedo estarle más. Un recado diqué que iba a hacer. Me voy. Da la plata, pronto...

—Palomita... no tengo más que estecito... el juego de gallos...

—Pero jugarán pes gallos en la Policía?

—Eso no más...? pish! Hasta pinta se juega. Trago heben los de espada y mayorca también; los de yatagán, pura chicha. Jugamos todo, vieras: bolas, tangán, chaupi... Y si por nuestra desgracia ganamos los chapas... al cepo! a la barra! al emparedado! Toma, siquiera, estos 2 sueres.

—No, 5 ofreciste. Da pronto!

—Pero, Michisita...

—No digas, nada. Da pronto. Aura conozco que sois albañil badulaque!

—No digas que soy albañil. Toma. Chapa soy aura, cuidador del orden y la seguridad!

Encantada, la Michi se marchaba ya cuando uno de los comisarios, observando a la chola...

—Buen cuerito te gastas, Melchor! Dichoso!

—Quién hace lo que puede, Sr. Comisario... no debe más!

—Longo brutal! Qué está pes el señor también... Honrada soy yo!

de bebé, orillada con piel blanca. Su frutecer se gestaba tranquilamente; siempre fajándose el vientre para que las niñas no lo notasen. Una vez en la cocina tuvo náuseas, pero le dijo a la Pepa que el zambo que comiera le estaba haciendo daño. Más, la cocinera, con sorna, le espetó: «Si pes, señor Michisita, el zambo ha de ser. Para eso es bueno purgarse. Púrguese, bonita... aunque ya no sea tiempo!» Cantaba ahora un arroró de maternidad y de dulzura. La Techa se quedaba extrañada de la modulación sentida.

—Lindo, lindo mismo cantas, Michi. Dónde sacas vos esos cantos?

—Ay... niñaíta mía... se aprende pues!

—Y cómo una no canta así? Algo tiene lo que cantas, Michi, que golpea en el mismo corazón.

—No sé pues, niña...

—Yo también cantara así, de no tener penas.

—Penas, su mercé, niña Techita? Por qué pues? Ya no se desenojó con el ño Guillermo.

—Pero... todavía tengo una pena... Vos no sabes de esto, como nunca has querido, no comprendes...

—Y... esto qué es pes? No he querido... jaja!

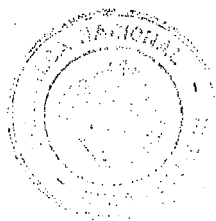
—Qué pues, Michi? Qué, dí!

—Yo burra... también... El verle sufrir a Ud. pes niña. Eso quisé decir.

—Ah... siempre has sido buena vos.

—Sí... siempre he sido buena... «En esta cuna bonita—mi niño duerme... Dulce te daré, angelito,—cuando despiertes...»

El canto ascendía desde las entrañas maternas y se trenzaba en el bordado. El Sol inflamaba con más albura la piel de la gorra. Una congoja arañaba la garganta. Y ni siquiera niño Agucho se preocupaba de ella, para nada bueno; alguna mañana, cuando la Michi iba darle el café en la cama, la agarraba y, sin decirle ni un mimo, probaba una vez más su bestialidad encima del fruto que estaba creciendo... La chola, sin fuerzas para resistir los desmanes del joven, entregábase sumisa; llorando luego el proceder del niño, que no le daba para el ajuar del nene. Lo que más le dolía era que, cuando el niño la poseía, todo el día le estaba diciendo: «Cholas estas del cuerno, hay que darles duro, para que anden suavitas. Llevadas por el mal son!» Cantaba sumida en cavilaciones, sin que la Techa, reparáse en el estado de la Mercedes.



## CAPITULO XIII

Carnaval encendía de entusiasmo los pulsos de la ciudadanos. Las cholas andaban con sus cabezas blanqueadas, y por las noches se empapaban de agua. Faltaba algunos días, pero ya se anticipaba el ansia de folgorío.

El Juan, con las piolas de una hamaca vieja que se encontrara en la despensa, tejía una guaraca. La trenzaba con ahínco, complacido y gozoso, en contracción enfermiza de sus nervios, recordando que su padre, el Ambrosio, le enseñara el nudo más firme para tramar las hondas sonadoras. En la hacienda dejó la suya, pues juzgó que en Cuenca no pegaba la caza del allpa —urpi. Ninguno supó en la casa de su menester fabril. Hasta a los niños del patrón les ocultó su trabajo, creyendo que le delatarían si no les regalaba la honda. En sucama, tarde de la noche, torcía los hilos, a oscuras, a puro tacto, iluminado sólo por el temblor de su emoción, conteniendo el aliento crecido en la timiebla que se hacía luz en sus manos afanadas. Situando toda su vida en la guaraca, se esforzaba por hacerla a conciencia. A la mañana, fajaba a la cintura la honda, casi ya apta de agresiones.

— 2 —

El también bulló su alegría en la fiesta de los amos. Más, estaba ansioso de que terminase el Carnaval. Esperaba el Miércoles de Ceniza. Ese día sí que era exclusivamente suyo. Cura Luis había ido a Paute llevándose a la Carmen, dizqué de ama de llaves... Le extrañaba al tonsurado. Comparó al cura que hoy celebraba misa, en el oratorio de la niña Mica, con el Luisito. Dejándose signar su frente con la cruz que le asentaba el solanudo, no tuvo ninguna emoción de religiosidad al sentir la ceniza aun caliente.

Oprimida la cintura con la honda, esperaba el rato del almuerzo. Todo, todo preparó a conciencia. Le brincaban pajareros los nervios al longó. Cuando la familia Házera se sentó a la mesa, con sigilo, bajó a la huerta donde tenía un muñeco, de tamaño natural, colocado en lugar donde nadie lo descubriese. Llevaba poncho el Juan, él, que impusiera y rogara al Anjichu que se despojase. Cuidadosamente puso de piés al pelele, observando con ojos inquietos todos los lados del huerto. Temblaban sus manos enfebridas, afianzadas en la paja. Retiróse a 5 metros de distancia, pisando, de atrás, un montón de piedras chicas. Desamarró la honda, admirando lo que el Sol brillaba en los colores de la piola. Le parecía al Juan que se aliviana-

ba de un peso que desde hace días le venía engarfiando su cintura. Mecía la guaraca con la misma delectación con que la tejiera. Restalló los extremos, probando su elasticidad. Luego, con un pié adelante, compuso actitud gallarda y desafiante, de combatiente aguerrido. Cruzó las alas del poucho a sus espaldas que no temblaban, sino que estaban crispadas en una espectación tranquila, de lucha. Con brío de macho, parado abierto sus piernas, en gesto de quién se afianza al suelo para herir...

—A ver ya! Carajo! Mitayo bándido, gólpia pes, carajo!

Guaraquéó la piedra ululante, en remolinos, haciendo sonar el aire que se ponía en el círculo mortífero de su honda. Dió en la cabeza del fantoche una pedrada valerosa. Sonrió el Juan, feliz del golpe. Continuó disparando, enardeciéndose en sus aciertos destructores. Profería palabras gruesas, salpicadas de escupitajos de furia, repitiendo a cada rato:

—Pucara! Pucara! Pára, valiente! Aquí estoy yo!

Saltaba, como esquivando los tiros del guñapo, meneando su cabeza, tal si en realidad estuviese puesto el sombrero guerrero de las 7 suelas de res. Reducidos los ojos, brillaban perros bravos en su sangre, ladrando su brazo al voltar de la guaraca relampagueante de victoria. Ni se fijó en el Istico, azorado en la entrada del solar. Este huasicama, al ver los movimientos alocados del Juan, quiso darle un susto y, agarrando un guijarro diminuto, dió en toda la frente del longuillo peleador. Turbándose ante lo inusitado, detuvo su ímpetu el Juan. Tocó su frente, admirando que no tiñese la sangre sus dedos; recorrió convulso todo su cuerpo, palpándose. Detenidamente, con recelo, miraba al muñeco; cauteloso fué hacia él; le pellizó, moviéndole para ver si estaba vivo, si no había sido él quien le tirara la piedra. Una carcajada a sus espaldas le sacó a la realidad. Reponiendo su coraje disparó su honda contra el Istico, mientras su mano diestra flameaba.

—Shuyay, Juancito... no seas mal runa!

—Así debiste pes decir al principio. Hablando se entiende gente! Y no estar tirando piedras. Casi te jodo!

—Solito estás jugando?

—Sí... más creí que alguien golpiaba! Ve como tengo a runa enemigo mío!

—Y vos cómo sabes pes ese juego, Juan? Runas en Sumag Allpa no jugamos, sólo quinjeños juegan... con los de San Juan.

—Ven, ven te cuento. A vos solito! En hacienda runas ca no jugamos... Espera... Pucara es! Pero... falta mismo explico para decir lo que es Pucara! Caracho!

Sin ruborizarse ya de su origen indio, relató que su padre le hubo llevado una vez a Quinjeo para ver el desafío con los de San Juan. Ambos partidos eran temibles en la comarca. Por la rudeza de su lucha y la talla corpulenta de los combatientes. Se vivían cuidando todo el año para lucir sus músculos desnudos en la época brava, donde las hembras se enamoran del más fuerte y los hombres salen gritando el alba en sus roncas expresiones de vindicta, de imperio racial y dominio de sí mismos. En tiempo fuera de Carnaval, andaban engallados los victoriosos, expandiendo sus tóraces repletos de brío, crudos los ojos de orgullo, con sus frases expresivas de altanería dominadora. En ocasiones jugaban varios grupos desafíos colectivos que derramaban las montañas, con sus gritos belicosos, a la paz de los senderos.

Pero era preferido el combate por parejas; un runa para otro.

Encaramados en colinas cercanas, con Sol en sus pupilas y la luz untándoles sudores en los muslos relucientes de su bronce carnal, comenzaba el duelo. Con gentileza, con delicadeza suma, con venias elegantes y circunspección para la muerte. Flotaban los calzados al aire, punzados por los relazos de las cotonas y camisas viejas que se deshilachaban al horizonte tremante de impaciencia. Disparaban sus guaracas. Paraban los hondazos en los sombreros ampulosos. Al cinto se ajustaban estrellas de bronce, de hierro o de piedra afilada. Gritaban, sosteniendo el tono bárbaro en sus labios encorajinados de exterminio. Las jetas, desarticuladas en vibraciones tensas, estaban mordidas por los dientes apretados, comiéndose ellos mismos las paredes de las bocas híspidas de furia. Las pedradas, paradas en el cuero de res, sonaban como tiros, cayendo infánimes a los pies de los guerreros que reñan con risa siniestra, de sombras apretujadas de rencores. Agarrados por la rabia, los runas iban acercándose, socorridos por sus mujeres que, en los enfaldos de sus polleras, reunían los guijarros para el cari temerario y apoplético. Se curvaba la hembra alzando las piedras que miglaba en el hueco de su bayeta delante del vientro, muchas veces fecundado. Cabeceaban las voces, retumbando el horizonte dilatado de ilimitud angosta al impetu de los indios prepotentes y bríosos. Abrían los brazos, semejando sopesar los cielos en su gesto atravesado de actitudes varoniles. Con sus ademanes, de círculos incessantes en el voltear de las guaracas, estaban limpiando de nubes el azul, escribiendo mensajes y proclamas indescribibles a la altura, cernida de cóndores y del eco de las gritadas. Rebotaban las pedradas en las mejillas de las huarmis indefensas, iragando su dolor en marejadas de sangre brobotante; pero todas las indias estaban contentas de participar en la contienda, de ser útiles a sus caris valerosos. Circundando, lejanamente, a los que luchaban, el corro de runas comentaba las incidencias de la pelea. Bebían chicha, mezclándola con pólvora, y con el puño embravecedor. Estando próximos los desafiados, botaban con desprecio la honda que armara ojos furentes al paisaje chicoteado en los vuelos de las betas. Dando vueltas a sus muñecas los cabestros de las estrellas, las giraban, en esferas de gruñidos, en roncar de montaña lujuriosa. Lanzaban las puntas rútilas de Sol que entraba en las carnes del pecho lustroso de jadeos. La luz se incrustaba en el tórax del menos hábil, produciendo una faja de sangre que brotaba como entorchadura de condecoración pujante, donde colgaban, a cada lado, las medallas de las tetillas trepidadas.

Venía el carrusel ciego de lesiones. Canillas astilladas; brazos despedazados; trozos de bíceps prendidos a las aristas de las estrellas férreas que enseñaban su presencia como diminutos ojos extraviados de locura. Sangre. Arterias deshilvanadas de los muslos chorreantes; gritería flameada de turbidez malsana; mareo de muerte en todas las cabezas de los espectadores que, envaletonados, se retaban entre ellos, entablando la lucha colectiva, sin sombrero, ni estrellas, a todo pulso de sus manos cerradas en puños de borrachera. Y un ancho acecido de venganza circuyendo halos de vesanía al cuerpo rajado de los contendores. Los torsos al aire, la carne reventando en bocas de tomates maduros, los músculos apolotonados de ira sorda, espumantes las bocas anegadas de tierra... saltaban dentro del Pucara. Todos los latidos del

campo suspendían su expansión torno a los indios. Terminaba la hazaña cuando uno de los 2 rivales rodaba vencido, por la felonía de la materia, pero no por su instinto de herir, de destrozar, latente, aun encabritado para desfogar su rabia. Caído en el suelo, el runa derrotado pretendía erguirse nuevamente. Miraba a los árboles de pié, y se preguntaba cómo él no podía pararse también como ellos... Salía de sus fauces un gaseo de voz abollada, onvuelta en rabia impotente ya, mientras su corpachón bamboleaba como un saco relleno de carnaza y Carnaval. Muchas cabezas de los vencidos, al caer, eran tronchadas por el peso del sombrero pucareño. Pucara! Pucara de Quingeo y de San Juan! Los caminos levantaban sus trazos, semejjando chumbis, con tramas morenas, entre la grama de las quiebras punteadas de sangre vertida. Los pájaros, desde la altura, veían los coágulos que dejaban los combatientes; y so les hacía agua la boca, creyendo que pitajayas rojas estaban en agráz... No obstante, esa fruta era sólo la derrota de un indio, en combate con un ñaño de su Raza y de los surcos. Las arequias vibran ante la presencia de los jugadores de Pucara, restañendo las sangres calientes a alcohol y a chichas elaboradas de ahinco. El triunfador sacudía las laderas con sus gritos estropeados y su nervios de puma rijoso en plena línea ecuatorial. Era tenido como un valiente el victorioso. Y no había mofas para el vencido. Pucara!

—Tira vos también, Istico! Quieres... mejor peguémos los dos! Ya!

—No... niños están viendo...

—Sube, pronto, longo destructor! Canalla!

Asperá fué la reconvencción del Agucho y de Lucía. Le quitaron la guaraca, entre el llanto del Juan amostazado.

—Decir, Agucho, que a estos runas no hay cómo civilizarlos!

—Sí, Lucía. El runa es siempre runa. Aunque vista con mis ternos usados. Pero... quizá ya vaya dando.

Los ojos del Juancho, pasmados, se suspendieron en la leontina del Agucho. No se atrevía a decir que le devolviera la guaraca. Mas, viendo a la Eloísa, tuvo fuerza para suplicar...

—Patronita... diga a niño que devuelva la guaraquita...

—Qué hacía, Agucho, el Juan?

—Estaba jugando en la huerta, apedreando a un muñeco. Toma la honda.

Pero han de ver, el longo...! Con instintos criminales! Esto se debe remediar. Hay que educarle! Ya mismo!

—Diciendo Pucara, Pucara, estaba...

—Y emponchado el mitayo! No se civiliza este animal! Yo le voy a enseñar buenas maneras. Aura vorán; ya mismo metes en la candela esa porquería!

—Pero... ña Eloisita... deje no más! Perdona...

—No me obedec... has respetar tu casa, Agucho! Para que vales vos?

—Sí, ñañita, aura verá! Perro este... ya mismo a la cocina!

A pescózones empujó al Juan, que sentía milos de nervios trenzados a su guaraca, doliéndole a cada paso que daba... Retrocedió su recuerdo a la noche de la tórtola y del gato... Pero en ese entonces había sauer, mientras que hoy era el Sol quién le veía a él, mezquino, cobarde... el Sol que alumbraba los Pucaras de Quingeo! Un rencor le subía a la garganta, para

andarle pensamientos estoposos de impotencia. Si encontrara una piedra en la mano, y cargada su honda... Gruñidos apagados se apretaban en sus mandíbulas trituradoras de amargura esclavizada. Acaso si el Luis hubiese estado presente, no le hubiera dejado que le quemén la guaraca... Y decir que para esto él trabajara, confeccionando las sombras en el tejido de las piolas a que la muerte sea más segura: noche tras noche, de claro en claro! En la cocina las cholitas se pegaban junto a las paredes, asombradas de que el niño Agucho fuese a ese sitio.

—Ya, mete la guaraca en la candela!

Las niñas, con la Mica y el Gustavo, a la cabeza, esperaban los gestos del Juan. Na Techa no se atrevía a intervenir, mirando al largo que tomaba las cuerdas con igual delicadeza que acariciaba el buche de la tórtola. Unía sus manos el estudiantillo, en protección estéril. Lagrimándole las pupilas, observaba a las chinas y a los chicos de la Mica, através de una neblina tenue, temblonamente figuradas las imágenes. Eloísa era la más empeñada en demostrar su imperio.

—Aura verás lo que te pasa... Raza de perros!

—Pero, Eloisita...

—Calla, Techa! No ves que este largo tuvo la culpa de que los ñaños se rompan la cabeza, quedando sin castigo? Aura verá! Ordénale, Agucho.

—No Agucho... patroneito... la guarquita... no!

4 coscorrones, obligaron al Juan a destruir, con sus propias manos, la guaraca pucareña. El fantoche, destripado por las pedradas, se le veía dentro de sí, de los pesaros que achicharraban el corazón al largo. Sabía que las risas del pelele retumbaban en su médula; continuando con su carcajada siniestra, carcajada de paja podrida, que festejaba su victoria. Pucara! El largo veía que la boca del mamarracho estaba haciendo muccas de ironía macabra a su llanto bronco e incontenible. Rabia sorda se le subía al cuello, y decía, entre él:

—Carajo... que se me pongan delante mío, pero dándome una guaraca! Maricones de mierda!

Cuando se marcharon los amos, dejando abandonado al longuillo entre las cholitas, que no se comedían a mitigar su pena, el Istico lo cubrió con su poncho arador de la Sierra.

—Calla, calla, Juanchito... otra guaraca mejor he de hacer yo!

—Pero que no vean los amos malos... han de quemar de nuevo! Supay laichus!

—Ari, Juanchito... ari!

Acariciaba al Juan que pateaba las puntas de sus zapatos, desoando ensuciarlas con saña. Tomó un puñado de cisco del carbón y lo frotó contra las mangas del saco, contra las solapas. Rasgó sus medias y tirando la corbata al suelo, sollozó convulsivamente. Recordó de su taita y le dió pena el haber negado que le abrazase. Su poncho le abrigaba en alas los suspiros.

—Supay laichus! Taitito...

—Ari, Juanchito, ari... Supay Laichus!



## CAPITULO XIV

—¡Hombre... Aurelio! que bien llegas!

—Que oportuno, don Aurelio!

—Bien... tomemos un draque. Michi! Estoy en mi casa, ¿no? Agua caliente!

—Ya lo creo! Pide no más lo que gustes!

La Mercedes, dejando el draque en una mesa, desapareció guiñando sus ojos al Agucho, que ni reparó en la coquetería de la chola. Humeaba el aguardiente de Zhumir. Aurelio inspeccionaba el despacho de su amigote, deteniendo su mirada en los cuadros, en el moblaje, aguilatándolo todo en inventario de conocedor que pone precio. Le satisfacía la opulencia de Hazera. Regodeaba sus pasos en la alfombra de Huano, balanceando su corpachón en su muelle tejido.

—Sabes, Aurelio, que estoy contento de mi Agucho? Se merece toda mi confianza. Se merece pues!

—Gracias, papacito...

—Haces bien, León. Pues yo tampoco estoy disgustado de mi Guillermo. El maneja solito mi hacienda; y que chacarero ha resultado, hombre!

Cada cual, metía en los oídos del otro las frases alabanciosas de sus hijos; León, torcía sus ojos adiposos; y Aurelio asentía, con un movimiento de su frente colorada.

—Pero... en Sumag Allpa todo anda a la diablo. Agucho me cuenta que el David no es, ni un tanto así, de mayordomo, como el difunto Abrám! Ese era buen muchacho, y no llorar! Estos montuvios trasplantados a la Sierra, resultan unas guaguas envueltas para el campo!

—Y para colmo de males, don Aurelio, hemos sabido que el mitayote del Angel se ha sumado a la banda del Pacho. No dejan ganado en las haciendas linderanas y en la nuestra! Hasta en la suya han robado, don Aurelio!

—Si, Agucho. Supe que el Teniente Político solicitó a la Policía de aquí. Pero...

—Yo mismo dirigí la busca del bandido ese!

—Vos? bueno... Si, hasta de mi hacienda se han robado unas 20 cabezas. Pienso enviar a Guillermo a que se radique, de firme, allá.

—Si papacito quiere... yo también puedo hacer eso en Sumag Allpa.

—Veremos, hijo, veremos... Mucho tenemos que hacer juntos los dos!

—Mal runa es el Angel; y el Pacho, poor!

—Claro, como no hay quién les pare el macho! Yo mismo tendré que enfrentarme con ellos.

—De cuidarse son los indios, León. Acaso el Melchor se haya sumado también...

—No, don Aurelio. En Cuenca está él... Acaso si regresáse se hiciera ladrón también.

—León... mándale afuera al Agucho, un ratito. Preciso hablarte solo!

—Que secretos son esos, Aurelio? Puedes hablar delante de mi hijo, lo que quieras.

—No. Es mejor que no oiga lo que te voy a decir. Disculpa, chico.

—Bueno pues... Hasta luego, papacito.

—Se va enojado conmigo el jovencete ese... ¡jaja!

—Más respeto para mi hijo, don Aurelio!

Arrellanado en el sillón, sin hacer caso de las palabras de su amigo, Aurelio encendía un puro, relamiendo la hoja esmeraldaña como pezón de núbil. León golpeaba la mesa, la carpeta de su escritorio, bamboleando la botella de puro.

—León, amigo mío, predilecto compañero de faenas y de juventud... debo decirte que cuesta caro mantener una buena hacienda; pero que es más difícil aun mantener una buena muchacha. Pensemos en los hijos... bien; pensemos en nuestras haciendas... bien; pero... también pensemos en nuestras hijas!

—Viejo zopenco! a dónde diantre vas a parar? Tienes siquiera una hija? No sé siquiera lo que te propones decir. Por hoy, me interesa sólo el problema de mi hacienda.

—Pero si lo uno se arregla con lo otro, se empalman perfectamente! Vos sois el zopenco, León! El Agucho no podrá, solo, hacer nunca nada contra los ladrones. Mientras que acompañado, sí!

—No te entiendo. Verdaderamente!

—Toma un zhumir, para que se te abra la cabeza. No hay como el trago para hacer inteligente al que no lo es. Oye: has de haber sabido que el último robo en mi hacienda fué hecho hace 3 meses, no?

—Es cierto.

—Pues, hasta hoy los cuatreros no se atreven a ir nuevamente, porque mi Guillermo les tiene a raya! Es hombre de... Claro!

—Hombre... tarde se da uno cuenta de los hechos...

—Viejo orático, y hasta hoy no te das cuenta que tu hija Techa suelta la baba por mi hijo Guillermo!

—Ve pues el alabancioso! No exageres... Si es una guagua no más!

—Te parece guagua una mujer de 15 años?

—No puedo creer en lo que dices, Aurelio.

—Que no? Vas a ver. Techita! Ven un rato...

En la puerta, a pleno pulmón, gritaba requiriendo a la niña. Vino ésta con sus sonrisas prendidas alegrías en sus labios. Miró el frasco de aguardiente al consumirse, pero no se ofreció para llenarlo.

—Y... para qué me llaman? Fué Ud., papacito?

—Yo, precisamente... no. Fué este, Aurelio.

—Ah, León... dile de una vez!

—No... dílo vos!

—Vaya... acaso soy fiera, a que me tengan miedo...! Qué es?

León creía que era una profanación, una falta de respeto para su paternidad el humillarse a hablar en esa forma confidencial con su hija. Qué diría la chica si él le hablase de novios... vaya! aviados estaban! No, no!

—Teresita... sabes que tu padre y yo nos vamos haciendo viejitos?

—Usted don Aurelio... que quiere remozarse en segundo matrimonio? Jaja.

—Que buena, Tachita! Buena!

—Enamorado yo... vaya... no! De quién? dí pues, hijita, de quién?

—Acaso no le hemos visto, de arriba abajo? Con doña Angela, pues!

—Cosas tuyas no más, picarita...

—Qué bien, hijita! Tomemos un trago por los novios!

—Bueno, papacito. Y brindemos por su felicidad, don Aurelio.

Aurelio palmecía delicadamente las mejillas de la niña. Gozaba al ver que la juventud le otorgaba aún título de seductor. Una delicia desafortada lo salía de los cachetes rubicundos, entornando los ojos a la viuda de Alvear que le bailaba en su entrecejo. Hazera no cabía de placer, viendo las aparentes apreturas de su compinche. Lo manoteaba en su hombro.

—Pero no te corras, Aurelio. No es para tanto... Y decir que mi casa ha alcahueteado eso! Vaya... lo que es la vida!

—No tienes una palabra más suave que «alcahueteado», León?

—Pero, en buenas cuentas, eso resulta, Dn. Aurelio!...

—No digas: Don Aurelio, di mejor... *suegráto!*

—Suegrito... jaja!

—Que ocurrencia del viejo este!

—Nada de ocurrencia. Di, seriamente, Teresita, si le quieres al Guillermo!

Revuelos de alegría cruzaban el cerebro de la niña, deseando decirles, a gritos, que esa era la verdad; pero... ahí estaba León, aunque algo chispo, pero con su empaque de padre; moviendo con ties acelerados sus labios amoratados, frotó sus dedos que luego los asentó en sus rodillas de gamonal.

—Debes decir la verdad, Teresita... A ver si estas de novia del hijo de éste.

—No sé... no sé... bueno: si, vaya!

Fugó, en una carrera donde temblaban lágrimas de emoción. Los dos viejos se contemplaron con rudeza, después llenaron de risotadas el ambiente de la pieza olida a tabaco y a aguardiente.

—Qué diacs de eso, León? Caro amigo mío... no emocionono!

—Eres el mismo lucifer! Caín! sólo porque sois mi amigo, no te pateo!

—Ahora me toca a mi brindar por los novios!

—Es muy muchacha la Teresita... esperemos... no seas testarudo. Que vayan casándose en orden mis hijas, espera...

—Proceder en orden de edad! Vaya, retrógádo eres! Tienes cada brutalidad que me avergüenza! La Teresa tiene sus 15 años y es necesario que alguien cuide de tu hacienda. Vas a malograr el porvenir de tus hijos pequeños? La vejez sagrada de la Mica? Entra en razón. No ves que si no trabaja un varón en Sumag Allpa, todo se va al cuerno? Conste que no ofendo al Agucho con lo que digo! Ea!

—Espera... no seas porfiado. Lo que me imagino es que quieres casar

al Guillermo para zafarte de él y que no se oponga a tu matrimonio... jeje!

--Sólo a vos se te pueden ocurrir semejantes salvajadas! No sabes, no sabes lo que es tener amanto corazón de padre! Te juro que sólo pienso en los chicos, en tu hija que va a tener el porvenir más brillante de Cuenca.

--Y en el porvenir de la viuda... Jaja!

--Sigues igualmente tonto; toma otro trago. Pues... puedo tener otro hijo con Angelita. Por mi parte, me sé que no soy machorro. Pero... los desarreglos femeninos... Esto no quiere decir, claro está, que Angelita... vos me entiendes, no? eh! Pero... Sin tener ningún retoño con Angelita, puedo dedicarme a cuidar de Jorgito...

--Y de la hacienda de él... jaja!

--Aunque te burles, asíes! La pobre viuda se prendó de mi, y uno es conmisericativo; acaso tiene uno la culpa de que le enamoren? Como soy misericordioso, no puedo dejarla chasqueada. Ella ha puesto toda su vida y afanes en mi...

--Lo que vas a ser para la viuda es puntal de su vejez... jaja!

--No dirás que es vieja mi novia? Tiene una tez...

--Claro... jaja... a caballo regalado, no hay que mirarle el diente!

--Basta! Ya basta de bestialidades! Bueno, cuándo quieres que se casen los chicos?

--No sé... hombre... no sé...

--Se casarán en Pascua. Yo digo!

--A mi nadie me manda, sabes, Aurelio!

--Si no te mando nada... sugiero no más... Tomemos otra copita y luego fijaremos la fecha.

Brindaron gozosos los amigos. Hazera se deleitaba, pensando que su futuro hijo político pudiera poner, juntamente con Agueho, a raya a los abúgeos.

Aurelio contemplaba el retrato de doña Angela en la tapa de su reloj Waltham, le hacía salud con la copa, sonriendo pegados sus ojos a la cara de la mujer, entusiasmándose por las caricias adelantadas. Que hembraza era doña Angela... Púchica!

Desde hace varios días, el Juan estaba estudiando el modo de hacer un daño en casa de Hazera. Odio negro le zumbaba entre sus sienes, hasta que cuajó en la rotura de los alambres de la luz. Con un palo, en cuya punta amarró una navaja fina, cortó prolijamente sin que nadie lo viese. Estaba satisfecho al ver los ajetreos de los niños en la casa. Gozaba contemplando la furia de León.

--Maldición! Rota la luz... todo nos han quitado!

--Papacito... yo quise componer, pero no fué posible.

--Con un bastón movió los alambres el Agueho...

--Barajo! Que no haya paz! Ya has dañado todo, destructor!

--Peor hubiera sido que el ñaño se quemé, papacito...

--Que papacito, ni que nada! Cállense, mujeres dementadas!

Curiosamente contemplaban el bulto del transformador alquitranado, puesto en vigas salientes cerca del balcón de la calle. Asomaban sus tripas negras, que con el viento mecían las deshilachaduras de la gutapereha. Las

puntas brillantes del metal tendían espantos a los ojos de las niñas; y la Mica se imaginaba que su hijo pudo ser electrocutado.

—No ves, Mica, no se fijan, chicas, lo menos hay dos metros separados de punta a punta de los alambres!

—Papacito... si permite, yo fuera a llamar al Melchor. El sabe componer bien todo!

—Entrometido ese, ni ha de saber nada!

—El es sólo pesquisa, nada más.

—Que mujeres para estorbar todo. Anda a llamarle pronto, Agueho.

—Sí, papacito. Yo he pensado que con una copa podemos contentarle. Los Argüellos careros son.

—Eso mismo, hijo. Pobre chazo el Melchor. Todo pasa con el tiempo; Mica, no me veas así. Yo sé perdonar, como caballero. No has oído que se dice: nobleza obliga?

—Ay... a los tiempos que hemos llegado! Un caballero pidiendo favor a un triste chazo!

—Y con la plata que tiene papacito... es el colmo!

—Calla, beata Eloisa! Anda, Agueho!

Sonaba la grada con los brincos del joven, yendo a traer al albañil. La Michi espía por las rendijas del cuarto de costura; sus oídos estaban llenos de las frases que el Juan le dijera ponderando el buen porte, la gallardía y la opulencia de los gestos del Melchor; las palabras del Peña brincaban en sus orejas, prendiendo un olor de tallos clafados por los cuerpos sensuales... por la caña apelmazada que le escocía en el cuello, por los pechos, por toda ella que evocaba los besos del pesquisa. De sus labios emergieron, juntos, en un suspiro, los nombres de sus 2 amantes unidos por la orden del patrón.

Arrogante en casa de sus amos, el Melchor giraba sus ojos deseando encontrarse con la cara de la Michi. Se sabía solicitado...

—Cómo estás, cholito?

—Bien no más, señor Hazera.

—Cómo, carajo? Ah, sí... sí... bueno, bueno, Melchor. Oito...

—Oye, cholo! La luz se ha dañado y vos dizque sabes componer. Has pronto!

—Niña Miquita, parece que no me quiere... no?

—Mamacita, no diga nada, por Dios!

—Chazo un cuerno...

—Déjate de bravatas, Micaela!

—Cuande Ud. quiera, don Leoncito. A su mandar estoy.

—Ni le trata de patrón, ni de amo, a papá, el mapa pesquisa; vean pes, niñas!

—Déjate de huevadas, Eloisita linda, ve... Anda rézarás, mejor!

—No quieres un draque, Melchor, a que no te maree la cabeza?

—No, joven Aguehito... Ahí sí que me voy a los quintos!

—Que chazo para filático, vaya! Pronto, trabaja pues entonces!

El Melchor, con petulancia serena, colgó su saco en el espaldar de una silla. Pegó un salto al antepecho del balcón; crugía la madera sostenida por los blancos, temerosos de que la destruyera.

—Despacito no más, Melchor. No vayas a quitar el charol del pasamano.  
—No quieres que te amarro mejor?  
—No, niños. Nunca he trabajado así. Mejor no digan nada. Calladitos estén.

—Apirate entonces! Cuidado, condenado!

—No hay miedo, doña Miquita!

Asido con la izquierda al pasamano, maniobraba con la derecha en los cables que hufan de sus dedos. Los brazos desnudos, daban el relieve de sus músculos, encima de la vía, negreada de gente, atrayente... atrayente... Pero el Melchor se burlaba del vértigo. Con desfachotez, deseaba el pesquisa que le viesen todos que trabajaba en casa de León, en casa del amo que le pegara a la Michi por su culpa... Maestramente burgaba en la maraña de los hilos, eludiendo la corriente traicionera. Pero... ña Mica dió un grito fuerle!..

—Michi! No salgas a la puerta de la calle! Entra, pronto!

Mientras el cholo se volvía para ver a su novia, su mano topó la línea desnuda.

Alarido de susto y de horror convulsiónó el cuerpo del albañil, por cuyos dedos brotaba el veneno azul y chispeante de la electricidad. Su cabeza contraída por deformaciones violentas, chocaba contra el pecho, sin la arrogancia de antes; las piernas hacían calibriolas inverosímiles en el aire, arañado por el reventar de venas castigadas de la Michi. Caía, caía, en tumbos, por encima de la gente que esperaba lela, con sadismo y espanto...

—Suéltate del alambre, cholo bruto!

—Bestia de albañil! La Michi, bestia también!

Melchor dió su voltereta final, estrellándose. Su cráneo rebotó en las piedras del alar, quedando rígido. Luego la masa de carne electrocutada nadó en un charco de sangre, que humeaba... La Mica agarró los pelos de la Mercedes, y, mientras escupía con asco en la misma sangre, le propinaba empujones briosos hacia dentro de la casa.

—Pobre cristiano... le llegó la hora!

—Cholo arrocho, por ver a la Mercedes se mató!

—Mamita... Hay que respetar a los difuntos!

—Cállate vos, Agucho, eh!

—Micaela! Traé la colcha de mi cama, para tapar el cadáver.

—Colcha buena dizque quieres dar, León. No...

—Que traigas te digo! Pronto, pronto, mecachis!

Corrieron horrorizadas las niñas de la casa, dando en seguida una almohada y la colcha. La Michi, refundida en la cocina, era presa de un temblor nervioso que le impedía discernir sus emociones. Estaba bruta, bruta de verdad. Sin ápice de tristeza, sólo con un rencor profundo que chocaba contra las entrañas de su vida y estallaba contra el cielo, helado encima de su vientre.

—Seño Michissita... que Melchor más mudo... tocar las líneas estando con luz. Yo no hicé eso!

—Vos? Y cuándo tocaste pes vos, Juan?

—De gana dijé... Yo no haría eso, yo no haría decir...

En la camilla de la Sanidad, León colocó con cuidado el cuerpo del Melchor. A la Morgue se iba...

## CAPITULO XV

Venido un Batallón, evacuaba la Plaza otro...

Alineados los camiones a lo largo del frente del Cuartel, los choferes, malhumorados, examinaban a sus máquinas reclutadas; se movían lentos, ensañados, insultando a los soldados más pequeños. El Sol, tendido en el zinc de las capotas, echaba destellos que se quebraban en las retinas de las chapulas llorosas. Las voces de los milicos estaban confundidas con el chismorrear sabihondo de los grupos que comentaban de una nueva insubordinación política, pero felizmente debelada a tiempo. Dentro del Cuartel daban órdenes a gritos, mientras el armamento era embarcado en los camiones, estrechos ante la avalancha de municiones y equipajes. La muchedumbre, aglomerada, esperaba la partida, metiendo sus pupilas curiosas en todas partes. Muchas policromas movían el portal en un vaivén chúcaro. Había pasado ya la visión de los llegados de la Costa; mujeres anémicas, flacas y amarillentas, con los erios prendidos en los pechos morenos y veteados de paludismo... Ancianas sin vista, tragadas sus pupilas por el dolor gitano de la tropa; acaso no eran madres, sino sólo arrimadas al cariño de los soldados que las cuidaban a trueque de algún amor... Enseñaban la miseria de sus huesos costaneros trasplantados a la Sierra. Chillaban su amargura y su pésimo carácter. Pero... ahora se despedía el batallón que, durante meses, había captado la querencia de las cholos cuencanas...

Rezongaban las chapulas, enjugando sus lloros en los pañolones descaudados. En grupos, arracimaban su pena las mujeres, oyendo todas ellas el latir desacompañado de sus corazones, de sus cuerpos que les removían miles de escenas de cariño... presentándoseles mayormente definidos a sus hombres. Se presentía impreciso el futuro, por eso deseaba cada cual aferrarse más al pasado, y, de ser posible no permitir que fugue el amparo de un varón. Pusieron toda su vida en el amor del cholo soldado; cuidaron su ropa, hicieron su comida, fueron a la vez hermanas, madres y amantes... Y para qué? para que ahora se vayan enviados por alguien que no sabía lo que era cariño. Espiaban el corredor que caía al Parque Calderón; y sus risas iban, húmedas de lágrimas, a rodear el rostro del emigrado. Hipaban, envueltas las bocas en sus manteletas, como para que las frases saliesen empapadas de ternura y tibieza, en un tono de ascensión clamorosa de angustia. Querían contener la entraña viva de sus amantazgos, que les salían desbordados de veracidad. Llamaban, en voz rota de gritos, el nombre del soldado que les dió su caricia y su decena. Iban apresuradas a comprar lo

que les solicitaban desde lo alto. Hallaban un gusto inusitado en servir al que fué su compañero. Plafieron sus médulas cuando los fusiles fueron stibidos a los vehículos. A lo menos cuando embarcaron los equipajes, imaginaban que cada bulto pertenecía a su compañero, y lo arreglaban con la vista. Sus miradas chorreaban entre las ruedas de las máquinas, para asegurarse de si estaban seguras y de si les responderían de las vidas de sus mozos. La muchedumbre, ajena al dolor de las guarichas, comentaba indiferente las expansiones de aflicción.

—Todas las compañías, a los autos!

Para evitar que el hembraje asaltáse a los cholos que se iban, los del nuevo Batallón formaron una cadena de protección para que el embarque se realizáse sin retardos. Por entre los brazos de los soldados, las cholas veían a sus maridos, fraccionados, con visiones truncas, dibujadas sólo desde los bíceps fuertes de los cuarteleros inmigrados. Sonaron los motores, entre los sollozos de las mujeres. Temblaban las carrocerías en medio de los vivas del gentío y los aullidos apenados de las amantes, mordidas de desesperación. Manos emergían, locas, por entre los brazos de los que cuidaban; se movían en el aire con manoteos de ahogados, terminando por crispas el viento para llevárselo a los labios, en un último recuerdo de sus hombres. Hubo un roncón sordo, inminente, de dique descuajado, de monte que reventáse... y una chiflonada de polleras rompió la barrera humana, precipitándose a las bocas y a los pechos de los soldados. Las cacerinas se les incrustaban en los estómagos a los cabos y rasos, en el esfuerzo desesperado y vesánico de sus mujeres ansiosas de gozar, por última ocasión, el calor de los labios masculinos que dieran tantas noches de deleite a sus cuerpos cansados del yugo del servicio de las casas burguesas. Porque, la mayor parte del guarichaje, era salido de casa grande... Y las hembras les untaban los ojos, el rostro íntegro, de palabras confortantes y esperanzadas. Era un vórtice enorme de murmullos remecidos, donde ninguna escamoteaba su actitud para lanzar su mimo, su diminutivo más débil a la voz del amado.

—Ay... Larroíta... te vas!

—Ay... mi Proañito... se va!

—Ya te mandaré plata a que te vayas a unirme conmigo. Calla...

—Luisito... me muero! No me dejes... los cuellos te he de mandar no más a Esmeraldas. Mandarásme a traer!

—Sí, sí... pero no llores!

—La mudada sucia que dejaste, lo mismo, te he de mandar... ay!

—Bueno, y no te olvidarás de usar el pañuelo de seda azul, así te has de acordar siempre de mí!

Por orden de los oficiales, los soldados reciénplazantes tuvieron que arrancar, a fuerza, los besos incrustados en los brazos, en las bocas, en las vidas de los maridos. Algunas hembras arañaban a la tropa, insultándoles de su proceder inhumano. Maldecían, furiosas, del Gobierno, del Presidente, de los Ministros, y de todas las instituciones... No sentían el entusiasmo de ir después a otra guarnición. Presentían que les esperaba la miseria, que serían echadas de sus habitaciones, porque las decenas de sus maridos se extraviarían en el tránsito o no llegarían nunca. Tenían pánico al futuro y se aferraban al pasado. En la vía, anegada de gente, comenzaron a marchar los



camiones. Una cola larga y ancha de chapulas los seguía, en cortejo embrevado que corría blandiendo sus manos, y mesándose los cabellos hirsutos en los que sepultaban iras y recuerdos. Los dedos asían el horizonte vacío, pero que parecía solidificarse entre ellas y los soldados... Las bocinas de los autos chillaban, dominando los ayes. Algunos choferes mezclaban sus ajos a las palabras tiernas de las guarichas. Quedaba el ambiente enrarecido, seco de rumores aplastados. Sólo una corneta, dentro el Cuartel, daba órdenes...

Una hora más tarde, debían partir los Jefes y Oficiales. Serenos, fumaban en la puerta del Parque frente al Cuartel. Una chola se retiraba ya, cuando...

—Oiga, oiga, señorita... diga cómo se llama eso militar que está ahí?

—Cual pes, guambrito? Ese... ah! se llama Arroyo. Mayor es.

—Gracias, gracias...

Trinaban los pulsos del chico al tener que alzar la cabeza para hablar con el Jefe; más, se esmeraba en aparecer tranquilo. Un dolor agudo le punzaba cuando el militar lo veía; los botones relucientes de la blusa de cuartel, le quemaban las pupilas al niño; su cuello estaba retorcido de picores angustiosos.

—Quién te manda, guambrito?

—Nadie, mi Mayor Arroyo. Quisiera... este... yo...

Su voz fluía, a trancos sutiles, por la garganta helada de emoción. Comprendió que debía expresarse firme, con decisión y lealtad para su causa. Si no... Los militares son vigorosos y no cobardes. Asentó reciamente sus pies en el enladrillado, con resolución tenaz, casi dando una patada. Y, mientras desempolvaba el pantalón del Mayor, lo miró con serenidad risueña.

—El calzón estaba sucio, mi Mayor... Perdone... Comedido soy. Y soy también huérfano, no tengo a nadie en Cuenca, y como me han dicho que Ud. necesita un ordenanza: estoy a su mandar.

—Vaya... que gracia! Cómo te llamas?

—Juan Peña, para servir a Ud., mi Mayor Arroyo. 13 años tengo.

—No me mientes que no tienes familia, ni nadie?

—Por Dios, le juro!

—Si es así, bueno. Te llevaré; pero ten en cuenta que si reclaman por vos, cobró todo! Ya sabes, con el Cuartel no se juega!

—No... nadie ha de reclamar por mí. Quién pes? A nadie tengo!

—Dentro de una hora vamos a marchar. Puedes regresar.

—Mejor esperaré no más aquí. No me vaya a necesitar Ud. Voy a cuidar su maleta, no, mi Mayor?

Sentado en el banco de cemento, a lo largo de la Plaza, raspaba las verjas con su espalda corroída de escalofríos. Nadie de la casa de amo León... que suerte! «La guaraca... hacerme quemar por mis propias manos la hondita, que tanto trabajo me costó! Carajo!». Nebulosamente pensó en el ambiente doméstico; no tuvo pena para nadie; en sombras se le agolpaba en su cerebro el pasado, pensando haber vivido con una mano opresora sobre su pecho, que jadeaba, ahora, expedito de albedrío. Allí, en un rincón de su conciencia, vislumbró a sus taitas... Los veía pobres, miserables; al Anjichu de cuadrero, y todos pegados al suelo de ausencia, a la llaeta sucia, con las alegrías que eran sólo el beber trago de las fiestas del poblado... indignos, siempre

trabajando para el lucro del patrón canalla... Claro se perfilaba en su mente el oprobio esclavizante de la vida campesina; sabía, que era relajador ser una bestia sudadora de plata para los amos que gastan en lujos y ni siquiera dan comodidad a sus máquinas humanas que los laboran y enriquecen los campos... Pero el Juan, no acertaba a darse cabal cuenta de los sufrimientos, ni de las expropiaciones natas que atosiga a la indianía. Una lumbrarada se ensanchaba en su médula que intentaba volar donde su padre y el Anjichu, para decirles que esto pasaba! Ante la evocación del campo, le bailaron los ojos, la pampa de los nuacuros, la tarabita, el poste donde le quemaron al Pacho... Pronto se repuso de su flaquear de ánimo, predisponiéndose mal de Hazera, de todos los suyos; de la ciudad íntegra, con palabras que envolvían el rescoldo de su sangre vengativa. Le dolía el pecho, y reparó que sus dedos hundían en la carne el Crucifijo que le regalara cura Luis,—pobrecito en Pauto, con la Carmen... Separó sus manos, contemplando amarillas las yemas de los dedos, nerviosos y fríos, como después de haberse bañado... Vió al niño Agucho que pasaba entre amigos; prestó, se escondió tras de la malleta grande. Vuelta la serenidad a su espíritu, supuso con confianza. El ambiente de la partida le invadió por completo, descuidándose de todo lo que no fuera referente a ella. En el Tambo acaso se reuniesen con el grueso de la tropa. «Mi guaraquita... se queda en la ceniza!» Apareció la cara del joven amo, en el momento de ordenarle que incinerase la honda... Cómo hubiera querido escupirle bien! Miraba, al lado, las botas de los oficiales, que paseaban por todo el tramo del Parque. La placa del Melchor fulgió en la calle, agrandándose conforme se acercaba a las pupilas azoradas del longo; brillaba como un Sol que caminase; surgida de las piedras, se le acercaba vertiginosamente, hasta que el Juan tuvo que cerrar sus ojos ante los reflejos invasores que le chamuscaban las pestañas. «Si... talvez allá... yo también tenga una chapa como esta! Una linda placa de policía, como la del Melchor!» Y se cubría los párpados incendiados de visiones. «Que me quemon pes, ahí mi guaraquita! Ahí, cuando yo sea chapa caca, más que sea!»

—Juan Peña... al automóvil ya!

Un remezón le conmovió a la realidad. De inmediato se hizo al ambiente. Iba cimbrando su corazón en el viento mientras las casas flotaban en la neblina de sus ojos húmedos... El teatro Guayaquil... el Patria Grand Hotel... el Vecino... la carretera abierta de salidas! los árboles que atrasaban sus brazos para que pasase el auto... Cercas... bateas... y tuestos humcando en fritadas... El camino de Machángara... el puente Bolívar... Y el vehículo haciendo tragar polvo a los indios peatones que, cargados de linches con ollas, venían para la feria del jueves.

—Lo que quiera, ordene no más, mi Mayor!

—Bien, Juan.

—Y... perdone, Jefecito... a dónde vamos?

—A Esmeraldas...

—Esmeraldas... capital Esmeraldas!

Repitó de memoria todo lo que recordaba de esa provincia. No sabía cómo era aquella tierra, ni la ruta a seguir, pero se le imaginaba que, de todos modos, sería mejor que la casa de León. Aturdido por el verdor de los sembríos bordeando la extensa lengua del

camino, recibió el mensaje fresco del viento que flotaba en el paisaje adentro de sus retinas, lamían sus pupilas cada pampa de cebada, todo potrero salpicado de ganado, toda ala de pájaro que recortaba la calcomanía de las montañas lejanas. La velocidad trashedaba los campos copiosos de yerba asoleada y olientes al río raspado en sus márgenes por el agua errabunda. El viento ubérrimo pasaba revista a los colores camperos. Remotamente se encendía una lucecilla en un cerro. Un indio que se agachaba a componer la oshota que se salía. Una vaca reflejaba el Sol del ocaso en la baba de su hocico húmedo y sonrosado. Galopaba un caballo con la cabeza amenazando al cielo.

Venía la noche perfumada de cansancio.

La Guaraca! La Guaraca, ..

## CAPITULO XVI

La Dumi era activa. Especialmente de recadera de la Techa. Corría a las partes más lejanas. Ni le gustaba la calle para estarse embobada, viendo la gente y los comercios. Sin embargo... cada vez presintió que alguna ocasión tardaría más de la cuenta. Le llamaron por su nombre, pero no hizo caso. Un nuevo requerimiento la hizo volverse, encontrándose con la Regina, mujer del Angel.

—Rejita... vos? Aquí!

—Yo mismo, Dumichita. Cómo estás pes? Ya no quieres ni conocer! Mal te veo... ve mi cara, diciendo que estoy bien comida!

—Así veo, pes, que estás bien contenta...

—En Cuenca estoy aura. Bien me va! No me ves?

Estaba rozagante y lujosa la Regina; con pollera de paño de 60 sures, y hasta hablando puro cuenqueño...

—Cómo vives pes; Regina?

—Acaso no tengo a mi marido?

—Al Angel? Y ónde está pes el Angel?

—Vamos a mi tienda un ratito, no mos de tardar...

—Si no hemos de dilatar... vay bueno.

Tomaron hacia El Chorro. Dejaban atrás la barriada endémica de miseria, con sus parvas de toquillas blanqueando en el baño de Sol, como flores nutridas por el aliento de las tejedoras... De las tiendas salía un golpeo isócrono; se elevaba un polvillo nocivo para los pulmones saturados por el azufre y la rarefacción del aire viciado, donde decenas de obreros aspiraban las miasmas de cerdos y de cuyes que pasaban con fugaces lucecillas coloradas en sus ojos encendidos en la penumbra que se metía dentro de sus pulmones desgarrados. Muchas veces de esas tiendas horribas salía una voz de amor... un pellizco deleitoso... o una palpación ruda a los muslos femeninos. Es que el instinto no está seleccionando ambiente para encabritarse, y el rijo de la carne agarraba al compositor con sus manos sucias, con su cara embadurnada de albayalde, con sus piernas empolvadas, pero con su sangre enhiesta de obediencia; así, la Vida y los capitalistas se conchavaban para destruir al que enlucé los sombreros. Salía la tiniebla y la fetidez de las tiendas en un chorro que en la luz se hacía blancuzco, pero que atosi-gaba el aliento y ardía en las narices y en las pupilas cuando pasaban las cholás tapándose la cara y estornudando escocidas por el polvillo del azufre traicionero y mordiscante, mortífero y traidor. Ahí trabajaban 12 horas

diarias los obreros compositores que con sus manos adecentan el sombrero toquilla que va al mercado Extranjero sin denunciar nada de la bárbara y flagrante explotación que se hace a los hombres morlacos que, luego de rendir su sudor, su sangre y su vida en el escupitajo de tisis, ni siquiera tienen «el gusto» de que la obra de sus manos sea reconocida como cuencana; los gringos ponen a ese sombrero un «made in Panamá», y una región del Ecuador, y un hombre del Ecuador, y una muerte en el Ecuador no es aguilatada por los rubios extorsionadores y por los cañamazos enriquecidos. En la tienda negra morían y vivían los compositores, en una continua neblina de albayalde, de kola líquida, de gas carbónico y de toda emanación humana que contribuía a minar el organismo de los más fuertes y comidos. (1)

La Dumi veía a un niño jugueteando con un puerco blanco, en mitad de la paja, ambos sucios, ambos húmedos, ambos animalizados por los ricos, en cuyas cadenas de oro ceñidas al vientre se reflejaban los toquillas en cantidad diminuta, pequeñita... pero con el color de la riqueza que les proporcionaban los obreros morlacos. La Dumi veía a un hombre recostado en una mesa enorme, sobre la que restregaba los toquillas ya planchados, espolvoreándolos con una sustancia amarillenta que ponía rojos a sus lagrimales; el hombre estaba pálido y de su garganta salía un ruido siniestro que solo se contenía cuando la tos se concrecionaba en sangre coagulada; retiraba el grumo el chazo y seguía su labor, incansablemente, sin que sus compañeros le hicieran mayor caso. Para qué, señor? era el sino del toquillero compositor: morir tísico, sobre la mesa de trabajo o en un jergón del Pabellón que los cañamazos regalaran al Hospital «Vicente de Paúl», para que los obreros estirasen la pata lejos de su vista. . .

La Dumi miraba a los compositores y se imaginaba cómo sería de ruin la vida de las tejedoras del sombrero toquilla, el que luego de 6 u 8 días de trabajo lo venden en la mísera suma de 2 centavos de dollar, mientras que el exportador morlaco lo merca a 3 dollars y hasta a 4; mujeres cargadas de hijos, mujeres instadas por el parto anual, mujeres sólo huesos, sólo pena, sólo lágrima. Mujeres... maquinizadas por la extorsión y por el vicio de los niños cañamazos que, muchas veces, en ellas desfogan sus impetuosidades de principiantes eróticos porque saben que esas mujeres son la carne propicia que no protesta, y a la que no se le paga para que rinda su sexo; mujeres a quienes los hijos de los panzudos exportadores les dejan un regalo que les durará siempre y que transmitirán a su descendencia: la sífilis o la blenorragia que, a más de la hemoptisis, les jalan más rápidamente a la tumba. Pero, qué importa morir? la muerte es la suprema liberación para las tejedoras y para los compositores.

(1) Si Ud. quiere saber lo que es la explotación de los toquilleros morlacos, espere la aparición de los libros de Mata: «CHORRO CAÑAMAZO», «JUAN CUENCA» y «PANAMA HATS' SUBSUELO», en donde se pone de relieve, con trazos vívidos y verdícos, todas las hazañas de los cañamazos entronzados en tipos de gesto cuencana contra el compositor y el tejedor del mal denominado «Panamá Hat». Por eso fué que un capitalista incautara e incinera a «CHORRO CAÑAMAZO», por decir la verdad y denunciar el canibalismo de una casta de chazos, a la que amparan los señores empobrecidos y los niños que mediante casamientos «morganáticos» dan su apellido, pero se llenan la panza muy plebeyamente; así, los cañamazos han venido a ser, hoy en día, los dirigentes de la sociedad morlaca, la banca, el comercio, las cantinas y tercenas. . . . Y, el que diga la verdad que sea flagelado. . . . «Abajo la inteligencia, y viva la muerte», señores cañamazos!

Cholos morlacos... cholas morlacas... polvo de azufre que blanquea las aceras delante de las tiendas; que blanquea las yemas de los capulíes mozos y los ápices de los choclos, y los dorsos de los tejados y las aspas de las torres... Cholos morlacos... cholas morlacas, que a su Virgen, la Morenica dominica del Rosario, le han ofrendado un maravilloso sombrero de paja —idéntico al de su niño Dios—, para que les ampare en su manto y les bendiga... Cholas morlacas, que en la principal pared de su tienda jamás hacen faltar la lamparilla de foco quemado, dentro del cual ponen aceite votivo, para que siempre haya una llamita conectadora del espíritu de la «Divina Providencia» con el estómago ayuno e inútil de los obreros, que siempre golpean y golpean, incesantemente, sin parar, a toda hora del día y de la noche, golpean y golpean su vida en el mazo que asienta el tejido del toquilla criminal donde remachan sus nervios y sus días sin color y sin aliento de esperanza. Alzaban sus ojos los hombres, y la Dumi veía que hacían un considerable esfuerzo, como si en la mirada jalasen todo su ayer, demasiado tremendo de lastre y de dolor para que no doliese su actitud. Y las miradas obreras estaban perdidas en las nubes y en la imagen de los santos protectores encima de los hijos acompañados de los cerdos y los cuyes...

Al pasar por la puerta de un taller, la Dumi dió un tropezón en un papel amarillento; como viera un retrato lo alzó, e hizo reparar a la Reja en la hoz y en el martillo que habían allí, intactos, arrugados, maltratados. Pero nada comprendieron ni dijeron... Continuaron por un callejón estrecho, de pencos altos a sus lados; al borde de las tapias, en el suelo, crecía llano, pero apestoso; los árboles de capulíes botaban sus ramajes a la vía y daban en la cara de la Dumi, que no se explicaba cómo la Regina transitara por ahí de noche.

—Aquí es. Ya llegamos... Entra, Dumi.

—Ven, sin recelo, paloma!

—Dios mío! El Anjichu!

—No te dije que vivo feliz, Dumi?

El indio expandía su tórax altivo, riendo del asombro de la china. Un machete, enfundado en una vaina con guarniciones de hojalata, se enredaba a las piernas cubiertas con pantalón de casineta. Estaba diferente el Anjichu a cuando le viera la Dumi por última vez, cuando llevó la remesa. Comparaba al mitayo que araba la tierra en Sumag Allpa, que cargaba los costales de maíz, junto con ella, y que realizaba todas las labores en que los dos fueron acémilas, de por vida, del enriquecimiento del señor. Veía al largo en el fogón de la cocina, acurrucado, triste, como ausente del lugar y del tiempo. Este mismo era el Anjichu? Le brincaba en el pecho la pregunta; y quería indagar por la salud del Pacho...

—Vay... Dios les ha ayudado miso a ustedes!

—Sí, Dumi, Sólomente que no para no más en casa el Angel.

—Y los guagüitos de ustedes?

—En la escuela están.

—Y... Dumi... no preguntas...

—Cuenta pes, Anjichu, qué es d' él?

Brotó la frase en un torbellino, desbocada, sin poder asirla.

—Hasta aura se acuerda de vos, vioras.

—Onde está pes él?

—Lejos... juín lejos!

—Ay, Rejita... envidio miso!

—Te tratan mal en la casa, Dumi?

—Mejor es ser librecita, como la Reja!

—Dumi... vos no sabes las amarguras que se pasa! A cada rato parece que cae la Polecía, y hay que esconderle al Angel. El se burla, pero a una le duele el corazón, vieras! Si lo agarraran... áhi sí...

—A mi no me coje nadie!

—Y... Anjichu, por qué saliste pes de onde taita curita Justo?

Extasiada los oía la Dumi, mirando las posturas buenas y la porcha de ropa, el ajuar de la tienda que más tenía trazas de casa chica porque, atrás, había un pequeño corredor que daba al campo abierto; por el hueco de la puerta se divisaban las chacaras, las acequias de agua, y más al fondo, montes azules y pardos, musculando cielos y vertebrando los paisajes. Los escuchaba halagada de que le naciera un orgullo incipiente de conciencia altiva.

—Pish... Cara tan bruto! Un día faltó paciencia y tiró reja de arado a las patas. Casi pongo sacando callos de pies de cura... jaja!

—Sí, eso mismo hizo el Angel.

—Me juí saliendo, porque ya no he nacido para perro de nadie!

—Y vos, Reja, cómo te quedaste pes con los guagüitos y todo?

—Supo ser mi mujer, la carishina! Se defendió del hambre!

—Claro pues. Al ver que mi marido se iba, yo también cogí los corotos, no sea que la rabia de cura caiga sobre mí, sobre la mujer del descomulgado esto! Viné a Cuenca, a ver cómo peliaba solita.

—Y ganó pes, mi Reja! Vendiendo puercos se hizo de plata. Y avisó a mi.

—Pero cómo supiste pes, Angel? Pero cómo no siguieron pes laichus?

—Ish! El páramo era mi casa. Andaba por ondequiera con el Pachó, y no faltaron caritativos runas que avisaron ónde estaba mi mujer. Respetados somos! Jajay!

—Me muero de miedo, Dumi...

—Pero, Anjichu, las niñas dicen que Uds. roban ganado de hacienda...

—No sólo de León sino de todas partes!

—Y si no... de ónde mos de comer pes, Dumi?

—A Galapágos, no sé onde también será eso, dicen que mandan a ladrones, Angel...

—Galapágos? sí, es tierra por todo lado mar; mar es un mundo de agua, que ni conocemos nosotros. Que manden pes si pueden, para eso hay esto, carajo!

Azularon las venas de la mano derecha del cuatrero, entorchando de sangre la empuñadura del machete. Sonreía a las miradas esquivas de la china, a la vez que la Regina clavaba, orgullosa, sus ojos clareando amor en el rostro de su cari. Contemplaban al hombre: curvado, fijas las pupilas en el infinito que se entraba a la tienda; dura la boca, y un fuerte impulso de seriedad en las tetillas templadas. Infundía confianza a las mujeres que gozaban de ver la prestancia viril. No tenía a nadie en ese rato el Angel; y,

si hubiese sucedido la venida de los chapas, se habrían reído las mujeres de la altivez del Angel sacando en carrera a los pobres pollefas esmirriados.

—Y el Pachó... no está en la cárcel?

—Quién le trineá pes a él? Jajay! es el mismo demonio!

—Pero, tiranos... no temerán pes a Taita Diosito?

—Y amos acaso hacen caso de Dios, para robar a naturales? Nosotros no hacemos sino cobrar a ellos. Mía tierra quitó León Nuño allpa para mí! Huñachic tierra erá!...

—De casita botó...

—Y al Pachó lo que hizo...

—Boca mía tan pusieron quemando... la ña Mica!

—Jay... Pero jay, no mas digo, uua...! Jay! Jajay!.

Las frases reventaban un instante en la tienda, ascendiendo luego por las laderas de Culca, en busca de aire para respirar. Con las pupilas contraídas, cada cual pronunciaba su cargo contra los patrones; desviados los rostros, sin expresión los labios humedecidos de rencores. Las palabras del Angel repercutieron en el cerebro de las mujeres, como si hubiesen cogido la hoja centellante de un machete nuevo y se lo pasaran por sus ojos, queriendo comerles, con su punta, el alma. El «jajay», vibrara omnímodo, como las llamadas de las kipas machos y bramadoras. Repelía el Anjichu la frase favorita, la exclamación sonora, con la que acaso llamara a las vacadas robadas en la vaciedad de los hatos; apretaba su boca, emitiéndola en forma de silbido, en expeler de bala... jajay! jajay!

—Jesús... las dos ya! M' estado un mundo! Me voy!

—Qué le digo al Pachó, Dumí? Mañana me voy...

—Quo... no sé pes! Vos dirasle no más, Angel, lo que quieras!

—Siempre miso he d' estar viniendo. Trairás pes a seño Michi a que visite a Reja, no?

—De veras, Dumí, saludarás a la seño Michisita. Tan buena qu' es...

Trepó nuevamente la Dumí por El Chorro, andando por la media calle acolehada de retazos de la paja toquilla. Bajó por una vía dividida por acequia, cuyos reflejos espejaban con la grasa de los sombreros lavados por los eholos que manejaban escobillones cilíndricos y negros, untados del albayalde que caía líquido de suciedad. Alojada de la presencia de las viejas calzando los toquillas en las hormas, a pulso, apretándoles contra su vientro, la Dumí miró los montes. Asolcaban las montañas en auge de Sol, insertando a la longa visiones fantásticas... Creyó divisar al Muyubumbay, arreando una tropilla robada... de barrocos... de murungos... de vacas pintadas... Suspiró con ímpetu, adhiriéndose al resnello a sus mejillas coloradas, como la faja de tierra que se ve en el cerro Palca—Rumi.

El rostro del Angel le brincaba entre sus ojos. Sobre todo el machete le cosquillaba emoción y quería acariciarlo, largamente... con desseo morboso, incontenible. Confortada con la seguridad moral del Angel, marchaba segura de su vida. Ni siquiera temía el reto de las niñas.

—Ojó pes... he de decir no más que juí onde la ña Angela y que ella me mandó a una artera. Pachito...

Sol en las arteras de la Dumí.



## CAPITULO XVII

La niña Techa se casaba!

Imaginaba una cosa de nube; un sorbo de agua de vertiente a su garganta; algo así como cuando correteaba sin zapatos sobre los llanos diamantados de shulla; como cuando estaba sobre la alfalfa de Sumag Allpa... Nerviosamente traspuso su infancia, su adolescencia... y todo aquello que hubiese moldeado sus 15 años, trémulos ante cura Luis, que bendecía las alianzas. Bailoteaba la concurrencia en la cabeza de la niña asida al brazo de su marido, el Guillermo. Aurelio no cabía en sí de gusto...

De la dentadura del Steinway reían los fox trots, mareando a la Michi ya anunciada su proximidad materniega. Espejaban las polleras de las cholas con los centellares de los focos y las miradas de la Dumi que advertía, deferentemente, los retorcijones alternos de la Michi que lloró cuando le quemaron a ella la boca. Desatendidas de la farra, se contraían a sus dolores.

—Qué le pasa pes, seño Michisita?

—Los porotos que comimos creo que me hacen mal...

—Diga a la ña Eloisa que le dé una buena copa.

—No. Ya ha de pasar no más. No te preocupes, Dumichita...

—Pida no mas, a que se reponga de una vez. Vaya acostar mejor.

—No ves que tenemos que atender a los niños? No...

— 2 —

Acontecimiento trascendental fué el matrimonio de su hija Techa para misia Mica. Madre, tenía que vivir dos veces el casorio: como mujer de Hazera, y compañera de su hija, a la cual colmó de advertencias y de lloro. Un vacío estaba merodeando en su vida agitada; le parecía que algo desprendido de ella iba a brazos de un extraño. Pendiente solo de que los días pasasen para ir a visitar a los desposados, no tenía reposo.

La Dumi, cuando no había mucho servicio, se paraba en la puerta de la calle. Alelada por la visita hecha al Anjichu, descaba, fervorosamente, volver donde la Reja. Pero la contenía un pesar, mezclado de zozobra, revolviéndose toda ella en una indecisión remachada a sus suspiros. Espiaba el ambular de la gente, quedándose boquiabierta hacía los picos de los cerros que que temblaban a su mente con el recuerdo del cuatrero. Tanto enraizó los nervios a la imagen del Pacho que, el rostro de su madre de ella apareció descolorido entre los borrones de bruma que envolvían su cerebro. Le gira-

ban escenas, escenas campéras, con olor a llanada y a valle retozón; estaba embobada, proyectando cine introspectivo que le alejaba, en máximas emociones, del anterior de mi vida. Y la luz que impulsaba su estado anímico era un mugido de toros y el rostro de la madre de la longa.

—Dumi!

Con cimbrón de su médula viró su cabeza para enfrentarse con el trasego que danzaba en su psiquismo pasional...

—Mama... mamita! Adios, que bruta soy! La Reja ha sido!

—Desde rato estoy llamando, y no me oyes!

—En mi mamita pensaba...

—Sólo en ella, Dumi?

—Por qué preguntas pes de ese modo?

—Pide un ratito de permiso. Una linda cosa tengo para darte a vos!

—Qué's pes? Qué's pes? Dí pronto, Rejita! Qué's?...!

—Pierdes... pide pronto permiso! Tu cari está en la tienda...

—Calla, burra! Espera—espera, ya miso vengo!

Tropezando en las escaleras, sin percibir nada fuera de lo suyo, solicitó licencia a la ña Mica. Vistióse al vuelo con la pollera morada, el rebozo cardenillo y el paño «perguano» que cubría su pecho descompuesto latiendo ijares de bueyes en plena arada de angustia deliciosa. Comprendió todo su desasosiego...

—Vamos, Rejita... vamos!

Resbalaba su alma a la orilla de las aceras con briznas de paja y los golpes de los mazos maceteadores rivalizaban con su mismo corazón, tundiendo tanto a la Dumi que el pecho le temblaba como gelatina. Iba a estar junto al Pacho! Cuánto habría cambiado el indio? Acaso ni se acordara de ella... pero le mandaba a llamar! Los cercos altos, iguales a los de su choza la noche del abigeato, le apretaban sus sienas; ahora encontraba el llaño de las tapias más verdes, hasta oloroso. La Reja espantaba a los perros que intentaban asirles las polleras. El polvillo de azufre parecía de oro, y se le posaba en el pelo; entonces la china recordó el referido de ña Mica: que unos ricos montoneros del Sigsig antiguo y curuchupa jugaban carnaval con oro en polvo...

—Dentra, tontarrona esta!

—No puedo... Rejita, linditica... las piernas rompen miso!

—Ven no mas, Dumicha... Entra.

—Pa... cho! Y guagras? Y Pintada?

—Jaja! Aquí estoy sólo yo! Ven, Dumi.

—Pobre almita... todo recuerda!

El pachazo del Muyudumbay resaltaba bajo la camiseta roja, terciada por la cadena del machete cuyo pomo semejaba contener el corazón de toro silvestre y cimarrón del longo. Arrogante en su fornidez, dominaba a todos. El Anjichu, servicial a su colega, condujo a la china a una banca, ofreciéndole un vaso de cervoza. El Pacho era el eje, sobre el cual giraba el ambiente familiar. La Dumi enterraba sus miradas en el suelo de tierra apisonada; veía los pies de bronce, tatuado de rutas parameras. La llamazón de un hierro al rojo le infundía pavor, y creía la longa que, de alzar su vista, iba a ver echando chispas el pecho del Muyudumbay.

—Estás contenta, Dumichilita?

—Aura claro pes, Pachito...

—Hele vidas, la Reja también!

—Con carí a lado... cuándo no pes!

Se azoraba la Dumi escuchando los comentarios; soslayando ternezas al rostro del cuatrero curtido de soles costanceros y de vientos insuflados de corros.

—Contesta pes vos, Dumi.

—Ari... Pacho... ari!

—Y no malmodian en la casa? El Angel cuenta...

—Como a vos... pusieron quemando mía boca... la ña Mica, con cáscara de huevo ardiendo. Ve...

—Vieja puta! Carajo... no más, digo!

—La seño Michisita curó pes Pacho...

—Buena mujer es esa.

—Olvidemos las penas. Aura festejemos que el Pacho está en mi casa.

—Bueno Rejita. Trai más cerveza.

—Hizo su efecto el licor en la cabeza desacostumbrada de la Dumi. Euforia... Chiflón iridiscente de imágenes... Anhelos de gritar lo que sentía... El Pacho, oprimiéndole una mano... León, vestido con su saco de alitas... la Tocha con azahares... el robo de los animales... El Pacho! Estaban juntos, en el libre vuelo de sus sangres, limpias de quererse.

—Y no recuerdas de mí en ciudad, palomita?

—A la fuerza pes, aychajillul!

—Jaja... antes fui ladrón de poco, pero aura... recuas enteras robo! Menos de 8 yuntas, no me jalo!

—Nos jalamos, Pacho, sí!

—Do repente les trincan, y ahí sí... hasta vernos!

—Trincarnos? Jajay!

—Aquí está el estatequieta!

Los dos indios, de pies, ríspidos, chocaban sus machetes con ruido de campanas claras, que caían en la tarde con sonido de esquilas lejanas... Luego extrajeron sus revólveres, en cuyos socavones de tiniebla entraron las sonrisas de las mujeres engreídas.

—Y escopetas también tenemos!

—Con balas venaderas, afiladas las puntas!

—Do no exponerse es, Pacho...

—Ni ontre 20 me trincan!

—Amenaza somos de enchivados!

Sueltas las lenguas, un rescoldo de campiña difundía su sinceridad en los vocablos que no tenían la delación aviesa. El Pacho quería abrazar a su novia, pero se contenía...

—El León, Dumi... cuándo va pes a fundo que compró a cura Justo?

—No sé... otra semana croque dicen las niñas. Cómo sabes pes vos, Pacho, que se va a ir?

—Noticias de todo tenemos. El diablo nos cuenta... jaja!

—No digas eso, fiero longo! Puede castigar Taita Dios...

—Nuestro amigo es Taita Dios!

—Y si no ayuda El, el diablo ayuda pes!

—No digan así, malhablados...

—Puede miso haber castigo!

Las hembras signaron sus entrecejos, invocando protección para sus caris. Pasaban por sus mentes la sumisión que los esperaba, expuestos frecuentemente al rencor de los propietarios. La Dumí, secretamente, masculló una oración; luego miró a los ojos de su hombre.

—Y cuándo vas pes de nuevo, Pacho?

—No sé... Depende de cositas... Ya t' he de decir no más.

—Y el León...

—Qué pes el patròn, Angel?

Temblaba la china, ante el pensamiento que cruzó por la frente del Muyudumbay, comprimida su boca, contenidas sus palabras.

—Mañana es fiesta de Cruz de Vado, Dumí. Ahí mos de vernos.

—Ninguno de Uds. se ha de mover de la tienda, eh!

—Cierto... pueden agarrarnos y ahí se friega todo! Podemos borrachar.

—No harán tonteras, eh! Quedaranse aquí, bien seguritos.

—Yo les he de cuidar, Dumí.

—Da pes mano a Pacho, Dumichita...

El Muyudumbay entibiaba sus manos, golosas de ganado, en las de la china. Las sangres se les iban a meterse, con un olor a fagonazo, dentro de sus médulas cariñosas.

—Dumí... no ofiendas... recibe cinco sucresitos para fiesta de Vado.

—No, Pacho. No. Plata mal habida... no!

—No seas tonta, Dumí. Coje no más!

—No, Reja, no!

—Toma no más, Dumí; no despreciees... malota!

—Bueno... pero para misa, entonces! A que Dios les socorra!

—Pero el resto para dulces entonces...

Ante la frase de la longa, el Anjichu tuvo una opresión cosquillante en su pecho, en tanto que, para calmarse, el Pacho abrazó a su novia. Fraternal y sensible. Sin ningún reparo ya de la Regina. Había algo más fuerte que el veto de etiqueta o de simple educación primaria. Más que nada, era todo el campo que se unificaba en ellos y así, ya cohesionado, se disponía a defenderse de la urbe...

—Bueno, Pacho... si sobra algo, para dulces. Mo voy...

—Dejarás ver otra vez carita, Dumicha...

## CAPITULO XVIII

Hazera no cabía en sí de gozo por el matrimonio de la Techa. Satisfecho, cobraba más amor para su Agucho, su erfa, y delcítábase pensando en que él y Guillermo pondrían a raya a los cuatrerros que sé atreviesen amenazar su ensoberbecida robustez orgullosa de terrateniente de Sumag Allpa. Rememorando la recomendación que hizo a la niña, rió de buena gana... Que lindo! él le había dicho. «Y... ahora, *señora*, a ser buena mujer, como Dios manda, y a darme muchos nietos, eh!» Desesperaba porque terminase la luna de miel, para ir a visitar a la Techa en la quinta de Huayna-Kápak. Entonces si ya podía marchar a la hacienda a efectuar los preparativos para la instalación definitiva de los casados que irían a estarse, de firme, controlando los manejos de la hacienda.

Sentado en el corredor de la casa, charlaba con placer, masticando animosamente su cigarro.

—No quisieras, vos, Aurelio, acompañarme al entable que compré al cura Justo? Hay que ver cómo lo voy a poner... realmente nuevo!

—No, León. Me siento viejo... Anda vos y el Agucho no más. Allí tienes la compañía del Dr. Cañada. Su hacienda está cercana a esa propiedad.

—Buen terreno ha de ser, cuando el dicho Cañada ha escogido por esos lados.

—Pero si él no tiene nada. Todo les ha dado a los indios. El vive de su profesión no más.

—Que tipo, derrochar el terreno de él en regalos a los indios.

—Bien dicho, Agucho. Eres un buen hacendado. Ese es el espíritu que cabalmente debe tener el latifundista: amor a su tierra, todo para él, y ningún miramiento para nadie!

—No veo la hora de irnos, Aurelio...

—Y... cuándo te vas a Sumag Allpa, León?

— Hombre... no has sabido? Mañana madrugamos; no, Agucho? Voy a bailar colado toda la noche con tu Angelita... jaja!

—Hum... si es que ella quiere serápués, viejo adefesio!

—Viejo soy, pero a bien puesto no me ganas vos, con tus ínfulas de Ramón Navarro... jaja!

—Bien dicho, papacito. Así es!

—Ya están los autos en la puerta de calle. Vamos.

—Todas estamos listas, papacito.

—Y la Mica?

—En seguida me pongo la manta, León. Adelanta no más.

—Caracho... esta vieja no quiere cambiar la albarda esa, por más que le digo. Ve, Aurelio, docenas de sombreros le he comprado, pero ella nada! que la manta a de ser... Adefesio!

—Es que... no hay como el zapato viejo, León.

—Pero yo quisiera verle a la Mica con montura nueva... jaja!

—Siempre tienes los símiles de equitación, viejo sucio! Como si la pobre de tu mujer fuese yegua!

—Ay... y de las buenas era, vieras!

—Calla, calenturado carnal, tus hijas pueden oír! Monta en el auto!

Partieron, aviados por la servidumbre que cerraba las puertas de las máquinas, recomendando saludos a la niña Tacha. Mica cedió el mejor asiento a su marido, que lanzaba bocanadas de humo al cuello del chofer que tenía que encoger sus hombros.

Solo permanecieron en la puerta de la calle, la Mercedes y la Dumi. La Michi se retorcía con sus primeros dolores. Estaban por demás las explicaciones, ya que la Dumi sabía qué era aquello, solidarizándose con su compañera. La novia del Pacho condujo a la enferma a la alcoba de servicio.

—Acuete, bonita, a ver si le calma... no es bueno renegarse mucho.

—No... no ha de pasar nada! Aura miso venir este cuento, caray...

—Mejor, mejor pes. No ve que las niñas no están en la casa?

—Sí, pero... Más fuertes me vienen los dolores... punzadas seguidas! Dumi..

—Repose, sin hablar, señor Michisita.

—Ay... quisiera no levantarme más de estol Diosito mío! Ampárame!

—Sea fuerte, señor Michi. Quiere una agüita de toronjil?

—No... el dulce ha de apurar más la hora... Ay... y solita yo! Burra de mí... Para qué pequé pes, ajo?

—Qué hacemos pes, linditica?

—Virgepeita mía... ayay! ayayuuu! abrázame, Dumichita... ay!

Avida de caricias, la Michi lloraba en las mejillas de su compañera. Alcababa la Dominga, pensando, devanándose los sesos en qué sería procedente de ejecutar ese rato. Haciendo suyo el dolor, se ponía en el trance de la Mercedes, e imaginaba que ella hubiera podido hallarse en idénticas condiciones. Pobre señor Michi! Dábase perfecta cuenta del trance, y se angustiaba de su pequeñez. Pero había que hacer algo, y efectivo y de inmediato!

—Vamos al Hospital... allí le atenderán bien, señor Michi.

—Allá no! Me han de obligar a guardar la dieta y cama, y eso yo no quiero! NO! Dumichita... yo le quiero a mi guagüito cerca mío!

Extrañóse la misma Michi de que hubiera pronunciado la frase que era su misma vida desde hace meses. «Mi guagüito!» Dijo con naturalidad, sercnamente, como si a la Dumi le hubiese referido su secreto...

—Taita Dios... dame valor! Ya está! Yo le salvo, señor Michi!

—Cómo pes, bonita?

—Espere tranquila, voy a casa de la Regina y le llevamos allá. De confianza son. Espere. La Regina, mujer del Anjichu aquí en Cuenca está viera...

—Sois un ángel, Dumichita! Dumí. . . Dios sólo pague! Ya qué de hacer...

—Espere, bonita, Voy y vuelvo, en seguida. Estarase lista, con todo, no!

—Haciendo un esfuerzo, he de ir no más... Lo que quiera, por mi hijito! Santa María, Madre de Dios. . . (parirás con dolor!) Bentito es el fruto de tu vientre... (Jesús, ya mismito se me rompe la cintura!).

En la ausencia de la longa la Mercedes percibió, distintamente, la imagen del niño Agucho. Vió, a las claras, la rijosidad del joven en Sumag Allpa, lo que siempre andaba tras las mujeres de los peones; pensó que acaso él hubiera tenido un hijo en alguna de ellas, y que no se acordará siquiera del niño nacido en aventura. «Vaya, esto sí que no he de aguantar yo! Naidie le ha dominguñar a m' hijo! Mi guagua es de niño Agucho y él tiene que preocuparse de él! Mos de ver si mi guaguüto es un botado! Me muero... ño Aguchito... pero su hijo, perro, aquí, al lado de sus hermanas, bien muchado de su mama, como el rey de la casa se ha de criar! Ya sabo!» Reforzaba sus frases con retoreijones, latiéndole el pecho al cimentar su resolución en médula viva, tenaz a realizarla! Yuntas matreras le jalaban de las caderas, tornándola guñapo de torsiones, en ensanchaduras bruscas; imaginaba que una sierra le estuviese royendo los huesos, partiéndola mitad por la mitad. Gimoteando, arregló el ajuar oloroso a nuevo, fragante entre las vainillas que extendían sus cuerpos de culobras aromáticas entre camisas rosadas, gorras auroras cercadas de copos niveos y bayetas de la tierra resaltadas de caminos complicados de bordaduras azules. Recordaba con cuánta emoción comenzó a laborar la ropa, cantando su angustia, pensando en su hijo, y alegando que vendía las costuras, a que las niñas no sospechasen... Besaba las prendas, descansó que ninguna otra criada llegase a molestarle. Oprimía sus pechos a las telas, y a cada vez que echaba su aliento en las posturas, su hijo se le anunciaba más insistente, llamando a la puerta de la Vida para verle a ella, a la Michi, que lo hubo retenido 9 meses en su cofre de ternura... y de coraje!

—Hele ve, seño Michi? no me dilatado nada! Aquí está la Reja!

—Ay, Dumichita... Dios te bendiga y te ayude!

—Helay, seño Michissita... en lo que pone el amor! Por querer nos fre-gamos las mujeres! Vamvamos pronto!

—Da llevando esta petaquita, Dumí. Ropita del guagua es...

—Quiere mejor que traigamos un auto, seño Michi?

—No. Los choferes pueden contar al niño Agucho, y se friega todo.

—Vamos ya. Apoye en nuestros brazos.

Asida al amparo de las compañeras, renqueaba la parturienta, pareciéndole que las calles eran zarzales taimados que introducían, a cada paso espinas penetrantes a lo hondo del vientre. Sudaba frío. Sus manos engarfiaban las muñecas de las otras cholos que admiraban la fuerza de voluntad de la Michi, Marchaban, sin fijar atención en el barrial de El Chorro, pendientes de las actitudes de la Mercedes, concretadas a su acción. La sentaron un rató en alar; le dieron conversación de ajenas cosas, como si nada pasase... Cercos altos, con pájaros que piaban encima de las copas de los árboles, pareciéndole a la Mercedes que estaban parados en su mismo vientre y que, a cada sonido, le picoteaban las entrañas. La casa de la Reja abrió sus puertas en palmas de manos.

- Venga a mi casa, señor Michi. Segura ha d' estar.
- Dios ha de tener en cuenta esto, Regina! Gracias, Anjichito...
- Y el Pacho, Reja?
- Contesta vos, pes, Angel.
- A ver a la partera se jué, Dumi. Venga, señor Michisita. Venga; como a mi mujer le de atender yo. Ni pudé estar delante de Reja en último guaguüto, a ver a doctor juí yo.
- Si pes... Angel. Si contaron eso. Gracias por todo lo que hacen por mi, que ni merezco nada... Aura si que creo que me llegó la horal Ay...
- Ahí viene el Pacho con una señora...
- Pachito...
- No hable, señor Michisita.
- Véale, señora, ya mismo cro que quiere botar saliendo el guagua.
- Sí. Callada debe estar. Para atenderle estoy yo aquí. Callada, no? A ver, abra las piernas!

Quitándole la faja, manotó la comadrona, asustándose de la inminencia del alumbramiento. Ordenó al Muyudumbay que se marchase afuera, y a las mujeres que estuviesen prontas con agua caliente para bañar a la criatura. Los cuatrerros, sentados en el porche tras la tienda, percibían los ajetreos de las mujeres en el interior del aposento; sus ojos miraban las nubes, los planos de los cerros arados, las vacas que jalaban a mordiscos las hojas de las chaclas vecinas. Pensativos. Cavilaban, abstrayendo sus pensamientos en una idea fija, que envolvía sus cerebros y que silbaba recuas al galope...

- Mañana vamos allá... no, Pacho?
- Sí. Bien de madrugado mos de salir. Ya compré 12 varas de alambre.
- Bien fuerte es!
- Resosín tan compré yo... Al mismo viento puede cortar mi machete!
- Eucálo de 2 años, de un golpe, pusé cortando con el mio!
- Ayy... me muero!
- Pacho!
- Anjichu... vengan!

Penetrando en la estancia, los indios encontraron un niño en manos de la Dumi. La china le abría los párpados para ver qué color sería el de sus ojos. La comadrona manejaba, con grosería, la carne de la parida. Se descoyuntaba la Michi en una congoja sorda; luego reaccionó su maternidad y postrose en un silencio vigilante. Lentamente se incorporó, apenas, para ver cómo bañaban a su hijo. Enterraron la placenta. Limpiaron a la madre. Todo con devoción, fraternalmente; las mujeres andaban despacio sobre el barro de la pieza; hablando en voz queda cuando se ofrecía algo. Miraban a la Michi, la ponían compresas frías en la frente, le daban caldo de pollo, hecho ese mismo rato. Y la mujer del ño Agucho las veía con ojos turbios, de lágrimas y gratitud arrancada de sus arterias hinchadas ya de leche para la criatura. Satisfecha, con los 6 sueros, la vieja creyó del caso dar consejos, vacilando completa y franca mejoría. Olfía el cuarto a vida nueva, a carne de guagua, a entraña materna que multiplicó su ser.

- Lindo, parió... señor Michisita.
- Vaquita mía parió así mismo en hacienda...
- Cara de no haber hecho nada tiene! Jueves y Domingo puedo estar



pariendo, sin que nadie caiga en cuenta!

—Que alivio... Dios mío! Dios les ha de tener en cuenta esto! Y el guagüito?

—Aquí tenemos!

—Cholote lindo ha de ser!

—Se heroda miso la buena cría!

Los cuatreros metían sus caras curtidas en la suavidad del niño. Lo palmeaban, lo pesaban suavemente, levantándole en vilo, asombrándose de que no pesase mucho esa cosilla que molestaba toda la vida, y que se la quiere... que se responde, por ella y que por ella hay que ser persona de dignidad y de conciencia, para que ella emita su fallo, el único que cuenta y el único que vale! Besaban las manitas heladas. El Pacho, más que ninguno, gozaba aplastando, delicadamente, la naricilla hinchada del recién nacido.

—Aprenderás, Dumi... Grandote caricito es de seño Michi!

—Hele, Dumi... ya tienes orden de Pacho! Jajay...

—Vay... el longo este también!

—Machito robustote!

—Cómo también podría alimentar así!

—Así somos nosotras, duras, duras para todo pes.

—Para algo dicen que somos de distinto barro del blanco...

—Laichus carajos!

—Se siente mejor, seño Michisita?

—Algo me duole... Pero si he de avanzar a la casa.

—No hay ningún apuro. Puede malograrse Usted.

—Recién son las dos y media. Y las niñas han de estar toda la tarde.

De noche dijeron que van a regresar.

—Cierto... Dios les pague, por todo miso!

—El Melchor nos ha de tener en cuenta esto, para ganar el cielo.

Mentaban el nombre del albañil, y sabían que su Raza estaba vibrando en la acción. Brindaron copiosos draques por el nene, ya pegado al pecho de la madre. Cada cual prendía fogatas de fraternidad y torpezas al cholito silencioso, contento de advenir. Los abígeos se miraron sus rostros, comprendiendo lo que sus mentes pensaban, dando como un buen augurio la venida del chico. Bien les iría en su viaje!... No separaban sus miradas del nacido. Discutieron su nombre con acaloramiento; hojearon en sus memorias todo el calendario, sin llegar a un acuerdo definitivo. Se embromaban, con pullas intrascendentes, sinceras de hermandad. «Esto se ha de llamar...» «No, este nombre mejor,» «no está bueno ese... estotro es lindo.» Con bravas voces vociferaban los hombres, como si estuviesen arreando una tropilla malhabida de nombres, entre la alharaca de las mujeres.

—Ya no peleen tanto. Vay... Pacho se ha de llamar!

—Merece, merece el Pacho!

—La seño Michi miso vale!

—Lucido el Pacho, dichosote...

—No... Pacho mana bueno, seño Michi.

—No. Pacho tiene que ser mi guagua!

—Gracias... Dios sólo pague, seño Michisita! Pero mana bueno miso...

Conmovido fuertemente, el indio no acertaba a traslucir el cúmulo de

emociones hondas, despotricadas, que le atravesaban traicioneramente sus nervios—ahora!...—a sus mismos nervios que no temblaban ante nada, que hubieron oído lo que el rayó raspaba su candela junto a su cabeza, lo que la bala le astillara su clavícula, lo que el hierro rasgó, con ardores, su carne y su sangre... Ante el íntimo deleite de dar su nombre a un retoño... se enardecía en sensación lela, suspensa de palabras. El era foragido de la Ley, un buscaganado, un aychajillu señalado por la policía... y ahora este guagüito se llamaría como él! Entonces... alguien le quería... no era el odiado y perseguido sólamente! Daban su nombre a un niño, sin temer que le trajese mal augurio haciendole sombra funesta eternamente. «Dios sólo pague, seño Michisita!» No había otra frase mejor. Desahogó su gratitud en una sonrisa de páramo visitado por el Sol. Quitando los remaches de la cadena que le lamía el cuello y se fatuaba en viboreo centellante por su pecho, extrajo el machete de la funda con abrazaderas de plata. Puso la fulgencia de los eslabones encima del tórax del pequeño. Arrodillado, lagrimando sus ojos junto a la madre, alzaba el arma con su brazo derecho en movimientos de musculatura viril, de Andemacho de kipas y bramadas de Huelga de cariños... Huelgas culminadas en el triunfo! El brazo desnudo del Pacho, era cresta de volcán moreno y potente suspendido al infinito, en tendones firmes de lieyeza.

—Taita Diosito pague, Michisita... Vos curasto boca al Dumí! Vo: argolla por argolla jáquimas de toretes finos añudí en cadena... machete cuida cadena de eslabón de jáquimas! que esté mío machete en pecho de guagüito... Machete defenderá vida de machito con mío nombre! Ismata micuy, laichucuna!

—Pacho... gracias! Gracias!

En tanto que la Mercedes hipaba su dolor y su alegría, un pujo violento sacudió la fornidez del cuatrero. De pies, sin tratar de ocultar su emoción, subiendo y bajando su pecho en bato de gratitud, elevó su copa con la misma mano que empuñara el arma, cuyo fulgor parecía que se uniese al líquido, que se ontrase dentro del vaso, para que el Muyudumbay tragara su propio machete. Zampóse, de un sorbo, el aguardiente.

Conmovidos los demás estrangulaban vibraciones de escalofrío filial. El Anjichu sintiose más orgulloso de su compañero.

Decidieron que el Pacho dejare, en el zaguán de la casa de León, al hijo de la Michi. Caminaba éste con la Dumí y la Reja, de regreso. Admirada de su fortaleza, su sangre iluminaba la noche con sus rezos, a que el Pacho culminase bien su cometido. Sentíase flaquear, pero se daba ánimos, diciéndose interiormente: »Camina, camina, Mercedes! Ya en casa has de estar con tu guagüito!» Y asentaba más firmemente sus pies, doblaba mejor sus rodillas y se sentía reconfortada. Pisaba en las puntas de sus plantas, a que el cimbrón del viaje no reparcutiera demasiado en sus vísceras heridas.

Con la Dumí, se acostaron en silencio. A las demás cholas les dijeron que habían ido un rato a visitar a una amiga. Como la Michi era de respeto, las criadas creyeron sin más preámbulo. Orejoras estaban las dos, escuchando ansiosamente las horas que pasaban con pachorra lenta. Los ruidos

se cólaban dentro de sus angustias y los minutos rodaban como si los eslabones de la cadena del Muyudumbay se hubieran reventado. Hasta que...

Jumos regresaban Hazera y Agueho, haciendo bromas a su familia que repelía el entusiasmo de los hombres. León, agarrado por la Mica y la Eloísa, caminaba trabajosamente, pero chistoso, haciendo payasadas...—a qué repetir las señor? Agueho estaba afianzado del brazo de Lucía. Abrieron, sin llave, la puerta de la calle.

—Que oscuridad! Podían entrar los ladrones, con la puerta emparejada...

—Si cuando una falta de la casa... Todo se vuelve al revés!

—Chinas brutas!

—No les hablen así... pobres cholas. Ellas también tienen su derecho a divertirse como nosotros, Mica!

—V vos dices eso, León? Qué cambiado estás!

—Agueho, enciende un fósforo! Adelanta a prender los focos! Pronto!

Andaba el joven, con sus pupilas entornadas, hendiendo la tiniebla con ojos chiquitos, pero filudos, salidos una cuarta para ver mejor. Ascendió la escalera en cuyo rolleno, una ráfaga de aire apago el fósforo. («Carajo... la Michi ero que está queriendo burlarse de mí, y apaga la luz!...») Nada... silencio arriba, abajo las pisadas de la familia impaciente. Hasta raspar otro fósforo, Agueho tropezó con algo suave, blando... muelle, caricioso! En su excitación de chumo, tuvo un sobresalto y pegó leve puntapié al bulto tibio. Le golpeó una corazonada, a la voz de su hijo.

—Aquí hay no se qué también...

—No ha de ser dinamita, Agueho?

—No diga, papacito!

—Calla, León... Enciende otro fósforo, hijito!

—Ya... ya... Jesús una criatura!

—Y tiernita es! véale pes, mamita linda!

—Quién le botaríapués?

—Caminen pronto al dormitorio, puede hacerle mal el sereno!

—Lindo guaguüito es...

—El Agueho este... con sentimientos de padre, vaya!

Agueho abrazaba tiernamente al niño. Cuando dieron luz eléctrica, todos vieron que se abría la ventana de la alcoba de los viejos y una sombra rodaba a la calle, sin ruido, ágilmente.

—Ladrones, ladrones, León!

Que viva Cuenca, carajo!

—Pareces abogado borracho; calla, León!

—Veamos mejor si no nos han robado nada.

Revisaron la pieza, detalladamente, sin encontrar ninguna falta en sus cosas.

—Véale, mamita... que lindo guagua!

—Si, si... Agueho, no te he conocido guaguero a vos! Vaya...

—Es que, mamita...

—Que rollizote es!

—Pero... aquí hay un papel! Dice que la criatura está sin cristianar y que le pongan el nombre de Francisco.

- Vaya... qué regalito! Hum...  
—No tendrá corazón para quitarnos, papacito!  
—No, no... qué dirá la Mica?  
—Mamacita, no nos van a quitar el gusto de criarle nosotras!  
—Caramba... dejemos eso para mañana. Llamen a la Michi!  
—Aquí estoy pes, niñas. Oyéndoles venir, me levanté.  
—Ve, Michi... un guagüito! Igualito a mí es!  
—Así veo pes, ño Aguchito! Igualito a su mercé miso está...!  
—Vaya, vaya con el Agucho!

Sentáronse los nervios de la Michi, en su vida feliz. Con ternura hubiera querido besar las manos de las niñas que disputaban por amargar a su hijo. Le miraba en brazos del verdadero padre y se acongojaba más que cuando el Muyudumbay puso al guagua la hoja de su acero, la cadena confeccionada con las jáquimas de los torcetes robados. Tentada estaba de gritar al Agucho que él mismo era el padre del niño. Pero... podía complicarlo todo, hasta la caída del Pacho por la ventana...

El patrón grande, invadido de súbita ternura, palpaba frutivo al guagua, guiñando el ojo al Agucho que, con los tragos, removida su emoción, lloraba abrazado al none, ante el asombro de la Michi y de sus hermanas de él.

- Pero, qué te pasa, Aguchito?  
—Nada... nada... no sabría decir! Mamita!  
—Calla, hijito, calla... No llores... guagüero este!  
—Qué ñaño tan de buen corazón!  
—Corazón de oro tieneo!  
—Papacito... el guagua... el guagüito...  
—Si, si, hijo... Pero basta de moquear! Cualquiera diría que la Techa se ha adelantado... jeje!  
—Tienes unas ocurrencias, León...  
—Bueno. Vamos, Agucho. Tenemos que madrugar a la hacienda. Ven a tomar un trago por esa cosa que te hizo llorar, y... a ser hombre de una hecha, va!

—Espere un ratito más, papacito. Yo no tengo sueño... Vaya no mas Ud.  
—Bueno, pero no te olvides de tomar un draque a mi salud y a la de tu hijo, padre putativo!

La Michi, sin poder resistirse, fué a la cocina a preparar una mamadera. Y no podía dar ella, directamente a su hijo, el pecho que se le rajaba con la leche, fluyendo borbotones cálidos de gratitud. No Agucho le había mirado de un modo...

Los pechos de la madre eran pompas de júbilo, solidificadas en maternidades.



## CAPITULO XX

Tambo Final. Sol... Sol Rojo! Sol Amarrado: INTIHUATANA... Sumag Allpa!

En el auto que les conducía por el carretero, ahora abierto casi hasta la misma hacienda, León dejaba que sus muslos se rosasen con los de su hijo. Los movimientos de la máquina, en vez de adormecer sus pensamientos, los avivaban en desbrozar de emociones y en libertad de anhelos. Repasaba, verificando a lo vivo, todos los actos del pasado; dábale giros alucinados todos los rostros de su familia, descubriendo en cada cual insospechados rasgos fisonómicos, que nunca los notara anteriormente. Brindó un cigarro al Agucho, encendiéndolo él personalmente. Allá, en el camino, rodaban rocas desprendidas de lo alto. El cielo se abría en tazonces de añil, ligeramente rayado de blanco... Agucho respetaba el silencio de su viejo, y ensanchaba mayormente su tórax que sentía profunda e inusitada confianza de sí mismo.

—Papacito... que lindo guagua, no?

—Sí. Sabes que eso de que se parece a vos, no fué sólo broma?

—Es que Ud. también me encuentra parecido? No... si es una criaturita, y no se puede decir nada aún...

—Así dice... Hum! Me siento con unas ganas feroces de trabajar! Ya verás lo que hago del fundo ese que compré al curajo.

—Buena tierra es. Merece que se la explote bien. Yo también le de ayudar.

El parabrisa del vehículo presentaba el camino en fantasía de espejo movedizo. Lleno de polvo el poncho de Hazerá despedía una nubecilla de su trama. El cintillo del sombrero toquilla estaba café, mientras en sus labios quedaba una línea oscura de nicotina. El día avanzaba jadeante en las ruedas del vehículo.

—Y... qué piensa hacer en ese fundo, papá?

—Todavía no está explotada en regla la industria de carbón. Todos necesitan ese artículo, que escasea. Ampliando mis carboneras por ese lado, tengo bastante bosque para producir mucho carbón. No te has fijado en eso?

—No, poco conozco eso papá.

—Podemos sacar de la primera carga de leña, para hacer lo que te dije: carbón! unos 1.000 sacos. Ya verás cuando vayamos allá.

—Y qué tiempo se hace de Sumag Allpa a ese fundo?

—Unas dos horas, bien andadas; a caballo, por supuesto!

—Vaya, papacito. Ya llegamos a la hacienda. Aquí tenemos que tomar los caballos.

—Mejor. Es bueno cambiar de movimiento. Y como no es mucho trecho...

Sin regatear, pagó León al chofer que los condujo. Hizo algunas bromas y le encargó que diera a su familia sus recuerdos. Cabalgaban con brío, con gusto de mantener sus cuerpos sobre el de las bestias que eran gobernables al antojo. Eso de tener—decían—que estar al mando de un chofer... es el colmo! Sus espíritus gamonales estaban mejor afianzados al lomo de las bestias y de los indios, antes que sobre las máquinas gringas...

David les atendió a maravilla; servía draques copiosos y cerveza con sandwiches, poniendo a sus amos al corriente de toda novedad. Declaró que el robo de ganado había parado hace tiempo y que ni por chiripa asomaban los cuatreros. León agasajaba su latifundismo regocijándose de que no hubiesen más pérdidas. Apresuradamente hizo servir la comida a eso de las 5 de la tarde. Ni probaba los alimentos, descaudo encerrarse en su alcoba y tenderse en la cama. Luego del café, fué derecho a su cuarto. Miraba las tablas morenas, manchadas a trechos, y revivía la farra del día de su santo; recordó que su Gustavo había nacido en Sumag Allpa. Pensó en la Techa, y vióse rodeado de nietos. Díjose que él tendría que luchar para darles, además de su nombre, alguna fuerte herencia de dinero. Efectuó planes de trabajo, croquis de proyectos a realizar, con tanta intensidad y gusto, que debilitóse al extremo. Invarióle sopor de angustia solapada. Sudor helado se enroscaba a su médula. Quiso parar sus piernas, pero le fallaron. Temblaban las puertas del dormitorio cada vez que una lechuza gravitaba su vuelo en la tiniebla. Ligeramente golpeó su cabeza contra el espaldar del catre. Recordó que una noche, lejana, le hiriera al Anjihu con la cachá de su pistola. Cayó pesadamente en el lecho, sin atinar a envolverse en la frazadas.

Afuera se oía el relincho del Chaguar que él montaría mañana. Ascondía a la Sierra la sangre de los toros deseosos de casarse. Y la noche era campana imposibilitada de tañer.

—2—

—Papacito... deje que le acompañe el David.

—No. El tiene que hacer aquí. Vos, anda prontito al pueblo, y traes las libras de clavos que te dije. Luego te vienes al fundo, un poón te puede enseñar el camino.

—No, papacito. Me he de orientar no más yo solo. Mejor Ud. lleve al peón.

—Señor, me iré yo con Ud.

—No, David. Nadie me acompaña. Desde cuándo un señor y patrón de Sumag Allpa no debe andar solo por sus dominios? Vaya, callen ya!

—Pero siempre los amos viajan acompañados de un estribero, para cualquier cosa, papá.

—Basta de jorobarme la paciencia! Te vas... Agucho, véamos: a las dos y a las 4, más o menos, estás conmigo. Anda ya, hijo!

—Ud. manda, papacito... Bueno.

—Hasta luego, David. Mañana haremos ese tajamar en el río.

—Si, si, señor. Le deseo buena suerte.

Partieron en direcciones opuestas, los señores. Los caballos barajaban sus cascos en el polvo, mientras los jinetes los espoleaban con ímpetus de conquistadores. León, terciado al cuello el poncho, dejaba que flotasen al aire los flecos y gozaba al percibir el chasqueo de los hilos contra el ala de su sombrero. Sentía deseos de dar un galope, pero le contenía la vehemencia codiciosa de mirar cómo estaban los trabajos de su hacienda. Inspeccionaba todo, con ojos zahoríes. Acusaba la desidia del mayordomo al ver un árbol caído, una cerca sin reparar. Y se proponía, a su regreso del fundo aquel, dirigir personalmente las faenas. Cuando hubo salido de los linderos de Sumag Allpa, prendió espuelas a su Chaguar que disparó hecho un viento. Llegaría a tiempo al fundo, cosa de ordenar que hiciesen la comida para él y Agucho.

Qué magnífico animal era el Chaguar! Con hélices en los cascos socavaba el día, tremolando su erin en oleajes furiosos. De vez en vez, el señor tanteaba su pistola, y, cerciorándose de que estaba quieta en su sitio, sonreía. Plena puna ya. Un paramito refrescaba las mejillas, rubicundas por el frío y por la galopada. Hojas caían, balanceando en el aire su peso liviano y verde; se asentaban encima del lodo espeso, en todo el camino, como esmeraldas limpiecitas. El viento pifiaba contumaz, taladrando toda impedimenta para entrar por los oídos a desvanecer el alma y asordarle al miedo. Los herrajes de la bestia levantaban pellas de barro, que iban a dar contra los troncos de los árboles copudos. Ralamente divisábase el cielo a través de los ramajes enlazados. Rodaban gotas de las ramas madres, y los huicundos asomaban sus cántaros naturales con sus hojas puntonas y húmedas. Cuando había camellones, el Chaguar los saltaba con agilidad, sin tener Hazera que enseñar el miedo de trasponer el obstáculo. Florceitas blancas tendían sus corolas a las manos del patrón que las arrancaba, las acariciaba un instante, tirándolas luego a las orejas del animal que mejoraba su carrera. Terreno plano ya. No había llovido tanto, por ese sitio. Soltó las bridas a la libertad voluntariosa del Chaguar, centuplicando sus esfuerzos. La helada del paraje no permitía precisar debidamente la vista, ni distinguir los objetos a distancia envueltos en muselina fría y temblorosa.

El amo creyó ver algo, que se tendía de lado al lado del camino... quiso cerciorarse, pero el animal encabritó. Luego se dijo que acaso sería su cobardía sólo la que le instigaba a ver visiones. Cerrando sus pupilas, bramaron las roncadoras obligando al caballo a dar un salto y continuar su galope precipitado. Vió el amo... claramente... quiso solrenar al Chaguar, pero un golpe, incrustando su raya de dolor cerca del cuello del jinete, lo tumbó. Reanimándose, sintió que manos férreas lo asían, ayudando sus muñecas a la espalda. Percibió una risilla sarcástica, con fuego dentro de ella. Cuando abrió los ojos, su arma estaba en el chumbi de un asaltante. Galopaba el caballo por el camino lodoso colmado de voces.

—Qués, pendejos?

—Nada... amo... nada!

—Jueguitos de mitayos no más...

—El Pacho! El Anjichu! Condennados del carajo!

—No ha olvidado de nosotros, amito.

—Qué quieren, brutos? Suéltlenme, mierdas!

—No ha de ser...

—Queremos que con nosotros conozca, vea mejor su hato, patroncito...

—Montaña que dió cura Justo por tierrita mía.

Asperos flotaban el follaje los vozarrones de los runas que tendían sus orejas a cualquier sitio, a cualquier rumor, atentos al latido del páramo gélido de acechanzas. Mientras hablaban, diestramente ataron al señor; con batas cabresteras daban vueltas al cuerpo congelado y contraído de pánico. Comprendiéndose, con la videncia clara del compañerismo, no se daban órdenes. El alambre, flojo ya por el esfuerzo, producía brillosos rajando su línea culebreada al día cuyas luces, agónicas y temblorosas, estaban lívidas en las mejillas de León. Fuera del radio de donde actuaban los abúgeos, el silencio poseía oquedades de estupor que se las masticaba a sabor de susto desmayado.

—Bajarás alambre, Anjichu.

—Ya'stá aquí, Pacho. Vamos no más.

—Suéltenme! Tomen plata, brutos, si quieren robarme! Tomen...

—Más dentro de montaña a que des, amito...

—Más dentro de hato a que des, taita amito generoso...

—Ayau... no sean bestias, hájenme!

—A que no canses pes, patroncito...

—Suavito has d' ir no mas así.

Cargado con Hazera andaba el Pacho, avanzando fácilmente, sonreído, por la trocha que ampliaba su compañero. Se notaba en el suelo algunas ramas tronchadas, otras cortadas a machete, y pisadas de gente... como si hubiesen preparado deliberadamente el terreno. Chafaban los pasos de los cuatros a la hojarasca húmeda, empapada de agua que adormía ruidos. A veces, en las márgenes de los senderuelos, cuando pisaban sobre las hojas plenamente secas, éstas sonaban con raspar de oshotas, como las filtraciones de los indios en el tiempo de la Huelga de Sal... (1) Se trozaba la columna vertebral de Hazera sobre los hombros del Muyudumbay. Desnuda la dentadura del Pacho, atacaba las luces que gateaban, aponas, por entre los ramazones plomizos.

—Mulas... hijos de puta! Suéltenme! Andaré mejor... no sean malitos!

—No, amito... siempre montaste vos en cogote de runa...

—Aura, una vez más, qué... Quieres que ayude, Pacho?

—Carajo, suéltenme, andaré... Ayayai! No sean malvados... Ayau!

—No, amito... no ha de ser... Deja no más, Anjichu. Hasta injuierno caminara con patrón, cargadito en mí, a que no canse... Jajay!

—Jajay... taita cura Luisito dijo a mí que indio nació para servir a negro y a blanco... Bien está que vaya pes cargado, patroncito nuestro.

—Déjenme, bestiotas! abortos de mulas! Andaré... por Dios... Mamita...

Los restos de árboles talados, pinchaban las mejillas del terrateniente que se imaginaba que gilletes cecimábanle la piel. Mirando encima del trillo hecho, veía su rostro reflejado en los charcos de agua temblorosa; contemplaba la escena de modo extraño, antinatural, como si anduviese de corona, en sonambulismo de pesadilla. Recordó sus oraciones de la víspera, su cansancio...

(1) Espere la novela «SAL», de C. Humberto Mata.



Evocó los rezos con más fe. Unos 10 minutos duró el internarse por el hato. Barajaba la puna sus effluvios al viento hispido de acometidas, que descendían por la tupida fronda en chiflón amonazante, compacto de líquida verdura casi vaporosa.

—Aquí es, Pacho.

—Descanse, amito... descauso, bonito. Apiese ya, baje de caballo Niporro... Jajay!

—Para qué me traen acá, carajos? Dígan, animales! tomen plata si quieren...

—Espere, amito, espere... Nosotros meses hemos esperado!

—Espere, amito lindo. Espere.

En un claro del monte, porque ahí talaron los cuatrerros, prendieron una fogata; el amo pudo contemplar los rostros siniestros de sus cuestradores. Acumulaban chamiza a montones. De bajola paja, sacaban cargas de leña seca. Dispersaba el fuego la masa de sus llamas a los árboles verdes, translúcidos y titilando en el vapor de la quema. Planteando el tarro de korosín junto a un guayacán, el Pacho hizo señas al Angel. Sombras de cuerpos se proyectaban huracanadas contra los troncos estáticos. Remolía el silencio sólido la incertidumbre de Hazera, alorado, idiota, rozando a más no poder. Se hincaba a su médula el ajetreo de los runas. No sentía estarse revolcando en el lodo, atento a las palabras que cambiaban, silenciosamente, los indios temblando de furor, barnizados de blasfemias, de calor y de garúa.

—Qué me van a hacer, carajo? Suéltenme... 100 ayoras les doy! Pero déjenme ir... indios piojosos!

—Ya ha ir, patroncito... Espere...

—Paradito ha de estar su mercé...

—Aquí tengo ya cartera... Cómo quiso dar pes plata, con manitos amaradas? Hasta memoria ero quiás perdido, amito...

—Pendejos... por Dios bendito, suéltenme! Por Dios santificado... por la Santísima Virgen! Hijos... de Dios!

De nada le valía forcejear, domeñado por los bíceps de los aborígenes ensañados. Contra el más corpudo de los guayacanes lo amarraron, con las doce varas de alambre, entorchándole contra la corteza seccionada por el hilo de metal.

Ardían las brasas languoteando el aire acre, como enjambre de ponchos flameados de coraje. La palidez del gamonal se iluminaba densamente, untada por la pavura que le retenía tieso. Con palos, cercaron de candela el cuerpo del señor, rodeando el árbol que se estremecía con los remezones de la víctima.

—Suéltenme... por Dios! Digo por Dios! Pachito... no seas malo! Anjichu, ve... no sean descautados! Por Mamita Virgen!... Mo quemó... Arrarray! Virgen del Auxilio, ampárame!

—No ha de ser, amito...

—Ya vamos a comenzar cargos contra su mercé, patroncito lindo...

Jajay!

Bebieron, largamente, de una botella de puro. Echaron al aire los restos de alcohol, como si templasen un tambor... Transparentando el líquido sus iris a la fogarada, tiraban el trago, ya lo dije, como si templasen el parche de un tambor huelguero, con júbilo insano salido sus jotas hirvientes

que azuzaban más el lengüero del fuego precipitándose por las ropas del latifundista. Furiosos, arrojaron sus sombreros al suelo estremecido por el rescoldo, flameando por los gestos folinos con que los indios se acercaban al amo atado, machetes en ristre como prolongaciones de sus dedos nerviosos, pero firmes para herir. Entre precauciones laboriosas, iguales a cuando robaban toretos finos, sestearon cazando a Dn. Hazera, que suplicaba piedad con todos sus poros desvaídos de miseria. Temía el gamonal que los acerole arrinconasen el corazón al fondo más íntimo de su vida. Contenta con sus pupilas los machetes, mientras sentía ya sus botas ardiendo, estriadas de temblores insostenibles, reventando rosas negras...

—Vos sois amo León, no?

—Zafa pes, si sois amo León! Jaja...

—Nooo... por Dios! Diosito mío... sálvame!

—Dios como carajo es en boca tuya, pizhu ñahui!

—Ni Dios te ayuda aura, amito lindo! Que zafe pes, Taita Dios... Jay!

Echaban chispas sus ojos chorreados por el aguardiente cayéndoles desde las sienas que hubieron rociado con él, y que hoy les obligaba a plegar sus párpados dándoles aspecto más siniestro. Semejaba el licor chisporrotear, chirriante, tal como cuando se escupe en una plancha incandescente, tal como la Mica deseaba que sonase la cáscara de huevo en labios de la Dumí. Escarbaban la tierra con las puntas de las armas fulgurantes de llamas. Motían sus miradas al rostro del blanco, cerrando los ojos para no sentir la dentellada de los frises filosos de los runas.

—Llévense mi plata! Y suéltlenme... Doctor Cañada! Aguchooo! Mamita...

—Plata... plata mentas, nó, cabrúni!

—Plata que robaste tanto a runas! Plata que debes mi taitito de ajuste de Juan, paquí palabra!

—Caica plata, carajo! Laichu perro!

—Isnata micuy, laichu! Ou gran pota!

Introduciendo el machete entre los colmillos del amo, le forzaba a mantener abiertos sus labios tumefactos al Anjichu, mientras el Muyudumbay atascaba de billetes las encías. Taqueba, empujando rudamente la carga, a lo hondo de la boca chamuscada por los palos de la leña con que embutía los billetes. Ghischaseaba la carne quemada. Retorcíase el gamonal como pavesa de pánico.

—Caica plata, asnag shungu!

—Malmodiador de naturales! Quillasiqui!

—Lleven mi hacienda si quierereu... Súeltenme, ya estoy quemado... Me muero! me... mue... ro... Arrau!

El espetro de voz alentaba más a los cuatreros, ya embriagados de locura. Zarabandeaban sus sombras en el lecho de hojas chamuscadas. Bailoteaban, con ímpetu demofónico. Bajaban sus cabezas, las volvían a subir, esguinzaban sus cuerpos, movían sus brazos, zapateando, como operantes de un rito bárbaro y pirómano.

—Hacienda díces, no? Tierrita quitaste a mí! y mía propia erá! Ñuño Allpa! Caica tierra! Ishpa shimi!

Cogiendo lodo, el Anjichu lo embocaba entre los labios chamuscados, deleitándose en limpiar las babas que dejaba la jeta gamonal, sobre las me-

jillas heladas del supliciado. Raspaba el largo sus dedos contra la barba que echaba chispas de quemadura.

--Mujer tuya quemó boca al Dumi! Caica boca de ella, pishi shungu!

--Paga lo que mujer tuya hizo a chinita Dumi! mapá patrón!

Clayado el machete a un jeme encima de la cabeza de Hazera, el Pacho rasgó su camiseta, veteándose su tórax de igniciones voraces. Asió el acero de su compañero, dando vueltas iracundas sobre la misma vista del patrón. El ruma golpeaba su busto con planazos potentes, que sonaban a bofetadas sordas de iracundia y de vigor llamarizado. Señalaba:

--Uyai! Ves, carajo? Aquí... letras tuyas están! quemando hasta aura en carne mía! de Pacho Muyudumbay! hasta aura arden, carajo! aquí, gran pote! Perro... ve! Ve! Te digo que veas, carajo!

Relampagueaba el machete, trazando ruedos raudos, en circunferencias de fuego que raspaban el rostro del laichu, emmudecido de anulamiento, propenso ya al como. Era coma un pelele, el pelele del Juan cuando jugó Pucara!... Como debía quedar el Abrám, arrastrado por el río...

--Pacho... uyai, uyai!

--Qués pes?

--Están gritando; por allá!

--PAPAAA!

--SEÑOR HAZERAAA!

Insertándose por las cimas de la puna y filtradas por las raíces del hato, susurraban las llamadas. Propusóse gritar el gamonal, en un supremo esfuerzo de su vida. Pero el Pacho le rajó el grito, tajándole de oreja a oreja su intento.

--Apuremos... mucho mos tardado nosotros miso! Yo no cobro lo que rompió mía frente, carajo...

--Cobra pes pronto, Angel!

Con una piedra golpeó fuertemente el Aujichu las mismas sienes de Hazera; era un golpe hondo y jalado, con regusto criminal. La sangre brotó a chorros, esparciendo su líquido hacia las llamas reventando en chispas.

Vaciaron el kerosín en la carne, en los pelos, y en todo el radio del guayacáu. El Aujichu, acercándose despacito al oído del gamonal...

--Patrón... uyai cosita... Yo maté mayordomo Abrám! por malmodiar a mí! Jajay... y aura a vos también! Jajay!

Tiros se escuchaban, nítidos. Y las voces angustiadas del Agucho.

Rodearon de leña hasta el vientre del condenado; prendieron más fuego a la pira que crugía, anfitriona de sus llamas. Ya estaba sin sentido el patrón de Sumag Allpa... Era sólo una arruga monstruosa de la cáscara vegetal. Ardieron el kerosín y las maderas. En el rostro del amo no se diferenciaba cuál era la llama y cuál la sangre borboteando en llamarazón de oro veteado profundamente de rojo! Luego dominó solamente la llama embravecida, en su rojez morbosa. Vibraba el monte en coherencias de combustión estallante, en delirium tremens de ardeencias asesinas. Propagado el fuego, retorciáanse las plantas rastreras de la puna; se abrigaban un rato en la fogarada, para arder después en una elevación violenta, insofrenable, como si manos, que haciéndose redondas, alzarán la tierra en convulsión de fuego a las alturas. Hipaba lígubromente la espesura.

--Fuguemos aural!

--Cerca parece que' stán...

Cruzaudo por medio del bosque encendido, los machetes se pulimentaban en las llamas. Braceaban los runas, con los dedos chamuscados por la candelada y sus iras sueltas desde el ápice de sus sangres libertadas!

--PAPA! Papacito... ay!

--Don León!

Desgarrados sus vestidos, asomaron el Agueho y el Dr. Cañada. Había solicitado el joven el amparo del médico, al no encontrar a su padre en el fundo. A la orilla del fuego, con un latigazo de verdad, comprendieron la escena que borbotaba maldiciones en las lenguas de la pira hirsuta de bramidos.

--No, Agustín, NO! Conténgase! es tarde...

Mas, el niño ya se había precipitado al leño ardiente, tambaleante de rojos chasqueos de furia llamarada de epilepsia. Repelido por las llamas, cayó Agueho en brazos de Cañada que lo condujo a lugar alejado de la devastación. Sufría el doctor al ver la acción culminada en Hazera. No era su amigo, pero se solidarizaba al dolor de Agueho.

El vestido claro del médico brotaba como ascua por los estallidos de la fragua natural. Temblando, escuchó un ruido peculiar de algo que se venía al suelo. Arrastrando al joven tras otros árboles, vió, atónito, el balancearse del guayacán inflamado, sosteniendo su caída en los hombros de los troncos cercanos. Los filamentos incandescentes se esparcían en masas compactas prendiendo su contagio a las frondas vecinales. El árbol ardido rodó carbonizado, dando su alma para que se afiance en ella la vida arrebatada al gamonal de Sunag Allpa. Al choque del guayacán contra la tierra, acezando por el tropel de fuego, olovábase falanges de chisporroteos ascendentes, en puntos de banderas sangrientas. Contra el cielo. Contra la grisura helada del ambiente. Contra toda latitud. Hacia todo millaje de la Tierra. Hacia todos los horizontes de los desposeídos!

Visionario, Cañada se extasiaba de horror. Mirando que, de aquellos corpúsculos bravos, emergían legiones de indios... Distintamente trinaba el tiempo y el confín en sus ponchos. Unas manos hacían gestos de ahogados, hacia un disco rojo suspendido en la altura alimentada por la hoguera. Quedaban en el aire un montón de masas de runas, asidos a las copas de los árboles quemados. Luego, esos montones de aborígenes, rompían infinito. Marchándose al expandir inminente del Futuro cercano! Cercano!

Cañada hundió sus retinas en un suspiro prolongado. Tal si hubiese cosechado el aliento mismo de la puna, de la matriz madre de la tierra rajada de parcelas y concertajes del latifundismo ecuatoriano. Elevó sus manos a la esfera sollamada. Abajo, el niño Agueho no volvía de su desvanecimiento. En la corona del cielo gritaba el Muyudumbay, con bramidos que desfruncían el horizonte en aurora roja y cordial. Tuvo Cañada la evidencia de la acción del Anjichu y su camarada, porque sabía, palmariamente, las expoliaciones de los amos. Bulleron en la tráquea del doctor torrentes encabritados de frases briosas, bravas, iguales al empuje de la fogarada destructora del gamonal. Murmulló cavernosamente; luego, a todo gritar de sus pulmones anchos y atravesados de conciencia:

--Los indios están vivos! Vivos! Vivos... si, si! Y guay del que diga que

són raza muerta! Vivos... Vivos, compañeros indios!

Mientras, a lo lejos, en todas las cumbres del terratenentazgo, alarmaba el aullar de los runas cuatrereros, vociferando su acción. Los árboles, mojados ya de tiniebla, pintaban sus cuevas a la noche.

Pero mañana saldrá el Sol más brillante. A trabajar mejor la Tierra ñuñu de todos! El Sol estará reconfortado con los ajjayas! roncós de los runas plenos de su valía de clase expoliada y de Raza no vencida! no vencida, canallas novelistas a mesada! En guardia, potente Raza que estalla, cuando quiere, para apretujar a todos aquellos que intentan estrangular el sexo de su albedrío puesto sobre la cara morena de la Tierra! De la Tierra Ñuño! Ñuño Allpa! Huiñachic Allpa!

Sol!

Sol Rojo...

Sumag Allpa!

FIN

G. Humberto Mata

**Tres vacaciones  
en Yanuncay,  
1931-1933**

## PERMANENTE

Mi tocayo, HUMBERTO MATA MARTINEZ, en carta fechada en la Capital de la República el 20 de agosto de 1939, narra las peripecias y las confusiones que la homonimia asuela sobre nosotros dos. Al respecto avisa que toma cartas que me pertenecen, por la sencilla razón de que le llegan a él, aunque en el noma o sobrescrito conste mi nombre—G. HUMBERTO MATA—; refuerza sus palabras en este párrafo: «Ya en anteriores oportunidades he recibido correspondencia del exterior, que parte se refiere a mi i parte a Ud., i parte es de tal modo ambigua, que no se sabe a quién se dirige, realmente.» Termina MATA MARTINEZ la citada carta, encareciendo una aclaración más concisa y terminante en mi firma, dirección postal, etc.

Ruego a los lectores que perdonen tener que escribir lo que seguirá; porque, francamente, es clamoroso hacerlo; más, consecuente a los deseos de mi querido homónimo, manifiesto, obligadamente, esto:

MI nombre es ~~EL~~ G. Humberto Mata ~~EL~~ con la G. por distintivo cabal y definidor. Todos mis escritos, luego de mi firma, llevan la aclaración del lugar en que fueron trabajados de los que, siempre, ha tonido exclusividad la ciudad de Cuenca, Capital de la Provincia del Azuay en la República del Ecuador, Sud América. Esta denuncia geográfica he consignado porque teniendo en cuenta la igualdad de nombres, y ya que MATA MARTINEZ radica en Guayaquil y hoy on la Capital del Ecuador, —que es Quito—creía haber conseguido con ello dejar constancia cordial del lugar terrestre donde se creaba mi obra, del lugar natal de mi espíritu, y del lugar que abrigaba a uno sólo de los 2 Humbertos Mata, a quienes si la gente no sabía diferenciar los por su obra, siquiera los distinguiese por la zona de su residencia... Con la ~~EL~~ G. ~~EL~~ deslindadora de atropellos y declarando escribir y ser responsable de mi labor desde Cuenca, creía evitar lamentables accidentes de mistificación y de usurpación sofisticadora de frutos, para tranquilidad de mi tocayo; además, confiaba en la natural sagacidad de los lectores, amigos y compañeros del Exterior, a fin de que se nos filiaso por la índole de la producción de cada cual. Pero... había sido excesiva creencia y confianza, demasiado optimismo y voluntad honesta de mi parte!

Así pues, acatando la consigna de MATA MARTINEZ, me veo en el caso, ineludible, de reclamar más comprensión, cuidado y buen ánimo a los lectores de fuera de la Patria, para que, en justicia den a cada uno de nosotros lo que realmente nos pertenece, prodigando con aquella actitud de

Uds., señores extranjeros, un amable sosiego a las pretensas víctimas del homonimato.


Por mi parte, expongo que me siento muy decididamente honrado con mi tocayo MATA MARTINEZ, que está dando nombre a nuestro común apellido; teniéndome pues, por lógica relación, sin rencores y sin inquina que la obra de él y la mía sean juzgadas indistinta y conjuntamente, ya que no hago valer mi obra por la cualidad de ella misma, sino por la esencia, por el fluido que de ella pueda producir algún beneficio colectivo. Creo yo que no interesa que una obra de utilidad común haya sido escrita por X o por Z, siendo lo substancial el hecho específico de su rendición de utilidad de bien público. A mi obra la considero propiedad de todos, porque es verdad general la que digo y preconizo, la que siento y la que interpreto; ahora, si se quiere considerar una obra privativamente para casta o élite... eso ya no discuto y cedo a cualquiera el individualismo narcisista. Yo, ~~el~~ G. Humberto Mata ~~el~~, conceptúo la función de escritor como una tremenda responsabilidad, de cuyo camino de llamas no se puede apartarse para escogitar senderuelos de jardín, sino que hay que seguir bajo el centelleo del Sol que no tiene declinaciones occíduas y que señala siempre el Norte y el Futuro. Yo, siento mi función de escritor como un imperativo impuesto por el Destino y al que tengo que resignarme sin expectativas de retribuciones que constituirían un pago de alquiler venal e improcedente, porque yo me pertenezco a la omnimoda autoridad de una causa que es mi conciencia, mi juez y mi guía insobornable. Y, así, escribo porque tengo que dar mi mensaje que, aun cuando no sea de vastísimo aliento y de extensas proporciones, dispone del mérito intrínseco de ser sincero y ser la voz de un hombre que habla con sus labios a la altura. Escribo porque tengo que declarar hechos acaecidos en la provincia de mi pacífica y exultante residencia, hechos que deben ser inminentemente denunciados por cualquier voz que se sepa con conciencia de hombre libre y de respeto humanos; y no debe importar que esa voz que resuena sea la mía—señores morlacos—, pequeña pero recia, exigua pero que siquiera es voz liberada de complicidad y de ignominia silenciosa, voz y lengua consecuentes a su misión congénita de sinceridad y de limpieza depurada. Y así, digo: no me llegau glorias de ditirambos zalameos, dejando estallar mis pensamientos sin trabas, sin jamás preocuparse de ver que se los reintegra en calificativos encomiásticos, ni en oropeles floricultores de críticas laudatorias. Por lo enunciado, no me impacienta que muchos envíos de mi libro «TUMULTO DE HORIZONTES» se hayan extraviado o que los destinatarios de aquella mi obra hayan equivocado mi personalidad o mi dirección postal. Soy un hombre que cumple con su deber de escritor y de proletario intelectual impermeable a la loa retributiva o al dietario de canibales retrógrados. Y me place afirmar, rudamente, que realizo mi labor dentro de la línea trazada por mi entendimiento, sin ordenar y dirigir un hortelanismo de papel policromo, antes bien aguantando consecuencias y responsabilidades que me restan—en hora buena!—simpatías de burgueses o damiselas ninfoliteratas, decepcionadas por la trepidación de mi obra a la que mantengo sujeta a una norma severa de purificación enaltecedora y, si es que si se quiere, orgullosa, pero nunca atiborrada de jactancias poseras de oportunistas de lance, quienes, con sus gestos de incomprendidos o de

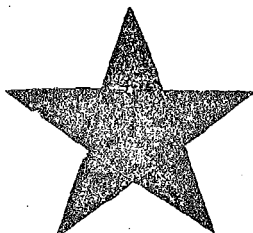
«grandes señores», ocultan su vaciedad y su carencia de cerebros solventes. Por si acaso... hay que provenirse de los malentendidos! Digo que en estas frases mías no hay ni siquiera un conato de impulso que trate de aludir a mi tocayo. Sé que MATA MARTINEZ es, constatatadamente un hombre digno y que jamás se ha empauturrado en la compra-venta de su conciencia. MATA MARTINEZ es un escritor que produce bajo el más intenso meridiano, sin buscar penumbras encubridoras para realizar su obra. A mi tocayo le asiste plena facultad para llamarse Humberto y apellidarse Mata.

Volviendo a la aclaración de los nombrecitos... quiero continuar opinando que los lectores, amigos y compañeros deben verificar—ya que MATA MARTINEZ LÓ DESEA—a los dos Mata. Para esto, por si fuera escaso el material presentado, comunico a todos que mi segundo apellido es ORDÓÑEZ, siendo mi nombre completo, en clara consecuencia, ~~Dr~~ G. Humberto MATA ORDÓÑEZ. Desde mi inicio en las letras usé únicamente mi apellido paterno, por abreviar, por eufonía y por evitar acumulaciones exageradas, a la «descollante posición social» del apellido paterno, las que me regalaban el de mi Señora Madre. Aclaro: el apellido de mi Madre insuflaba un mayor deslumbramiento de «aristocracia», de «alcurnia», «linaje noble», «cuna de abolengo» y otras hierbas, que no podían estar a tono armónico con mi sencillez que oligiera el ancho camino de la Revolución Social, por saberlo poseedor de la verdad más humana y acendradamente fraternal. Reheché pues la posición confortable de granjería de «alta clase social», para aspirar a un rumbo nacido de mi propio esfuerzo y en paridad con mis ideas de hombre que transforma en carne y sangre de actividad autónoma e independiente, la radianza hereditaria de una luminaria cariñosa. Obligaba con esta actitud mía a primar mi personalidad de escritor, sobre los fueros de un apellido que siempre ha constituido avanzada del progreso morlaco, ya que los Ordóñez han representado, durante toda su vida, honrosamente a Cuenca aunque traten de opacar esto espíritus roñosos y sectaristas que jamás reconocen lo que tienen dentro de casa, prefiriendo inclinarse ignominiosamente ante los forasteros y los gringos... Pero este mal morlaco es descendiente del virus ecuatoriano que jamás encuentra mérito en una obra o en una persona nacional supeditada a cualquier deleznable estafa mediocre, pero extranjera; así, entre nosotros todo se critica y se le pudre de defectos, procurando encontrar el lado flaco para pulverizar, premeditada, sañosa y malsanamente, con envenenamiento nocivo y suicida. Por eso los ecuatorianos todos somos genios sin válvula de escape, genios en el aire—o del aire—que devoran al conterráneo ensalzando al extraño; genios para dentro de nosotros mismos, genios negativos que pisoteamos la obra de otro, pero que no creamos nada que mejore lo que otro ha realizado. No se crea que al denunciar sincera y brutalmente esto, intento pedir misericordia para la novela «Sumag Allpa». De pié contra los horizontes y con mi puño izquierdo en alto, desafío!

Para terminar, aclaro que no uso el apellido de mi Señora Madre por la veneración y gratitud que siento por Ella, lo que me ha resuelto a suprimir su apellido del respaldo combativo de mi firma. Mas, si los lectores, amigos y compañeros creen que mis 2 apellidos deben escudar mi obra, permito que lo hagan, y mi nombre sería entonces: ~~Dr~~ G. Humberto Mata Or-



dóñez, o G. h. Ma óñez , a mucha honra y muchas gracias!  
Como necesario usual de este PERMANENTE, van datos sobre mi labor:



## G. Humberto Mata

datos bio--bibliográficos

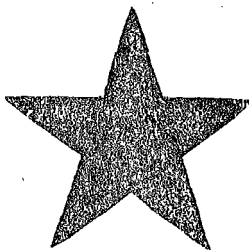
Lugar de nacimiento	Quito, Ecuador, S. Am.
Lugar de residencia	Cuenca, Prov. del Azuay, Ecuador S. Am.
Fecha de nacimiento	21 de abril de 1904.

## OBRAS

Publicadas	—versos	Fecha
GALOPE DE VOLCANES		año de 1932
2 CORAZONES ATRAVESADOS DE DISTANCIA		" " 1934
CHORRO CAÑAMAZO, romances cañamazos incautados y hechos ceniza por el finado Dr. Remigio Crespo Toral, Rector de la Universidad de Cuenca (No circuló)		" " 1935
TUMULTO DE HORIZONTES, poemas revolucionarios incautados por la pestífera Dictadura Páez—Bayas. Este libro apareció trunco, 64 páginas total, cuando fuera devuelto a su autor por el Sr. Ministro de Gobierno Jorge Quintana, en el período dictatorial—democrático del General Don G. Alberto Enríquez Gallo. Circulo en 1938.		" " 1936

Inéditas	Fecha de realización
COLORES—novela de pubertad	1926
CAPULI, TORCAZ Y BRISA—romance colegial	1927
TRIANGULO—conato de drama	1928
INTI MITIMAES—versos indigenistas	1929
AMANECEER 'TU--YO —versos	1932
DEFENSA DE GALOPE DE VOLCANES—estudio	1932
YANUNCAY, TIERRA Y ESTRELLA—versos de mi cordial vivir	1934
TORRENTE—cuentos	1934
CHORRO CAÑAMAZO—romances toquilleros	1935

CHASQUI A TUMULTO DE HORIZONTES—versos revolucionarios	1936
HONDAZOS!—artículos y bibliografías	1936
SANAGUIN—novela de contrabandistas de alcohol	1936
MERIDIANO LEAL—poemas de España Miliciana	1937
SAL—novela de unas huelgas heroicas y suicidas	1937
MARKA TIERRA—romances morlacos	1938
PULSO MORLAÇO, sus letras y sus cultores—estudio	1939
JUAN CUENCA—romance de una vida de chaso toquillero	1939
«DEMOCRACIA», trampa capitalista—estudio político—social	1940



*G. H. Mata*

---

*Toda Correspondencia y Canjes deberán dirigirse a:*

**G. humberto MATA**

*Cuenca—Ecuador, S. Am.*

**CERTIFIQUE SU CORREO**

*Mota-mantana*

# PADRON DE MORLAQUISMOS

EN ORDEN EMPLEADO

**Mitayo** indio tributario de la mita  
**Astaray** exclamación de ardor  
**Shamuy** ven  
**Runas** gente, indios  
**Laichu** de raza blanca  
**Huanaco** de lana de vicuña o guanaco  
**Guagua** niño o niña  
**Chaguar** cabalgadura entre bayo y blanco  
**Relay** héle ahí  
**Guambras** o huambras muchachos o muchachas  
**Caynábamos** pasábamos holgazaneando rico  
**Misia** mi señora  
**Sanche** silla femenina para cabalgar  
**Estribero** indio asistente del jinete  
**Doñas** indias adultas casadas  
**Gualaceñas** del Cantón Gualaceo provincia del Azuay  
**Guarapo** jugo de caña de azúcar  
**Baldepeñas** valdepeñas, guarapo muy fermentado  
**Ataco** amarantus caudatus, sangorache  
**Draque** aguardiente con azúcar, limón, canela y agua hervida  
**Pichis** calabacines esféricos  
**Rebozo** prenda de bayeta que va sobre el paño de las cholas  
**Cuchi** puerco  
**Guasca** sogá  
**Chispo** ligeramente borracho  
**Pan queso** y rapadura hacer brincar una moneda sobre un remanso  
**Guaracas** hondas, de piolas o de cuero  
**Caris** varones  
**Acurpados** en montón informe, apelonados  
**Guaguarrén** muchachón  
**Cuyero** lugar de los cuyes o cobayos  
**Upalli** silencio, calla  
**Callusapa** lenguaraz  
**Chuma** borrachera  
**Chispas** medias ebrias  
**Bebezona** ingente borrachera  
**Pelcas** blusas flojas  
**Helaqui** héle aquí  
**Cochas** charcas  
**Chamazona** gran borrachera  
**Chaspares** quemaros (pero sólo la parte velluda)  
**Una pacha** hueco de la tierra, infierno  
**Ligüitas** mantilla que va al cuello de las indias  
**Chazo** o **Chaso** hombre del pueblo cuencano  
**Paños** el paño es prenda de un hilado muy fino y vistoso que usan las cholas morlacas  
**Mitayada** reunión de mitayos  
**Muasicama** indio cuidador de la casa, que durante su semana lo emplean en los más diversos y bajos menesteres  
**Shuaría** robaría  
**Ca voz** reforzadora de la expresión india y a veces ebola  
**Zhima** maíz aperlado  
**Calcha** tallos secos del maíz  
**Mara** no  
**Tambarria** diversión muy animada con draques  
**Taita** padre  
**Ayayai** exclamación de dolor material  
**Manavali** que no vale, inútil  
**Sacha** laichu falso, pseudo hombre blanco  
**Ari** sí  
**Longajo** despectivo de longo: indio joven  
**Guagra** toro  
**Ucunchi** pollera india  
**Ayoritas** sucesitos de a uno  
**Chicotazo** golpe dado con el chicote: fusta indiana  
**Chola** mujer del pueblo equatoriano de la Sierra  
**No, Na** por niño y niña  
**Huanefa** de Huano, parcialidad de Riobamba productora de excelentes tejidos.  
**Ayayau** exclamación de dolor físico  
**Chinas** sirvientes menores  
**Zambo** azambo

**Capuliceda** conjunto de capulfes: variedad de cereza (Prunus—cerasus)—  
**Calchaba** recolectaba (los tallos secos del maíz en cosecha)  
**Chacarero** que trabaja la chacra o chacara, blanco agricultor  
**Calchador** recolector del heno del maíz  
**Skiranes** planta Bidens Leucantha, amor seco  
**Chumbis** faja de lana, ceñidor indio  
**Guallo** cántara  
**Chicha** deliciosa bebida de maíz fermentado-jora  
**Chalar** espigar adrede  
**Shamuy** caima ven acá  
**Micugrichig calcha** jápig a comer recolectores  
**Empañete** enlucido de una pared  
**Seño** señora  
**Volador** hombre muy pícaro  
**Pucón** envoltura de la mazorca, panoja  
**Tipidor** perforador para abrir panojas  
**Torzal** cordonillo de cabuya o de pita, etc.  
**Curunda** tusa, raspa o mastelillo del maíz  
**Maltonita** algo crecida  
**Cetona** saco flojo y ordinario  
**Ruco** o **racu** sólo se dice del hombre viejo; paya, a las ancianas  
**Runitos** diminutivo de runas  
**Casinete** tela barata  
**Concertina** acordeón menor  
**Pasillos** música y danza de Ecuador y Colombia  
**Changan** abrazar con las piernas—changas—  
**Chinguero** mezcla de licores  
**Chagra** hombre del campo en la ciudad, cohibido  
**Moriaquia** se dice de Cuenca  
**Moriaco** oriundo de la Morlaquia  
**Cebruno** de color cervuno  
**Carishima** como el varón, hombruna  
**Shullir** abortar  
**Chuchaqui** horrorosa depresión post—alcohólica  
**Pencos** los magueyes o ágaves  
**Tunas** nopales  
**Cuero** amante, querida  
**Huayro** dado indiano  
**Gushgui** trompo muy bailarín  
**Santiguar** beber licor en ayunas o por la mañana  
**Tarjando** acción de señalar la tarja: carrizo marmarcador de la contabilidad primitiva en el latifundio  
**Capishcas** música muy viva de vigüelas  
**Huaras** música con canto animado y, a la vez; melancólico  
**Arishca** consagrar a golpes la mujer para el matrimonio....  
**Shulla** rocío abundante  
**Oshotas** sandalias indias de cuero o llanta de auto!  
**Cunanca** huagtayari ahora pega  
**Castillos** armazón pirotécnico de cañabrava  
**Juma** humera, borrachera  
**Mecha** excesiva molestia continua  
**Roscas** despectivo de indios  
**Ushcu** exclamación para contener las cabalgaduras  
**Chaguarqueros** escape floral del maguey, alcanza 4 metros alto  
**Cojudo** zoquete, amilanado, torpe, pesado  
**Añañay** que lindo  
**Chassito** diminutivo de chaso o chasso  
**Mama** grande  
**Yuyus** hierbecilla tierna y comestible  
**Anaco** falda floja, en forma de tonelete  
**Tucurirca** se acabó  
**Chaupaus** ave montañera que canta «chau... pau»  
**Chaquíñán** senderuelo vecinal que acorta distancia  
**Conzho** heces, especialmente de la chicha  
**Tamo** paja menuda del trigo trillado  
**San Juanito** música y baile muy vivaz  
**Hualca** gargantilla o collar de las indias  
**Chamburos** especie de carica, variedad de papayos muy olorosos

**Piticito** poquito  
**Chamba** trozo de tierra suelta  
**Lusti** desnudo, pobre  
**Atatay** que asco  
**Llulla** mentira, mentiroso  
**Chaucha** muy excelente  
**Muché** besé  
**Uyay mayoral**, **cunan tuta tamia ipacho?** oye, mayoral, hoverá esta noche?  
**Huarmipa** **siqihuan** y **cieluhuan mana siguruchu** en el culo de la mujer y en el cielo no hay seguridad  
**Quipe** atado, especialmente de ropa  
**Cucayo** fiambre o ración que se lleva para viaje o almuerzo  
**Shila** cantarilla u oleta de barro cocido  
**Urpi shungu** corazón de paloma  
**Chinshi** comida frugal del desayuno, pero muy sostenedora  
**Rundu** granizo  
**Seroche** mal de puna, enfermedad por rarefacción del aire de montaña altísima  
**Murungu** color a pintas de los toros  
**Barroso** bayo oscuro  
**Alpa urpi** paloma de tierra  
**Piti** poco  
**Tzungaba** bebía  
**Chifcas** planta compuesta que suple al forraje  
**Cuentavos** cuidadores del ganado  
**Aychajillus** golosos de carne, ladrones de ganado para comer  
**Aychashúas** ladrones de reses para venderlas  
**Shúa** ladrón  
**Anchuri** quitate  
**Ismata** **micuy laichucuna** coman mierda, hombres blancos  
**Guantiar** por dar de guantadas  
**Jodiendo** arruinando, molestando, fregando  
**Mishito**, **mishiquito** gatito  
**Kurikingas** **korekenkes**, aves rapaces  
**Llacta** terruño, patria  
**Tacya** **huarmi** mujer principal y preferida  
**Chapas** de **chapani**: atisbar, escuchar, vigilantes, policías  
**Chapas cacas** atisbadores de excrementos, despectivo de policías  
**Chuchal** gran cantidad muy apreciada  
**Nuño** o **ñuño** leche—nodriza  
**Allpita** tierrita

**Nuca alpita** mi tierrecita  
**Huñachic alpa** tierra de crianza  
**Huasicamato** la jornada del huasicama  
**Lisa** atrevida, altanera  
**Caraspa** caramba  
**Feyas** feas  
**Chaperia** cuartel de los chapas  
**Chulqueros** prestamistas muy usureros  
**Togada** muy lujosa  
**Tangán** juego chino de azar  
**Chaupi** mitad, juego de azar  
**Cuerfio** diminutivo de querida, moza o concubina  
**Seya** sea  
**Shuyay** espera  
**Migilaba** recogía en el enfaldo  
**Supay laichus** blancos del diablo  
**Machorro** estéril sexual  
**Púchica** cáspita  
**Arrecho** lascivo  
**Mecachis** caramba  
**Chapulas** o **Guarichas** mujeres de chapas o soldados  
**Linchés** red para cargar ollas de barro cocido  
**Cañamazo** troglodita exportador del toquilla  
**Compositores** obreros que enlucen los toquillas  
**Toquilla** sombrero tejido a mano de la paja **Carloduvica Palmata**  
**Descomulgado** excomulgado  
**Kipas machos** caracolas marinas de voz tonante  
**Ojó** qué me importa  
**Enchivados** enfadados  
**Entable** casa en despoblado explotable  
**Muchado** besado  
**Jumos** borrachos  
**Amarcar** portar en brazos  
**Guaguero** afecto a los niños o guaguas  
**Chiripa** casualidad  
**Huicundos** parásitas de los páramos  
**Camellones** baches del páramo en forma de hileras de camello  
**Mate** propiedad en pleno páramo  
**Guayacán** árbol corpulento de madera muy dura  
**Sesteando** disimuladamente, con sigilo  
**Arrarray** exclamación de ardor feroz  
**Paquí** palabra de palabra rota y falsa  
**Asnag shungu** corazón hediondo  
**Quillasiqui** ocioso  
**Arrau** qué ardor  
**Ishpa shimi** boca de mierda  
**Pishi shungu** cobarde de poco corazón



## Substanciales erratas descubiertas...

(PRIMERO CORRIGA CUIDADOSAMENTE, Y LUEGO COMIENZE SU LECTURA)

<u>Página</u>	<u>línea</u>	<u>está</u>	<u>corrija</u>
2	23	targo	trago
2	4	el	él
4	4	tenia	tenía
5	7	—Acariciaba	Acariciaba
9	23	bulto	bulbo
12	19	Misia, Mica	Misia Mica
13	5	,ahora recordaban!	—ahora recordaban!—
15	32	Amito	—Amito
16	28	quitarle	que le quitara
20	1	habría	abría
23	30	estaba	estaban
24	44	no te ordenado	no te he ordenado
26	24	guaguitos	guagüitos
32	20	ayudar mundo	ayudar un mundo
33	43	Pero mamita	—Pero mamita
36	10	as esco gido	has escogido
36	38	rota	rotas
40	32	tempramento	temperamento
42	29	Laragán	haragán
58	38	—En el patio	En el patio
59	26	cejo	rejo
64	5	acuchillaban	acuelillaban
67	21	abalazó	abalanzó
68	42	sus de pies	de sus pies
71	7	habría	abría
73	38	picaban	pitaban
73	45	tratando calentarlas	tratando de...
76	29	Taita curita	—Taita curita
76	33	mía	mía,
76	45	voz	vos
80	10	corteza rojo	corteza al rojo
80	37	ami	a mi
83	26	no, puedo	no puedo
88	35	Pero han de ver	—Pero...
91	40	15 años	16 años
92	31	estas	estás
92	43	15 años	16 años
94	39	cuande	cuando
96	2	del frente del frente	del frente del Cuartel
96	penúltima	el nombre de	el nombre del
102	5a. nota	incinera a	incinerara
105	15	desviados	desvaídos
106	6	15 años	16 años
106	10	espeajaban	espejeaban
108	18	—Hizo	Hizo
112	4	bentito	bendito
112	44	en alar	en el alar
114	39	cemo	como
115	34	dejare	dejara
115	35	éste	ésta
116	16	ascendió	ascendió
116	17	apago	apagó
116	34	alcobo	alcoba
121	11	abigeo	abigeo (hay en varias págs.
122	15	planteando	plantando
122	24	ya ha ir	ya ha d'ir
123	40	espetro	espectro
124	15	como	coma
124	15	coma	como